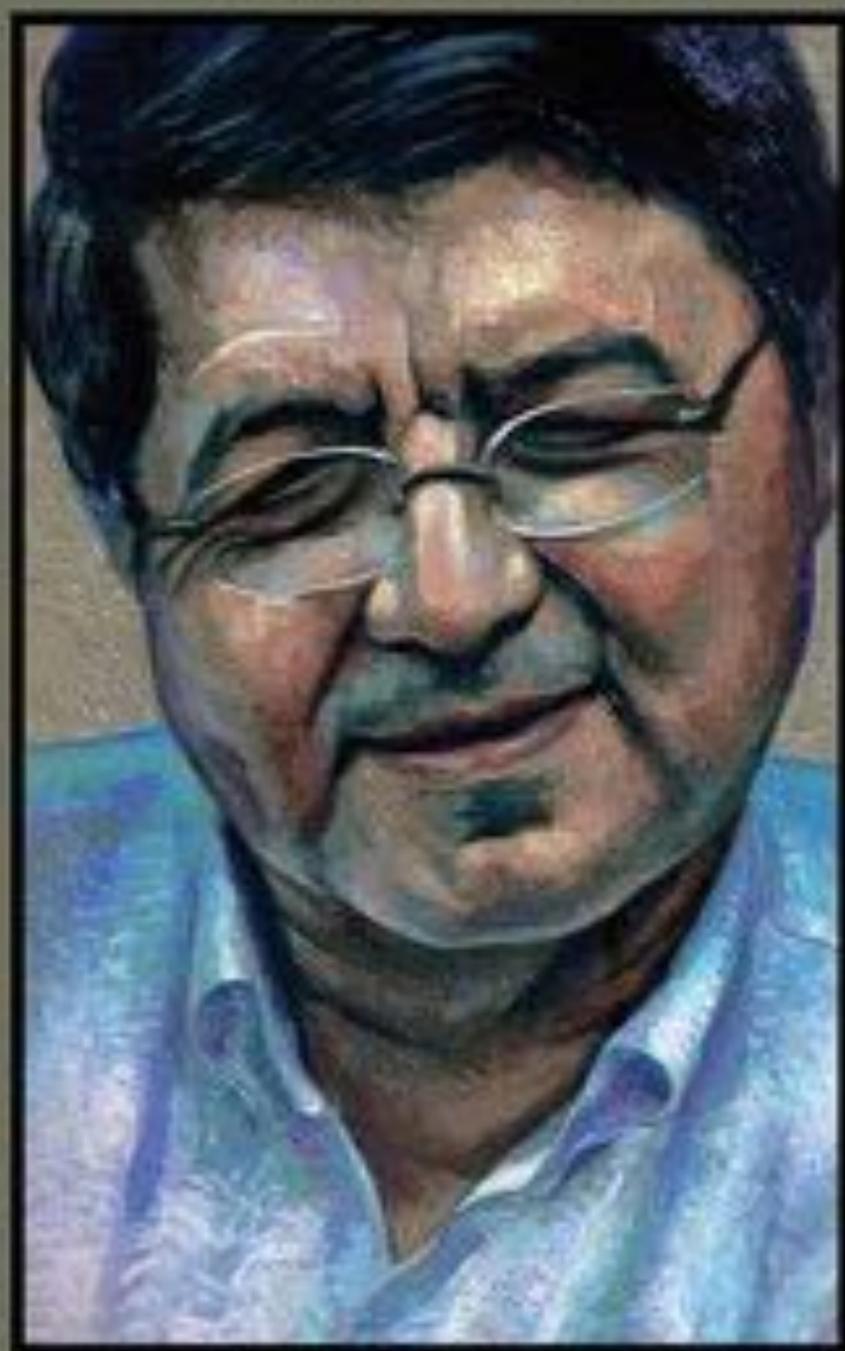


CITA CON SERGIO RAMÍREZ

ENTREVISTAS. ARTÍCULOS. CRÓNICAS

Karly Gaitán Morales



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CITA CON SERGIO RAMÍREZ

Karly Gaitán Morales



**CITA CON
SERGIO RAMÍREZ**

ENTREVISTAS. ARTÍCULOS. CRÓNICAS

Karly Gaitán Morales

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN





Jesús Ancer Rodríguez
Rector

Rogelio Garza Rivera
Secretario General

Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Casa Universitaria del Libro
Padre Mier No.909 poniente, esquina con Vallarta
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
e-mail: publicaciones@uanl.mx
Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Jessica Nieto
Cuidado de la edición

Verónica Rodríguez
Diseño editorial

Fotografías cortesía de: Archivo Familia Ramírez Guerrero, Pedro Ramírez, Jorge Mejía Peralta, Daniel Mordzinski, Sergio Michilini, Valeska Ocampo, Rossana Lacayo, Jorge Pavón Rojas y Silvia Cherem de Shabot.

Primera edición, 2012
© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Karly Gaitán Morales
© Luis Rocha Urtecho, por el prólogo
© Sergio Michilini, por la imagen de portada

ISBN:

Impreso en Monterrey, México
Printed in Monterrey, Mexico



*A Cesia, que me enseñó a mis ocho años
el apasionante mundo de la literatura*



AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido posible gracias al gentil apoyo del doctor José Garza Acuña, Director de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Nuevo León, México, quien junto a su equipo de trabajo en Casa Universitaria del Libro, conformado por Jessica Nieto y Verónica Rodríguez, lo ha editado, lográndose así que saliera a luz pública este homenaje en ocasión del cumpleaños 70 de Sergio Ramírez y en conmemoración al 50 aniversario de su carrera literaria que se celebran este año 2012. A todos ellos mi gratitud plena.

De igual manera agradezco al poeta Luis Rocha Urtecho, autor del prólogo de este libro, quien contribuyó en gran manera al abrirme oportunidades para publicar una parte de estas piezas periodísticas cuando era director del suplemento *Nuevo Amanecer Cultural*, y a Marta Leonor González por su apertura en el suplemento *La Prensa Literaria*, pues sin publicaciones y por tanto sin lectores lo que se escribe no tendría sentido. Al pintor Sergio Michilini por ceder amablemente su magnífico retrato al óleo de Sergio Ramírez; a los fotógrafos Jorge Mejía Peralta, Jorge Pavón Rojas, Rossana Lacayo y Daniel Mordzinski por sus imágenes que ilustran esta obra; y por supuesto, a Fernando Somarriba de Valery, por apoyar incondicionalmente este proyecto.

Mi reconocimiento a Sergio Ramírez por su misión y empeño en heredar su genio y obra literaria a Nicaragua, además de enriquecer con su contribución magistral nuestra literatura contemporánea y promover a la juventud hacia una nueva era literaria.

K.G.M.



PRÓLOGO: ENCUENTRO CON LA PLENITUD

Conversando con la escritora y periodista Karly Gaitán Morales y tras haber sido su primer editor en jefe cuando se inició en el periodismo cultural, podría afirmar, según los temas que hemos destacado y lo que he observado de su escritura, que desde niña ha sido poseedora de su propio Pájaro Azul, ya que un día algo lejano, a sus ocho años, se inició en la lectura de obras literarias, encontrándose en el camino con los libros de Sergio Ramírez Mercado, quien influiría en gran manera en su propia forma de crear literatura. La pasión por las letras de aquella niña se identificó plenamente con la creación del escritor nacido en Masatepe el 5 de agosto de 1942, quien es siempre nutrido por la poesía, según él le manifiesta en este libro a la autora: “Cuando estoy escribiendo una novela dejo de leer novelas. Leo poesía, porque el lenguaje se siente mucho mejor, volviendo a mis poetas preferidos, leyendo poesía para meterme en un lenguaje literario a la hora de escribir... Leo poesía para escribir novelas”.

Sergio se inició como poeta. Poemas suyos están en los primeros números de *Ventana*, la revista que en la década de los sesenta dirigiera con Fernando Gordillo. Pero es más, en el primer libro *Cuentos* de Sergio, con ilustraciones de Leoncio Sáenz, publicado con impecable gusto tipográfico por Mario Cajina Vega en su Editorial Nicaragüense el 30 de septiembre de 1963, el prologuista es nada menos que el escritor y entonces rector de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, doctor Mariano Fiallos Gil, quien exaltando éstas y otras cualidades de su pupilo, escribe: “Ahora tenemos aquí a Sergio Ramírez, poeta, cuentista y organizador. Él dirige la revista *Ventana* y se ha desarrollado en el ágora universitaria. Cuando llegó por primera vez un poco antes de que la matanza del 23 de julio de 1959 hiciera madurar de repente a los jóvenes adolescentes, recitaba poemas ajenos con el desgarbo de quien todavía no puede manejar su cuerpo en crecimiento. Luego, comenzó a escribir poesía, cuentos, crítica. Vendrá el tiempo —ya está llegando— en que escribirá dramas y novelas”. Y concluye el autor de *Horizonte quebrado* augurándole a Sergio este futuro que se volvió realidad: “Entonces le queda el horizonte abierto para siempre”.

En 1965, Sergio Ramírez publica un justo y recatado homenaje a su magnífico mentor. En la cara interior de la portada de *Mis días con el Rector*, está una paternal dedicatoria, manuscrita, del doctor Mariano Fiallos Gil: “A Sergio Ramírez: Afectuosamente. Sergio: Lo principal, escribir, te lo dice uno que ha perdido mucho tiempo con la imaginación en marcha, pero con acción escasa. Es aquel viejo principio que ya Rubén recomendaba: crear”. Y Sergio, de poeta



a poeta, le corresponde diciendo en ese libro: “El Pájaro Azul fue el símbolo de su juventud. De su juventud son también sus cuentos, sus poesías, la guitarra, el piano, los pinceles. Todas las cosas del arte eran en sus últimos días no más que viejos recuerdos de pasados tiempos. Su vida intensa estuvo acorde con su vida de poeta”.

Todo esto y más demuestra saberlo, a la hora de fraguar este libro, Karly Gaitán Morales. Me consta que reconoce con orgullo la influencia literaria que sobre ella ejerció Sergio Ramírez, expresada desde que comenzó a publicar a sus 21 años. Al solicitarme este prólogo me comentaba que este libro es su regalo de admiración y respeto para Sergio, con motivo de estar cumpliendo sus 70 años. Estoy seguro que este homenaje a él, de una joven escritora que se inicia, será uno de los mejores regalos a este joven escritor de 70 años, que nunca dejará que se le considere definitivamente “iniciado”, pues nunca se deja de aprender.

A Sergio me une un tiempo entrañable que incluye la adolescencia. Somos compañeros de generación, y yo, por tres meses, menor que él. Por ello el que Karly haya escogido a Sergio como objeto de su estudio, y a mí como prologuista, me parece una afortunada casualidad que nos reúne en 140 años entre ambos. Setenta marcan el inicio de la senectud, pero cuando la senectud es acumuladora de juventud, es también divino tesoro: ¡Ah, senectud, divino tesoro, cuando no es decrepitud! Como es también otra afortunada casualidad, que no quiero dejar pasar por alto, el que en aquel primer libro de *Cuentos* de Sergio Ramírez la viñeta de la portada sea de Pablo Antonio Cuadra, y que 40 años después de aquella “inicial” publicación, en 2003 Sergio haya ocupado el sillón de Pablo Antonio Cuadra en la Academia Nicaragüense de la Lengua.

Este libro es una muy personal y lograda experiencia de la autora para aprender a leer literatura y que otros aprendan. Lectura compartida de la cronista, articulista y entrevistadora, con un Sergio siempre novedoso, expuesto y franco, con una obra que se revela —gracias al ameno y variado recorrido que sobre ella y su autor nos hace Karly— seductora en el tiempo, es decir, sin tiempo, culminada por realizada: la culminación que continúa, comprobando cercanías y conquistando remotidades; mentiras verdaderas. Un libro que logra que los 70 años de Sergio sean valorados con ecuanimidad: “48 obras publicadas y traducidas a 15 idiomas”, recuenta el doctor Carlos Tünnermann. Libros y días de amor y de guerra. Tropes y tropelías mientras Charles Atlas también muere. Y una vez más vuelta a la creación.

Karly Gaitán Morales hizo una cita con Sergio Ramírez. Una cita con la que nos beneficiamos todos, y en la que con palabras de Sergio y pluma propia nos narra sus propias experiencias en el mundo de este narrador que se aproxima



al Premio Nobel de Literatura, con un bagaje de justos reconocimientos que a mi modo de ver, después de Ernesto Cardenal, lo califican para que le sea otorgado. La novel escritora frente al posible Nobel. De manera que podríamos concluir que hubo una vez una muchacha de ocho años tan audaz que esperó a Sergio Ramírez en una esquina de la vida para pedirle una cita con la literatura. Y como aquella cita era literaria, se volvieron a encontrar cuando el escritor estaba por celebrar sus 70 años, con 50 años de oficio y un “Adiós muchachos” a la politiquería. En este libro tiene lugar la cita entre una juventud deslumbrada y el esplendor de la plenitud.

Luis Rocha Urtecho

“Extremadura”, Masatepe, 5 de agosto de 2012.





EL PRIMER ENCUENTRO

Un claquetazo de luz y de brillo abre la escena de la vida literaria de Sergio Ramírez a los doce años de edad, cuando ganó el primer lugar en un concurso de cuentos convocado por Radio Mundial con participación de radioescuchas de todo el país; y a los trece años con su primera publicación en *La Prensa Literaria*, para dar inicio a una larga carrera como escritor que he admirado desde que me encontré con su magnífica obra en mi infancia. En ese tiempo a mis manos y a las de mis hermanas llegaban libros de autores latinoamericanos, revistas de todos los tiempos y países, selecciones de cuentos, enciclopedias y poemarios en inglés, esperanto y español, idiomas que se manejaban muy bien en nuestra casa e incluso la biblioteca de mi padre estaba dividida en secciones por idiomas y después por temáticas, ocupando una importancia privilegiada el espacio de los libros de música para piano, pues él era pianista y director de coro.

Un libro muy especial, que podría decir que fue el primero que leí de tapa a tapa sin aburrirme fue *Cuento nicaragüense*, publicado por la Editorial Nueva Nicaragua en 1986, que contenía una recopilación de los cuentos populares de El Tío Coyote y el Tío Conejo, que fácilmente los niños pueden leer. Era una selección con introducción y notas de Sergio Ramírez, así fue como el nombre comenzó a volverse conocido para mí, porque también aparecía en los editoriales de la revista *Nicarauac*, en otro libro de cuentos y, poco después por todos lados se hablaba de él gracias a la publicación de *Castigo divino*, que en mi casa mis hermanas y sus amigos leyeron al estilo club de lectura, pues sólo tenían un ejemplar para todos. Al mismo tiempo descubrí para mi felicidad a Rubén Darío, Fernando Silva, Lizandro Chávez Alfaro y muchos más.

Sin embargo, mi primer encuentro real con Sergio Ramírez no fue en un escenario literario sino de manifestación política, ambiente de calle y un patriotismo popular exagerado durante la campaña electoral de 1989 cuando visitó, como parte de sus giras, las colonias populares de Managua. Mi madre me llevó a ver a “Cheyo”, como gritaba la gente en la congregación masiva que se formaba en la calle principal de la Colonia 14 de septiembre, y se amontonaba alrededor de una tarima adornada con flores y banderines rojinegros. Llegamos desde la tarde y mi madre, para distraerme cuando comenzaba a quejarme de dolor en los pies, me compraba un algodón de azúcar, un cono de helado u otra cosa. Y estaba ella vestida de blusa amarilla de chifón, con su seria mirada oculta en unos Ray-Ban clásicos y sacando monedas de su elegante cartera de



mano color rojo brillante, esperando a Sergio con tenacidad, pese a que no llegaba, se hacía de noche, que las horas pasaban o que yo lloraba diciendo que quería irme.

Un poco oscuro estaba ya cuando la multitud comenzó a alborotarse, “ya viene”, corría el rumor porque se trataba de una caminata con los líderes de la colonia, los héroes locales y las madres de los mártires, así que todos dejaban lo que estaban haciendo para ir a verlos. Llegaron primero los cuerpos de seguridad y nosotras nos acercamos. De pronto aquel señor de rostro amanzanado, tez morena, hoyuelos profundos en las mejillas, cabello peinado —como hasta ahora— hacia un lado cubriendo la mitad de su frente, ojos oblicuos y, ante la impresión de una niña de nueve años, altísimo, subió a la tarima recibido con vivas, ovaciones y aplausos. Al parecer yo era la única persona que estaba interesada en conocerlo como escritor y noté que de verdad era muy parecido, idéntico, el mismito que se miraba en las fotos de los libros y sobre todo en la contratapa de *Castigo divino* que traía una donde estaba él sentado con una foto enmarcada de Rubén Darío de fondo.

Los discursos no los recuerdo, pero sí el final del evento cuando unos líderes de la comunidad subieron para obsequiarle un bate de madera de colores rojo y negro. Él lo tomó en manos: “Esto es para darle un *home run* al enemigo”. Su comentario fue respondido por la multitud con excitación. Bajó de la tarima para continuar su caminata hacia la Colonia Nicarao, yendo sobre la calle principal de la Colonia 14 de septiembre; cuando mi madre y yo nos acercamos para verlo bien, por un instante y más o menos a un metro de distancia casi le doy la mano para saludarlo como lo estaban haciendo otros niños, pero había tanta gente en esa manifestación que mi mamá me cogió del brazo de inmediato. Justo cuando me aparté la gente se abalanzó sobre él pidiéndole autógrafos y estrechándole los brazos.

Esa imagen permaneció en mi memoria como un sueño, una ilusión. ¿Había sido cierto? ¿O era uno de esos recuerdos creados de la infancia que los padres y hermanos mayores, con su relatos, se encargan de formar en la imaginación de una niña cuyo cerebro percibe y graba episodios tanto ficticios como reales, que en el futuro mezclará y serán vívidos “recuerdos”? No.

Veinte años después, investigando con la asistencia de la bibliotecaria María Ligia Garay en las colecciones de periódicos del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA-UCA) para un libro sobre cine que escribí, encontré sin querer y sin esperarlo una nota publicada en *El Nuevo Diario* el 21 de enero de 1990 con el titular *La 14 y la Nicarao insurreccionadas con visita de Sergio*, que por supuesto llamó mi atención porque un recuerdo escondido en lo recóndito de mi cerebro comenzó a aflorar. Leí la nota completa con



detención y el pulso acelerado comprobando que cada detalle de mi recuerdo se contaba en la noticia, incluso se describe el comentario del bate de beisbol y los autógrafos que llegaron a pedirle con ejemplares de *Castigo divino* en manos. Era increíble, fue como revivir toda la infancia en un solo segundo, no podía ser que un recuerdo vago estuviera tan acorde con lo que sucedió en realidad.

El segundo encuentro con el escritor fue cuando estaba en la universidad en un curso de escritura creativa con la poeta y ensayista Isolda Rodríguez Rosales, que nos recomendó el libro *Cuentos completos* de Ramírez y analizamos varios relatos con técnicas que ella enseñaba, así que me entusiasmé y fui a visitarlo a su oficina, haciéndole la primera entrevista. Había querido hacerla desde que en marzo de 1998 el único regalo de cumpleaños que recibí fue un ejemplar de *Margarita, está linda la mar* y se despertó mi inquietud por escribir un artículo sobre esa obra. De ahí en adelante como reportera de cultura de *Nuevo Amanecer Cultural* e instruida por el poeta Luis Rocha Urtecho y Onofre Guevara me tocaba cubrir sus eventos literarios, presentaciones de sus libros o talleres, así como lo hacía para otras actividades de pintura, poesía, danza o teatro. Parte de esas publicaciones de varios años se encuentran reunidas en esta selección especial e incluso algunos trabajos inéditos que por su extensión no lograron ser publicados en el espacio del suplemento cultural.

Este libro ha sido elaborado para rescatar del olvido y de su condición como episodios circunstanciales estas piezas periodísticas que nos muestran a Sergio Ramírez desde distintas facetas a lo largo de su carrera literaria, justamente hoy que ha alcanzado el medio siglo.

Karly Gaitán Morales
Managua, noviembre de 2012.



CITA CON SERGIO RAMÍREZ

Entrevistas. Artículos. Crónicas



DEL PINCEL DE SERGIO MICHILINI

El pintor italiano Sergio Michilini cumplió veinticinco años de vivir en Nicaragua y de pintarla. Por medio de su pincel ha llevado a este país al caballete y a salones importantes de arte en Italia y el resto de Europa. Con motivo de su aniversario está realizando su exposición personal “Nostalgia” en la Fundación Luisa Mercado en Masatepe, como un homenaje a su amor por los pueblos de los departamentos Masaya y Carazo, lugares donde ha ido incansablemente con su cuaderno y lápiz tomando apuntes de frutas, mujeres, plantas, cielos, risas, ojos y labios nicaragüenses que ha encontrado en el camino.

Con su afán de capturar la belleza de esta exótica idiosincrasia latinoamericana, su obra ha recorrido el continente capturando rostros de personajes políticos y de la cultura. Así ha pintado con gran maestría retratos de los escritores Sergio Ramírez, Gabriel García Márquez, Pablo Neruda, Azarías H. Pallais, Gioconda Belli, Ernesto Cardenal, los pintores Frida Kahlo y Diego Rivera, la fotógrafa Tina Modotti y héroes como Augusto C. Sandino y Emiliano Zapata, entre muchos otros. Además ha estado preparando una serie de diecisiete pinturas que ilustran los cuentos del libro *El llano en llamas* del escritor mexicano Juan Rulfo, ilustraciones que no han sido publicadas en ninguna edición de esta obra ni expuesto en pared alguna.

Para pintar el retrato de Sergio Ramírez fue necesario concretar un primer encuentro entre ambos, pues Michilini había leído los cuentos de Ramírez y éste apreciado las obras artísticas que el pintor realizó sobre todo en la época de la revolución, pero nunca se habían visto en persona. Entre esas obras se destacan pinturas monumentales en los muros más grandes o largos que estaban a disposición, y su famoso Conjunto Artístico Monumental Santa María de los Ángeles en la iglesia del mismo nombre en el Barrio Rigüero de Managua, casi la única obra que perdura hasta la actualidad, pues con el final de la revolución los murales, pintas, carteles y rótulos realizados por el Ministerio de Cultura, la Asociación Sandinista de Trabajadores de la Cultura y otras instituciones fueron borrados del sector urbano con brochazos de pintura comercial de colores azul y blanco, pintándose sobre éstos la bandera de Nicaragua.

Una colección de todas estas obras reunidas en un brochure impreso en papel satinado y en colores vivos, trae en manos Sergio Michilini como obsequio para Sergio Ramírez, pues ha asistido a su casa para una primera sesión de fotos con la que hará después apuntes y bocetos para el retrato. Sentados en el sofá de cuero de la oficina de Ramírez aprecian una a una las pinturas comentando los acontecimientos históricos que rodearon su creación, para después hacer más de



cincuenta capturas con una cámara digital desde distintos ángulos. Ramírez dice que ese llegará a ser entonces “su retrato oficial”, pues un pintor de la calidad de Michilini no dejará ir el mínimo gesto, y éste contesta que su objetivo mayor es hacer “retratos para la historia”, pues “nunca se sabe qué pasará en años. Así igual se comenzaron a trazar los primeros pincelazos y se pintó *La última cena* o *La Mona Lisa* y ya vemos lo que resultó para efectos de la historia universal”.

Managua, febrero de 2008.



LA MEJOR LECCIÓN. LOS DÍAS COMO ESTUDIANTE DE DERECHO EN LEÓN DE NICARAGUA

El año 1959 es muy importante en la historia de la educación universitaria en Nicaragua. El 23 de julio ocurrió la famosa masacre y agresión contra más de cien estudiantes en las calles de la ciudad de León, volviéndose los hechos un icono en la historia reciente nacional y siendo hasta hoy el 23 de julio el Día del Estudiante en este país, en memoria de la sangre derramada aquella mañana.

La Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua estaba estrenando autonomía y avanzaba en su desarrollo, que de manera acelerada se hacía notar en el funcionamiento administrativo y académico. La autonomía representaba tranquilidad y libertad, pero a la vez grandes retos y responsabilidades por parte de los estudiantes y docentes. Así que el doctor Mariano Fiallos Gil, el nuevo rector, escribió un manifiesto que tituló *Carta del Rector a los estudiantes* y había sido publicado como librito de bolsillo en junio de 1958. Las nuevas generaciones que llegaban podían acceder al texto, y en sus páginas, el rector explicaba: “Muy poca cosa nos costó a los universitarios el privilegio de ser autónomos. En otros países hermanos, para conseguirlo, se derramó sangre de juventud y se malograron muchas vidas estudiantiles que han quedado errantes y como desplazados de su natural regazo”; esto lo manifestó así porque al momento de su elaboración aún la lucha por defender la autonomía no había arrojado el saldo de sangre del 23 de julio y muchos otros. Decía también que la autonomía se gozaba y se padecía, pues sentía el placer y el peso de toda una institución académica sobre sus hombros y pedía la colaboración de los estudiantes mostrándoles de forma paternal sus responsabilidades con el proceso de renovación de la universidad. La unidad y los valores a los que se refería el escrito como los principios del progreso, él los patentaba cuando salía a los pasillos a dialogar con los alumnos.

Una mañana de tantas, estaba el “profesor Mariano” hablando en una banca con unos alumnos y sale de la biblioteca un muchacho con sus amigos. El que sabe les dice a los demás que el señor flaco y de traje invariablemente arrugado es el rector. Uno de ellos, el más alto, lleva en un brazo su saco doblado y en el otro sus libros y códigos. Se acerca callado para conocerlo. Una vez sentado el muchacho en la banca el rector le saluda.

—Buenos días, ¿cómo se llama usted?

—Sergio Ramírez, de Masatepe.

—¿Y es de Derecho? Veo que lleva su código.

—Sí.



Alumno y rector desarrollan una larga conversación, que va desde los estudiantes en los pasillos hasta las películas italianas, de las grandes novelas del momento a los automóviles alemanes. Ha descubierto el muchacho a un hombre paternal y accesible, y el señor a un joven escritor de poesías con un gran potencial entre los dedos.

Con la autonomía inició la publicación de diversos materiales de difusión; la información y el conocimiento comenzaban a tener su importancia real. En 1960 existía el periódico *La Gaceta Universitaria*, que contenía anuncios y crónicas sobre los eventos de la universidad y lo dirigía el poeta Octavio Robledo; la revista *Cuadernos universitarios* con trabajos de investigación y literatura, que dirigía también Robledo; y como tercera alternativa inicia una publicación exclusivamente literaria que se llamó *Ventana* dirigida por Sergio Ramírez y Fernando Gordillo, patrocinada casi en su totalidad por la rectoría de la universidad. Después, Ramírez dirigiría también *La Gaceta Universitaria*. La biblioteca central había sido regenerada por un experto chileno que había llegado a catalogarla y restaurarla. Se funda la Orquesta Universitaria con instrumentos comprados por el doctor Mariano Fiallos y se abren los Radioteatros, que consistían en veladas artísticas donde se cantaba, recitaba poemas, contaba chistes, participaban músicos, y todo aquello, risas, errores y logros incluidos, se transmitían en directo por la radio. También el rector había mandado a quitarse el saco y la corbata a todos los alumnos para que llegaran con una ropa propicia para el clima de la ciudad (entre treinta y seis y cuarenta grados centígrados todo el año) y como un precepto modernista: “¡No queremos uniformes ni ataduras!”. Un proceso de renovación administrativa se desataba, evidentemente.

La rectoría era una oficina pequeña, donde los alumnos entraban y salían a todas las horas del día, iban a conversar con el rector, a buscar un apoyo económico para algún proyecto, escribir sus artículos en las máquinas Underwood que estaban disponibles para el uso de los redactores, a elaborar alguna carta y dar a conocer quejas y solicitudes. Y el rector abandonaba su oficina para ir a hablar horas con los muchachos en los pasillos, sobre el funcionamiento de la universidad, de cultura, arte, literatura, cinematografía, del mundo. Nunca antes, o muy poco se había visto en la historia de esta universidad, que un rector bajara de sus pedestales para mezclarse con la “fauna estudiantil”.

Como parte de su desarrollo, en 1962 la universidad compró un terreno frente a su emblemático Paraninfo. Ahí se establecieron los laboratorios de biología y de química y se construyó un auditorio. En unos pasillos se abrió un instituto nocturno de secundaria para obreros. El rector Fiallos Gil nombró como director de esa escuela a su joven amigo que había conocido en la banca



frente a la biblioteca, Sergio Ramírez, que para entonces estaba en cuarto año de Derecho y había recibido cada año el premio del mejor alumno de la universidad por su rendimiento académico, que consistía en la entrega pública de un diploma, la fama y muchos aplausos. Ese año tenía ya fama de dirigente estudiantil y había manifestado dotes de liderazgo. A su vez, Ramírez, como director del instituto, tenía plena autonomía para administrar el sistema académico y económico.

Un conflicto surgió con los estudiantes de secundaria una noche que apagaron las luces e hicieron un alboroto con gritos y trifulca incluida. No se encontraban el director ni el subdirector en ese momento. Al siguiente día se realiza la investigación y va el director en un taxi casa por casa de los alumnos por los barrios de León explicando a las familias lo que había ocurrido y quiénes eran los expulsados. Los futuros bachilleres del instituto de obreros estaban forjados y siendo formados bajo la autonomía académica que se celebraba y pregonaba con pechos henchidos de libertad al otro lado de la acera, en el campus universitario y se pusieron en huelga como apoyo a los compañeros que habían sido retirados de la casa de estudios. Al final del día estaba todo controlado otra vez y esa misma noche estaban recibiendo clases en orden nuevamente. Excentricidades exclusivas de una universidad y de un sistema humanista como aquel, donde el diálogo imperaba ante la barbarie.

En 1963 ocurrió un caso similar pero ahora con la comunidad universitaria. Los estudiantes de Derecho protestaron contra un profesor que no les parecía ideal, se quejaron con la rectoría, pero el doctor Mariano Fiallos extrañamente hizo uso de su autoridad sin escuchar reclamos ni protestas y no retiró al maestro. Sorprendidos e indignados, los estudiantes se fueron a huelga, primero la Facultad de Derecho y después las demás hasta que la universidad se paralizó en sus funciones académicas. Los profesores llegaban por instrucciones superiores y no había un solo estudiante por los pasillos. Sorprendentemente ante aquel hecho el rector, lleno de tensiones, renunció a su cargo y se fue a su casa llevándose hasta el último papelito de su escritorio y cosas personales de toda su oficina. Quienes habían iniciado la huelga contra él habían sido sus alumnos más cercanos, entre ellos el más querido, a quien llamaban el “San Juan de los discípulos del doctor Mariano Fiallos Gil”, Sergio Ramírez, de Masatepe.

Las facultades establecidas en Managua, que se controlaban desde León, donde estaba la sede de la rectoría, iniciaron una huelga como muestra de rechazo a la renuncia de Mariano Fiallos e hicieron una marcha caminando todo un día hasta León. A Managua y León las divide una ardiente y soleada carretera de noventa y dos kilómetros. El rector se conmovió por el afecto demostrado por los estudiantes de la capital que llevaron pancartas con frases



cariñosas para él, entonces regresó a su cargo. El profesor al que no querían los estudiantes de Derecho comprendió que no podía continuar y presentó su carta de renuncia, entonces al siguiente día los estudiantes regresaron a sus clases.

Pasadas las emociones ante los hechos, “los discípulos de Mariano Fiallos Gil” le visitaron en su casa una tarde y él accedió a recibirlos sin ningún rencor, pero todos sabían a *vox populi* que debía estar resentido por lo ocurrido. La reunión fue muy tensa y todos expusieron sus razones con sinceridad. El rector se comportó como amigo y no habló de los sentimientos ni de lo ocurrido, les explicó lo que harían para continuar con los planes y la renovación de la universidad, como que nada había pasado. Su esposa, que sabía del daño ocasionado no sólo a él sino a la familia, molesta tocó el tema: “Quién iba a pensar que el San Juan de mi esposo era el que iba a ocasionar todo esto”. Los muchachos, mientras compartían con él panecillos y limonada en su sala le explicaron que se sentían muy molestos porque él como rector y amigo había optado apoyar al profesor del que ellos se quejaban, sabiendo que ellos tenían la razón. Habían sido formados con los principios de autonomía que muchas generaciones les habían heredado, leían textos de derechos humanos, escribían ensayos sobre la justicia, códigos civiles y artículos sobre movimientos sociales.

Con la experiencia vivida el doctor Mariano Fiallos Gil comprendió, aunque de forma dura y contra sí mismo, que aquellos muchachos habían aprendido la mejor lección que los marcaría para el resto de sus vidas, la que él les había mostrado a puertas abiertas.

Nuevo Amanecer Cultural, 6 de octubre de 2007.



ENTREVISTA PING-PONG: LOS AMIGOS

El archivo fotográfico del escritor Sergio Ramírez se compone de casi cinco mil piezas o unidades, quizás poco menos de la mitad en blanco y negro y el resto en colores. Las cajas se dividen por temas principales: vida política, vida literaria y la familiar; luego se subdividen por años, países y eventos.

Hacer un recorrido por el contenido de la vida literaria escrito en fichas, que a la vez describen a detalle las imágenes, podría despertar primero curiosidad y después una gran impresión. Las imágenes revelan una larga vida dedicada al acontecer social literario, esto es, ferias de libros, presentaciones, entrega y recibimiento de premios, entrega de títulos doctor honoris causa, festivales, congresos, ponencias, debates, recitales, conversaciones de grupo, reuniones privadas, aniversarios, discursos, efemérides, lecturas, talleres, asociaciones en pro de la literatura, premieres de filmes basados en obras literarias, inauguración de locales para la cultura, y muchos más.

Al echar un vistazo a las fechas de cuando fueron tomadas y de los viajes y países siguiendo el hilo cronológico, el investigador se pregunta cómo es posible que una sola persona haya estado en tantos sitios e impacta mucho más si se comienza a hacer un análisis de las horas de avión, lo que duraban los eventos y las giras. Todo ello muestra una vida agitada, vivida a prisa, sin horas de sosiego, intensa. Al terminar de revisar sólo la primera parte de la vida literaria una sensación de asfixia se posa en la mente del observador, por tanta vida, tanto recurso que historiar, tanto recorte de periódico que se debe consultar para lograr realizar una crónica, si se deseara escribir. Y de sólo pensarlo la montaña de ideas y de trabajo que se avecinaría es enorme.

A esas horas y días invertidos en la literatura desde 1956, cuando Ramírez Mercado logró su primera publicación a los trece años con un cuento en el suplemento cultural del diario *La Prensa* de Managua, se suma la época política, primero en el movimiento antisomocista, desde la época estudiantil, luego el encabezado por el Frente Sandinista de 1971 a 1979 y después en el gobierno de 1979 a 1989, más las distintas campañas electorales, movimientos y una diputación de 1990 a 1996. Los años ochenta para Ramírez fueron igualmente de viajes oficiales, representaciones como vicepresidente, misiones con el objetivo de buscar ayuda y solidaridad para Nicaragua, mil razones.



También está frente a mis ojos el archivo de documentos que será llevado en el futuro a la Universidad de Princeton para depositarse definitivamente entre los documentos históricos. Contiene cartas, postales, fotografías, documentos legales, borradores de obras escritas a máquina de escribir, manuscritos de cuentos y artículos, entre otras cosas. En adelante, para analizar a detalle o escribir sobre estos temas se tendrá que viajar a Nueva Jersey, así que antes de su clasificación y traslado he tomado apuntes del contenido y conversado con el autor sobre su amistad con algunos de los escritores que se ven en las fotos, escogiendo a treinta personalidades, pero que para esta publicación se ha elaborado la siguiente selección clásica enfocada en América Latina. Aunque he usado la técnica conocida como “ping-pong”, las declaraciones de Ramírez van más allá de sólo toques o datos históricos:

Julio Cortázar

La impresión que yo tenía de Cortázar era bastante mítica porque de los escritores del *boom* quizás él era el más singular para mí, ya que la lectura de *Rayuela* había sido determinante en un momento para la juventud. En los años sesenta era un libro que planteaba toda una filosofía como la de mi generación, una filosofía lúdica, un poco anárquica, de contradicción de todos los valores burgueses y con mucha gracia, con mucha ironía, por lo que se volvió un libro insignia. Por aparte, tenía la consideración de Cortázar como cuentista, fue uno de los cuentistas que me ayudó a formarme en la precisión del uso del lenguaje de la narrativa corta y de la estructura, y era uno de los cuentistas que más admiraba. Siempre recuerdo que leí primero a Cortázar, después a Borges y a los otros del *boom*.

De manera que de esta relación de admiración pasé a tener la oportunidad de conocer a Julio cuando vino a Centroamérica en el año 1976, cuando llegó a Costa Rica invitado por el Colegio de Costa Rica, recién fundado por la escritora Carmen Naranjo. Pues llegó él a dar unas conferencias en el Teatro Nacional en San José. Ahí comenzamos esta relación que fue de simpatía mutua, inmediata, instantánea, al punto de que lo invitamos a visitar Nicaragua.

Ernesto Cardenal, quien estaba en San José, también apoyó la invitación y lo trajimos a Solentiname; por supuesto él de manera bastante irresponsable aceptó de inmediato, alquilamos una avioneta y nos vinimos con el actor y dramaturgo Óscar Castillo a acompañarlo hasta el pueblo de Los Chiles, en la frontera de Costa Rica con Nicaragua. Pernoctamos en la casa de José Coronel Urtecho. El comienzo de nuestra

amistad está reflejado en el cuento suyo *Apocalipsis de Solentiname*, que escribió con motivo de esa visita, y luego me encontré con él ese mismo año en Frankfurt en la Feria Internacional del Libro. La Feria ese año fue una cumbre de la literatura en español, porque estaba dedicada a la región de América Latina, y entonces estuvieron presentes Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Juan Rulfo, Mario Benedetti, José Donoso, Manuel Puig, entre los que recuerdo, pero era un hervidero de autores latinoamericanos. De ahí me invitó a encontrarnos en París, así que fuimos a su casa, eso fue a finales de octubre de 1976.

Seguimos relacionándonos por correspondencia hasta que al poco tiempo vino la revolución y fue cuando comenzó a venir a Nicaragua constantemente hasta su muerte. Como consecuencia o producto de esta amistad le escribí el libro *Estás en Nicaragua*, donde relato todos estos incidentes de la relación amistosa, cómo comenzó y su proceso hasta el final, con su muerte.

Gabriel García Márquez

Con García Márquez me encontré por primera vez en Bogotá en el año 1977, en septiembre, por razones diferentes a las de Julio Cortázar, que fue por motivos literarios. Con García Márquez fue por política. Los organizadores de la revolución desde fuera de Nicaragua estábamos preparando el asalto a los cuarteles que ocurrió en octubre de ese año, como una operación militar que tendría como consecuencia la liberación del departamento de Rivas. Se iba a instalar en esa ciudad un gobierno provisional después de la toma, y necesitábamos que ese gobierno tuviera un reconocimiento internacional.

Entonces pensamos que el gobierno de Carlos Andrés Pérez, en Venezuela, era el más posible en dar este reconocimiento, y que la mejor manera de llegar a él era a través de García Márquez. Así que fui a Bogotá. No tenía la mínima relación con Gabriel García Márquez ni él sabía quién era yo hasta que José Benito Escobar, que era miembro de la dirección del Frente Sandinista, dijo que él lo había conocido en La Habana y me dio una carta. La probabilidad de que García Márquez se acordara de un guerrillero que había conocido en Cuba también era bastante incierta. Pero me fui a Bogotá con esa carta y sin paracaídas porque ni siquiera tenía su número. Con Juan Cobo Borda, un escritor colombiano que se comunicó con él, quedamos de que García Márquez me iba a recibir el día siguiente en los estudios de la RTI, porque se estaba filmando su novela *La mala hora*, dirigida por Jorge Alí Triana.

Nos reunimos en las oficinas, recuerdo que había muchas caseteras e instrumentos de filmación; ese fondo, digamos, escenografía, perdura claramente hasta hoy en mi mente. Le entregué la carta de José Benito y él la hizo pedacitos después de leerla, como buen conspirador que era, pero se mostró muy dispuesto. Creyó todo lo que le contaba, porque le conté un cuento que era obviamente exagerado, que habían mil doscientos hombres, que estábamos listos, que teníamos armas, que íbamos a tomarnos los cuarteles y que lo que necesitábamos era reconocimiento diplomático para el gobierno que se iba a instalar en la frontera, y él aceptó de inmediato ir a Venezuela a hablar con Carlos Andrés Pérez. En esa misma oficina tomó un teléfono y habló con una secretaria que le dijera cuál era el vuelo próximo a Caracas. Antes de despedirnos convenimos un código para hablar por teléfono, era parte de la seguridad para ambos. Quedamos que me iba a llamar a San José y el código era así: Carlos Andrés Pérez era el editor y el apoyo que nos iba a dar era el libro. Volví a San José mientras él partía a Caracas.

Ya en Caracas me llamó y naturalmente habló en el teléfono tal como acordamos: “Mira, el editor está interesado en la publicación del libro”, me dijo. Esto se entendía que nos iban a apoyar y reconocer al gobierno. “¿Cuántos ejemplares me dijiste que eran?”, me pregunta, le digo que mil quinientos, que era el número de hombres que yo le había dicho que iban a participar. Después me dijo: “Entonces el editor necesita que uno de los autores del libro venga a firmar el contrato a Caracas”. Y se fue Ernesto Cardenal.

Él necesitaba que Ernesto llegara allá para que los dos se reunieran con Carlos Andrés. Ya despachamos a Ernesto y el día que iba a ser la toma de los cuarteles él estaba en Caracas esperando en la casa de Miguel Otero Silva con Gabo; los tres, esperando el resultado de los acontecimientos militares.

Por supuesto estos acontecimientos se dieron de una manera absolutamente distinta porque no se pudo tomar el cuartel de Rivas, tampoco el de Masaya y las únicas acciones militares que hubo fueron en San Carlos, las acciones menores de distracción y la única que se dio. Luego el asalto en la ciudad de Ocotal también fracasó, pero se dieron unas escaramuzas con la Guardia Nacional en un puente, una emboscada que fue exitosa. Entonces yo tenía el temor de que frente a estos resultados tan pobres, y que el gobierno provisional ya no se pudo instalar en la frontera, pues nos iban a ver como unos locos, pero no, al contrario, una de las cosas que más convenció a Carlos Andrés es que



uno de los de la lista que yo le había dado, del gobierno provisional, era Felipe Mántica, y él conocía a Felipe porque un tío suyo, Carlos Pasos, quien era un luchador antisomocista que tenía mucho dinero, cuando Carlos Andrés había estado exiliado por Pérez Jiménez en Costa Rica, este señor le había ayudado mucho. Entonces cuando Gabo me llamó me dice: “Informa el editor que conoce muy bien a uno de los autores del libro, el autor principal, y que él está encantado y que sí, que vamos adelante con la edición”. Una locura de código secreto.

Cuando Ernesto regresó nosotros pensamos que nos iba a arrastrar el fracaso en la relación con Venezuela, pero Carlos Andrés Pérez mandó a decir que quería hablar con Felipe y que esto lo veía como un comienzo, así que ayudaría. Y efectivamente nos empezó a dar cien mil dólares mensuales para el movimiento revolucionario, que entonces era un montón de plata.

Siempre que me encontraba con Gabo en cualquier parte del mundo me decía: “Tú me engañaste”; “¿y por qué?”, le decía yo; “porque nunca hubo mil quinientos hombres”, me reclamaba. Entonces le decía yo: “¡Sí, nunca hubo ni sesenta!”. Y me defendía diciéndole que era como en la masacre de los bananeros que él describe en *Cien años de soledad*: “Vos decís ahí que son tres mil y en esa plaza no alcanzan ni cincuenta”.

A partir de entonces él se interesó en el sandinismo, en la lucha contra Somoza y da la casualidad de que el contacto que nosotros teníamos en México, que después se incorporó al Grupo de los Doce, Carlos Gutiérrez, era el dentista de Gabo allá. Cuando volvimos a reunirnos en México en mayo de 1978 en Cuernavaca, pasamos juntos con nuestras familias todo un domingo.

Cuando ocurrió el triunfo de la revolución, que él siguió siempre muy de cerca, me llamó otra vez, así bien conspirador para decir que me mandaba un amigo, que iba a hospedarse en Managua. El amigo de Gabo me traía una carta de él y era un agregado político de la embajada soviética en México. Nosotros en Nicaragua tuvimos relaciones con la URSS gracias a Gabriel García Márquez, eso es histórico. Ya en 1980, para el primer aniversario de la revolución, él vino con Mercedes y se hospedaron con nosotros aquí en nuestra casa. Ya la relación era muy amistosa y familiar; después vino en 1982 y estuvo en radio Sandino hablando de su novela. Vinieron Julio Cortázar, Gabo, Chico Buarque, Roberto Mata, el pintor chileno; Mariano Rodríguez, Roberto Fernández Retamar... todos eran miembros de un movimiento de escritores que sesionaron en Managua y de ese encuentro sacaron un pronunciamiento por Nicaragua.



García Márquez volvió en 1985 a Managua para la toma de posesión, vino con Fidel Castro y con la delegación cubana. Estuvo tres veces visitándome en Managua en los años ochenta, en 1980, 1982 y 1985, aunque en 1985 como vino con los cubanos no se quedó en mi casa propiamente. Siempre me lo encontré en México cuando yo iba en un viaje oficial, su casa era una parada para mí, me invitaba a comer y terminado el periodo de la revolución hemos mantenido una relación en términos personales. Nos vemos una vez al año en Cartagena o en Monterrey, México. Además está por aparte la amistad de Mercedes, su esposa, con Tulita, mi esposa.

*Carlos Fuentes*¹

Tengo esta admiración por Carlos desde que comencé a leerlo en los comienzos del *boom*, a leer sus cuentos, *Cantar de ciegos* y *La región más transparente*. Curiosamente, a Carlos lo no lo llegué a conocer sino hasta tarde, en los años ochenta, porque recuerdo que estábamos en Viena en 1971, en una reunión de jóvenes dirigentes políticos donde estaba yo con Carlos Monsiváis. Después de ese encuentro nos vinimos con unos amigos a Viena, entre ellos Peter Schultze-Kraft, un amigo mío traductor alemán, y Carlos Fuentes estaba en la ciudad porque estaban estrenando una pieza de teatro suya ahí, *El tuerto es rey*, puesta en escena por una compañía francesa. Con Carlos Monsiváis habíamos quedado de vernos con Fuentes los siguientes días, pero ya no se pudo porque él regresó a Portugal con su padre.

Si la memoria no me traiciona nosotros nos comenzamos a relacionar por carta en los ochenta porque yo le mandé el original de *Castigo divino*. Cuando salió en España mi novela en 1988, a él le dieron el premio Cervantes; entonces coincidió que yo viajé a la presentación de mi novela y el día que iban a entregarle el premio, que fui a la ceremonia en la Universidad de Alcalá, apareció un artículo de él en *El País*, de página entera, sobre mi novela. Eso fue un empujón muy importante en mi carrera, que ayudó realmente mucho a la novela y luego a las traducciones. Esa fue una enorme ayuda en mi vida, enorme, que nunca la voy a olvidar. Recuerdo que fue su traductor al inglés quien me llegó a buscar para una edición.

Luego Carlos Fuentes vino a Nicaragua para una de las reuniones de los tratados de paz en Centroamérica de Esquipulas que se iba a dar en

1 Al momento de esta entrevista Carlos Fuentes se encontraba con vida. Falleció en México el 15 de mayo de 2012.



San José, Costa Rica. Creo que era la primera vez que él venía a Nicaragua, vino con William Styron y nos reunimos aquí en mi casa varias veces los tres. Fue entonces cuando comencé a tener amistad también con William Styron. Ellos acompañaron a Daniel Ortega a la reunión en Costa Rica, iban como parte de la delegación de Nicaragua. Esa vez Fuentes hizo una visita muy extensa en Nicaragua, estuvo con Styron en los frentes de guerra, en Jalapa, en Matagalpa, eso fue en 1988. Después de las elecciones de 1990, cuando ganó doña Violeta Barrios como presidenta de Nicaragua, la esposa de Carlos Fuentes, Silvia Lemus, vino a hacerle una entrevista para una cadena inglesa de televisión y se hospedó aquí con mi familia en mi casa.

Desde entonces nos encontramos muchísimo en distintas partes del mundo y eventos. Él fundó la Cátedra Julio Cortázar en la Universidad de Guadalajara junto con Gabo, y soy miembro del Consejo Rector de esa Cátedra, por lo que nos vemos una vez al año en Guadalajara. Este año (2007) la reunión fue en Madrid, en la Feria Internacional del Libro. Hace poco acabamos de encontrarnos en el Foro de Iberoamérica que él fundó también, un encuentro que se hace anualmente entre intelectuales y empresarios de Hispanoamérica, él es el que preside ese foro.

Mario Vargas Llosa

Mario Vargas Llosa vino por primera vez en 1981, para realizar un reportaje sobre la revolución destinado a su programa La Torre de Babel, que se transmitía en Lima por Panamericana de Televisión. Nos conocimos en 1978, cuando habíamos coincidido en un encuentro de escritores organizado por el Pen de Dinamarca en un hotel de playa de Helsingor. Ernesto Cardenal y yo nos dedicamos, por supuesto, a recoger las firmas de los asistentes para un documento de solidaridad con la lucha sandinista. Mario, entonces presidente del Pen Internacional, precavido desde entonces, nos entregó una hoja aparte en la que consignaba su respaldo “a todas las fuerzas que luchan en Nicaragua por establecer la democracia”.

Regresó en 1985, encargado por la revista dominical del *The New York Times* para escribir un reportaje sobre la revolución, y se pasó un mes entre nosotros, hablando de manera exhaustiva con todo el mundo y visitando todos los lugares, en compañía del novelista nicaragüense Lizandro Chávez Alfaro. El FSLN acababa entonces de ganar las primeras elecciones, celebradas en ausencia de la principal fuerza antisandinista, la Unión Nacional Opositora (UNO).

Mario volvió en 1990, tras la derrota del Frente Sandinista, encargado otra vez por la revista del *The New York Times* para realizar un reportaje



sobre las circunstancias del país tras el cambio de gobierno, ahora en manos de la presidenta Violeta Chamorro. Y la última, en enero de 2006, para recibir la Orden Rubén Darío que le otorgó el presidente Enrique Bolaños; en su discurso recordó de manera elogiosa a su cicerone del segundo viaje, Lizandro Chávez Alfaro.

Su posición, crítica y alerta, no gustaba mucho entonces a la izquierda militante comprometida en la defensa de la revolución enfrentada a Estados Unidos, como tampoco gustaba la de Octavio Paz, que fue objeto de manifestaciones de repulsa en México, después del discurso que pronunció en Frankfurt al recibir el Premio de la Paz de los Libreros Alemanes, el 7 de octubre de 1984, dedicado esencialmente al conflicto de Nicaragua.

Héctor Aguilar Camín, Ángeles Mastretta, Carlos Monsiváis, Álvaro Mutis, Rosa Regás

A Héctor Aguilar y a su mujer Ángeles Mastretta los conozco desde los ochenta cuando a Héctor fundó la revista *Nexos* y también la editorial Cal y Arena, nos encontramos por primera vez en México cuando presenté mi novela *Castigo divino* en el Museo Tamayo. Conocí en 1971 a Carlos Monsiváis durante un congreso en Salzburgo, siempre nos divertimos en pláticas sarcásticas y nos saludamos cada vez con un verso de Rubén Darío: “que púberes canéforas te brinden el acento...,” y tengo también una vieja amistad con Álvaro Mutis, quien venía a Managua en los años ochenta a cobrar cuentas vencidas de películas alquiladas al Sistema Sandinista de Televisión, eso era parte de su trabajo de entonces, y como le dijeron que quien podía dar las órdenes de pagárselas era yo, me visitó en la casa de gobierno y platicamos por horas sobre literatura, y se olvidó de cobrar. Rosa Regás fue la secretaria del jurado cuando gané el premio Alfaguara en 1998 y ella fue de quienes respaldó mi candidatura, como supe después. Cuando gané este premio me la encontré a las pocas semanas en Guanajuato, México, en una jornada cervantina, fue cuando nos conocimos. Es una mujer admirable, franca y directa, y estupenda escritora.

Antonio Skármeta

Hace poco lo vi en Santiago, Chile, y estuvimos recordando los viejos tiempos de Alemania, cuando coincidimos en Berlín en 1976, él llegaba con la beca del DAAD que yo terminaba, así que le ayudé en ese momento de transición y a ubicarse en la ciudad. Mis hijos y sus hijos jugaban juntos. Cuando nosotros nos vinimos a Costa Rica a ellos le quedaron en herencia las bicicletas de mis hijos. Antonio fue el primero que leyó los originales de mi novela *¿Te dio*



miedo la sangre?, que terminé en Berlín, nos citamos en un café y hablamos de ella por más de dos horas, para mi halago. Antonio se distingue por su buen humor, además los chilenos entonces eran los mimados en Alemania, llegaban montones a Berlín exiliados, desplegaban ese mismo buen humor de Antonio, parlanchines, activos. Recuerdo que también estaban los Parra, pero en Berlín Oriental, mucha gente maravillosa. Y también nos visitaba en Berlín Ariel Dorfman, que vivía exiliado en Holanda.

Chico Buarque

Lo conocí en Cuba porque los dos éramos jurados del premio Casa de las Américas, él era jurado de testimonio y yo jurado de cuento, en 1978. En el hotel donde nos retiramos a leer los trabajos, en la sierra de Escambray, hacíamos fiesta todas las noches, y teníamos entre los dos largas conversaciones. Luego vino a Managua dos veces, estuvo en el encuentro de los Intelectuales por la Soberanía en 1982, y después cuando se dio el festival musical en la Plaza de la Revolución que fue patrocinado por los holandeses en 1983. El disco lo editaron en Holanda. Fue muy importante para la revolución ese festival, estuvieron Chico Buarque, Mercedes Sosa, Silvio Rodríguez, Daniel Viglietti, Pablo Milanés, todas las estrellas de la música testimonial, y por supuesto músicos nacionales destacados, Carlos y Luis Enrique Mejía. También se filmó un documental del evento. El disco de la música es muy lindo porque no fue editado, quedó con gritos, ovaciones y todo como sucedió. Es súper emocionante volver a escucharlo de vez en cuando.

Laura Esquivel

La acabo de ver en San Luis Potosí, México, en un festival literario y leímos ambos en una mesa, me cayó muy bien, muy sencilla. Ese fue el momento cuando la conocí y seguro me la seguiré encontrando en muchos otros eventos de escritores.

Eliseo Alberto²

Lo conocí con motivo del premio Alfaguara porque lo ganamos juntos en 1998 y desde entonces nos entendimos muy bien porque nos tocó hacer una gira juntos por varios países para promocionar las obras ganadoras, y nos volvimos amigos entrañables, como hermanos gemelos. Lichi es un hombre muy sensible, muy cubano en todo, y carga el peso del exilio con dolor, Cuba es su obsesión.

2 Al momento de esta entrevista Eliseo Alberto se encontraba con vida. Falleció en México el 31 de julio de 2011.



Isabel Allende

Cuando ella vivía en Venezuela y nadie la conocía a nivel internacional, me escribió una carta una vez y me mandó su primer libro autografiado, *La casa de los espíritus*, que es el que le dio más fama. Cuando yo promocionaba la versión en inglés de *Margarita, está linda la mar* en Nueva York, y ella promocionaba una de sus novelas, nos encontramos en el estudio de una radio y nos saludamos con alegría, como si nos conociéramos de toda la vida.

Juan Rulfo

Conocí a Juan Rulfo a través del escritor nicaragüense Lizandro Chávez Alfaro, quien vivió mucho tiempo en México. Rulfo era un hombre muy tímido, sosegado, pero ya así en la intimidad era muy gracioso, contaba cosas extrañas y atractivas de Jalisco, su tierra literaria. Nos reunimos varias veces con Lizandro en un restaurante que se llamaba Bellinghauser, sobre la Calle Londres, colonia Juárez, en la zona rosa, un restaurante alemán que a él le gustaba mucho porque además quedaba cerca del Instituto Indigenista, donde él trabajaba.

Lo había conocido en Costa Rica en 1964 cuando él asistía a un congreso de escritores. Yo tenía una gran y profunda admiración a Cortázar, a Fuentes y a Rulfo, los tres eran mis iconos. Entonces cuando llegó él, yo estaba bien jovencito, fui al hotel y le dije que lo quería invitar a cenar y me dijo que sí. Pero cuando llegué muy emocionado al hotel el siguiente día —¡Rulfo iba a cenar conmigo!—, a él se le había olvidado e iba saliendo a una cena oficial ofrecida por el presidente de Costa Rica, y lo encontré de casualidad porque estaba él dejando la llave en el mostrador del hotel y, claro, me vio y no se acordaba de mí. Le recordé lo que habíamos dicho y me dijo que tenía un compromiso, que iba saliendo. Pero, como todo admirador, llevaba un ejemplar de *Pedro Páramo* para que me lo firmara y ahí tengo actualmente ese autógrafo: me lo firmó en el mostrador. La última vez que lo vi fue en 1976 en Frankfurt en La Feria Internacional del Libro. Era muy tímido estando ya en reuniones sociales.

Augusto Monterroso

Como Monterroso pertenecía a esta fraternidad centroamericana que vivía en México, sobre todo formada por guatemaltecos, donde estaba Ernesto Mejía Sánchez, cuando íbamos a México en pandilla, o sea, en grupo, con los guatemaltecos, fue cuando lo conocí en los años sesenta. Él venía a Costa Rica a las reuniones literarias que realizábamos en el CSUCA, así nos relacionábamos, y él con todos los demás invitados, claro. En 1974



llegó a Berlín invitado por el gobierno de Alemania con su hija, y se quedó en mi casa una semana, fue en ese tiempo cuando más compartimos y conversamos, siempre irónico, ingenioso, imprevisible en sus sarcasmos.

Ernesto Cardenal

A Ernesto lo conocí de nombre primero por *La hora cero* y por los *Epigramas*, pero sobre todo por *La hora cero*, un folletito que se imprimió en México por la editorial Ecuador 000; venía con unos grabados, esa fue la edición príncipe. Después lo seguí a través de *La Prensa Literaria*, cuando se fue a hacer sacerdote, la historia de su relación con Thomas Merton. Y cuando yo estudiaba en la universidad de León, en la pieza donde yo vivía habitaba también Napoleón Chow, que era amigo de Ernesto, porque se escribían. Yo lo miraba que recibía cartas de él y así sabía de Ernesto.

Nosotros éramos izquierdistas, bueno, Napoleón Chow no, pero sí el movimiento “Ventana”. Creo que Ernesto estaba al tanto de esto, y del movimiento de la Generación Traicionada, porque en esas cartas él se identificaba contra la izquierda, él era anticomunista y se oponía al tipo de literatura que defendíamos nosotros, literatura comprometida. Cuando se lo recuerdo ahora, nos reímos.

Al poco tiempo Ernesto se vino de la trapa y se fue a estudiar a Colombia donde hizo sus órdenes sagradas. A pesar de las discusiones entre nosotros los de “Ventana” y la Generación Traicionada éramos muy amigos Edwin Yllescas, Roberto Cuadra, y ellos eran muy amigos de Ernesto; entonces cuando él vino a Nicaragua a través de ellos fue que lo conocí y fuimos a Masatepe a almorzar a la casa de mis padres. Después de Masatepe fuimos a la laguna de Masaya y anduvimos paseando.

Cuando él fundó la comunidad en Solentiname yo nunca estuve cerca. La relación constante y permanente con él vino luego a través de José Coronel Urtecho, porque yo solía ir al río San Juan a visitarlo desde San José, Costa Rica. Ernesto llegaba en su bote San Juan de la Cruz a la finca Las Brisas en el río Medio Queso. Ahí solían llegar también Pablo Antonio Cuadra y Fernando Silva, pasábamos fines de semanas encantadores hablando de literatura.

Mi relación amistosa con Ernesto, a medida que avanzaban los años setenta, se fue volviendo más política alrededor de la lucha contra Somoza, hasta que en 1973 comenzamos a conspirar para iniciar un movimiento revolucionario con Edén Pastora, Carlos Coronel y Raúl Cerdón, un movimiento armado revolucionario alternativo porque era un momento de gran crisis en el Frente Sandinista que casi había desaparecido de la vista



pública. Pero eso fue casi efímero. Recuerdo que en mi carro que tenía en San José, un Volvo, nos montábamos y conversábamos dando vueltas por La Sabana. Cuando me fui a Alemania y lo vendí, la mitad de la venta de ese carro se la dejé a este movimiento, pero obviamente quedó en nada. Luego cuando volví en 1975 Ernesto llegaba a San José y en esas nos encontramos con Julio Cortázar y toda la historia de la famosa visita a Solentiname.

Hemos sido vecinos por más de treinta años en Managua, amigos entrañables.

Pablo Antonio Cuadra

Mi relación con Pablo Antonio fue a través de *La Prensa Literaria*, que se editaba en Managua, o sea, yo lo conocía a él y él no me conocía. En 1956, cuando yo tenía trece años, el suplemento publicaba cuentos vernáculos, entonces se me ocurrió escribir uno sobre la leyenda popular de “La carreta nagua”. Lo mandé. No existía *La Prensa Literaria* como tal sino que venían unas hojas los domingos dentro del periódico, que eran de literatura. Un domingo me sorprendí de ver mi cuento publicado con unas ilustraciones. Esa podríamos considerar que es mi primera publicación, la primera de mi vida. Pablo Antonio Cuadra puso en el titular en grande *Cuento de “La carrera nagua” versión de Masatepe*. Yo creo que él ni conocía ni sospechaba mi edad, porque me dio esa importancia tan grande, a mí, un muchacho de trece años. Él debe haber pensado que yo era un viejo que conocía esta leyenda popular heredada de varias generaciones o que recordaba estas tradiciones de su infancia, quién sabe qué cosa pensó. Pero, además de no ser así, la historia era un cuento, yo lo inventé, no era una leyenda ni nada tradicional. Esto me pareció muy divertido, las circunstancias de la primera publicación de mi vida.

Después en septiembre, cuando se celebraba el centenario de la Batalla de San Jacinto él publicó otro escrito mío en el lugar donde aparecía el editorial de *La Prensa*, el propio 14 de septiembre. También me sorprendí de la gran importancia que le dio a mi escrito. Nos conocimos finalmente cuando publicamos la revista *Ventana* y llegué a dejarle un ejemplar a las instalaciones del diario, eso ya fue en 1960.

También yo asistía a las tertulias que se hacían en su oficina. Él tenía una forma de magisterio que si algo no le parecía no lo publicaba, pero no te andaba haciendo críticas ni comentarios de nada. Sólo el hecho de que saliera un texto de alguien, un poema, un cuento en *La Prensa Literaria* era una calificación. Como ya le dije, lo miraba con regularidad cuando íbamos a la finca Las Brisas de José Coronel Urtecho. Él llegaba bastante a este país a



visitar a su hermana Leonor en San José y a esa casa lo iba a ver. Cuando me fui a Alemania mantuve en *La Prensa Literaria* una columna que se llamaba igualmente Ventana. Yo la escribía en Berlín y se publicaba en *La Nación* de Costa Rica, también, así que estábamos siempre comunicándonos.

Tres magisterios tuve, el de Pablo Antonio Cuadra, el de Mariano Fiallos Gil y el de Coronel Urtecho. Sin ellos no sería lo que soy.

Claribel Alegría

La relación con Claribel era epistolar. Nos escribíamos mucho cuando yo estaba en Costa Rica y ella en Mallorca, pero nos seguimos escribiendo cuando yo estaba en Alemania y muchos años más. Quizás el primer contacto lo tuvimos a través de Ítalo López Vallecillo, salvadoreño y director de EDUCA. Esas cartas las tengo todas en mi archivo, que se va ahora a la Universidad de Princeton. Nos encontramos por primera vez en el café de la Paix de París y luego en Costa Rica. De ese encuentro hay una crónica de José Coronel Urtecho, porque ella vino a San José y él escribió su libro sobre Claribel, que se llama *Líneas para un boceto de Claribel Alegría*. En esa crónica se detalla todo lo que ocurrió en un almuerzo con escritores que hicimos en Costa Rica, quiénes estaban, cómo nos presentamos, cómo se sentó él a hablar con ella en el sofá de la sala de mi casa. Si algo disfruto a plenitud es el ron de las cinco de la tarde en casa de Claribel, su risa cantarina, su alegría contagiosa.

José Coronel Urtecho

Fue en los mismos años de la revista *Ventana*, porque él estaba recién regresado de España, donde estaba como diplomático, agregado cultural, creo. Para mí él era un personaje mítico, sobre todo por *Rápido tránsito*, un libro que yo admiraba, pues es de los libros fundamentales que se han escrito en Nicaragua. A Coronel Urtecho lo conocía también por sus traducciones de la poesía norteamericana, que me influyeron muchísimo, toda la poesía norteamericana que fue traducida por él y Ernesto Cardenal. Cuando me dijeron que Coronel estaba en Nicaragua fui a verlo con Edwin Yllescas a la casa de su hermana, doña Lola Coronel de Chamorro, en la Calle Candelaria de la antigua Managua. Conocí su magisterio, que era diferente, porque el magisterio de Pablo Antonio Cuadra era muy silencioso, pero el de Coronel Urtecho era el de un hombre absolutamente parlanchín que no dialogaba, no oía, sólo hablaba y hablaba y pasaba de un tema a otro. Esas eran las cosas que me maravillaban, que pasaba de un tema a otro con una gran propiedad, con un gran conocimiento.



Nos seguimos encontrando por sus viajes a Managua y porque comencé a ir a verlo al río San Juan. Además yo era amigo de sus hijos, sobre todo de Luis y de Carlos, el menor. Hacía estas excursiones a su casa cogiendo un avión destartado en San José que aterrizaba en un aeropuerto anegado de lodo, a veces, y en otros momentos era un polvazal donde había siempre vacas pastando. El avión daba varias vueltas antes de aterrizar para que hubiera tiempo de apartar las vacas. Había un jeep de la hacienda esperando para llevarnos a Las Brisas; la casa hacienda de madera quedaba en una loma donde se divisaba el río Medio Queso, al que se llegaba en bote por un caño en los llanos. Eran unos viajes fascinantes porque ese lugar era el fin del mundo, con la naturaleza viva y la soledad en pleno.

Gioconda Belli

A Gioconda, al igual que muchos de los escritores de los que hemos hablado, la conocí en Costa Rica en 1976. Ella había salido de Nicaragua para México después de la famosa toma armada de la Casa de Chema Castillo, y allá conoció a Eduardo Contreras, el comandante Cero de esa operación. Se había quedado exiliada un tiempo, después se fue a vivir a San José y entonces empezamos a trabajar en la misma célula de propaganda del Frente Sandinista. Ella y yo nos vimos por primera vez cuando nos encontramos en el foyer del Teatro Nacional para una actividad cultural. Cuando envié su libro de poemas *Línea de Fuego* al concurso de Casa de las Américas en La Habana, que ganó, yo le sugerí ese nombre para el libro, siempre he disfrutado del privilegio de leer sus libros antes de ser publicados.

Managua, diciembre de 2007.



EL ÁRBOL DE PLATA.

ORDEN DEL MÉRITO PRIMERA CLASE DE LA REPÚBLICA DE ALEMANIA

Está la noche muy oscura y la residencia del embajador de Alemania en Nicaragua llena de antorchas en la entrada iluminando los caminos que conducen a su portal. Por los jardines diseñados al estilo de los palacetes medievales se llega a la primera sala. Las paredes están vestidas de óleos y a primera vista sorprende un palimpsesto de Hugo Palma Ibarra; se pasa a la segunda sala entre acuarelas y esculturas. La piscina en el centro de aquel patio abierto con una vista hacia esa Managua lejana y tímidamente destellada de rótulos en el cosmos urbano, refleja el gran árbol cuyo grueso tronco parece de plata ante la oscuridad de la noche, como son los árboles del trópico nicaragüense, que jaspean con brillo propio en las noches tan negras como ésta. Invitados y amigos comentan de política, noticiarios y educación, y se escucha una que otra disertación sobre arte entre los poetas, con la presencia de Ernesto Cardenal —candidato al Nobel de Literatura en el año 2007—, Claribel Alegría y Luis Rocha. Amenas las conversaciones entre los periodistas, las mesas llenas de vinos, bocadillos de mar, quesos y mermeladas de frutas exóticas. Neblina a lo lejos, viento de agosto.

Seis y veinte de la tarde del 24 de agosto y comienza la ceremonia de entrega de la Orden del Mérito Primera Clase que ha otorgado la república de Alemania a través de la Embajada en Nicaragua a Sergio Ramírez. Explica el embajador Gregor Koebel, en un español perfecto, las motivaciones que tiene Alemania para premiar a Sergio con su distinguido sello cultural, que además es el único que otorgan: “Sergio ha recibido muchas condecoraciones y honores tanto en Nicaragua como en todo el mundo, su servidor es el menos indicado para entregar la Orden del Mérito a una persona tan destacada a nivel internacional [...] Varias de sus obras han sido publicadas en el idioma alemán y tiene numerosos lectores y admiradores en mi país [...] Creo que de alguna forma le tomó cariño porque también vinculó a sus hijos con Alemania al enviarlos al Colegio Alemán Nicaragüense aquí en Managua. En Nicaragua, Sergio ha sido también impulsor de las relaciones con mi país, por su destacada labor en pro de la amistad de nuestros pueblos y ha acompañado nuestras motivaciones con la cultura a través de la fundación Casa de los Tres Mundos en Granada”.

Para Sergio Ramírez la experiencia de su vida con Alemania comienza en 1973 cuando viaja con su familia a Berlín. Es importante esta decisión porque en ese momento de su carrera profesional como escritor coincidieron tres asuntos imprescindibles: trasladar su domicilio a Berlín para dedicarse exclusivamente



a escribir, renunciar a su estabilidad en Costa Rica y al codiciado cargo de secretario general del Consejo Superior de Universidades Centroamericano (CSUCA), y el tercero, irse a estudiar una maestría en Administración Pública en la Universidad de Stanford. Pero se decide por Alemania y la literatura. Fue Berlín la meca de su cultura y los mejores y más felices años, donde pudo estar en contacto con la cinematografía del mundo y ver hasta tres tandas diarias en el Cine Arsenal, con la música clásica interpretada por la Orquesta Filarmónica de Berlín que le permitía escuchar el Triple Concierto de Beethoven o la Quinta Sinfonía de Mahler en el momento más deseado; la apreciación de famosos óleos en las exposiciones internacionales en las que tuvo la oportunidad de estar presente; la magia y fascinación del teatro con puestas de las obras de Peter Stein en la Schaubühne am Halleschen Ufer y la literatura alemana, a la que pudo acceder después de aprender a decodificar las dificultades del idioma, para leer a Henrich Böll y Günter Grass.

¿Treinta y cuatro años después ha sido la literatura una quijotada y Berlín un territorio manchego? El escritor lo recuerda con amor, aquel Berlín separado por un muro que unía a su familia en la noche para cenar (esposa y tres niños). Y quizás hoy Sergio Ramírez sigue preguntándolo y respondiéndolo sin llegar a una verdad absoluta, pues el deseo y la incertidumbre de lo que no ha existido le perdura en el pensamiento y lo llena todo de nostalgia, como lee en su discurso de la noche: “Las personas cuerdas y responsables no se embarcan con su mujer y sus hijos en un lejano viaje para dedicarse a escribir novelas, sino que se hacen cargo del futuro y sus consecuencias, y se acogen a las seguridades proverbiales que depara un título académico codiciado como aquel de Stanford”, que había dejado abandonado.

Es alegórica la semiótica onírica con que despide Sergio Ramírez su discurso, citando a Goethe en *El Fausto*: “Gris es toda teoría y verde y dorado el árbol de la vida”, mientras el público escucha atento y este árbol de la vida en el centro del patio, de raíces gruesas, tiene un tronco imponente que es de plata y no dorado como el de Goethe, y se aprecia con genial brillo en el fondo negro del agua en la piscina de la residencia del embajador.

Nuevo Amanecer Cultural, 1 de septiembre de 2007.



A DIEZ AÑOS DEL PREMIO INTERNACIONAL ALFAGUARA DE NOVELA

El primer ganador del Premio Alfaguara —junto a Eliseo Alberto— reflexiona hoy sobre lo que ha significado que este magnífico premio lo recibiera Nicaragua, y define este primer decenio como “un cierre de ciclo personal” más que como un aniversario. Por primera vez un ganador del premio forma parte del jurado y más aún es elegido presidente. Sergio Ramírez nos describe, además, la forma como se evalúa y los términos que se tienen en consideración, siendo el Alfaguara uno de los premios más prestigiosos e importantes de la región iberoamericana al que se presentan anualmente entre setecientas y mil obras de autores de escritura hispana.

¿De qué manera llega usted a ser presidente del jurado del Premio Alfaguara 2008?

Mis nexos con Alfaguara son muy cercanos, pues tengo un contrato con ellos. Al final de noviembre me llamó la directora del grupo Santillana, mi editora, para proponerme la presidencia del jurado y me dijo que querían proponérmelo, a ver si yo aceptaba; eso fue antes de que me hicieran la llamada oficial por parte de Isabel Polanco, una de las herederas del Grupo Polanco, que tienen que ver con el diario *El País*, Canal Plus, el grupo Santillana, etcétera. Le dije que sí a mi editora, claro; luego me llamó Isabel a comienzos de diciembre de 2007. Acepté oficialmente hasta que lo anunció Alfaguara en enero de este año. Es entonces cuando me comunicaron el nombre de los demás jurados, que es algo que no se hace público en el momento, sólo a mí, por supuesto, lo único que se hizo público en ese momento es el nombre del presidente del jurado. Y nos reunimos en Madrid.

¿Cómo es que se delibera el Premio?

El Premio se anunció el 25 de febrero. Fui a Madrid una semana a discutir los libros finalistas. Cada jurado escoge su mecanismo, el sistema no es oficial de Alfaguara. Ya sentados en la mesa escogemos cómo lo haremos. Cada año cambia, el jurado elige el método.

¿Cómo se realiza el sistema de selección entre las novelas participantes?

El jurado no lee esa cantidad de libros participantes, sería imposible leerlos, sólo se leen diez, los finalistas, que son escogidos por el sistema de selección que nosotros decidimos. La primera ronda de selección opera a través de las



oficinas que Alfaguara tiene en cada región, por ejemplo, a México pertenecen toda Centroamérica y la República Dominicana. Y es ahí donde confluyen todos los originales de la región, se leen y hay un jurado pre seleccionador, unos lectores que deciden cuáles de estas novelas van a ser remitidas a España. En Argentina se cubre la región del cono sur, Perú, Colombia; luego está la región de Estados Unidos y España. Ahí se escoge el número de novelas finalistas, porque es imposible que, como jurado, me lea setecientos libros.

¿Cuándo reciben los libros y cómo selecciona cada uno de ustedes? ¿Llevan una propuesta escrita o una ponencia sobre las obras leídas, se hace una audiencia? ¿Cómo es?

Los diez libros nos los mandan con tiempo, uno tiene un mes para leerlos con calma. El jurado se reúne y tiene dos días para deliberar. Cada uno tiene que haber leído los materiales en su totalidad y así difiere u opina con propiedad. Con los materiales se hace la selección con argumentos de calidad. El jurado está encerrado. De esos diez o doce libros en la primera sentada se elimina una buena parte y nos quedamos con los verdaderos finalistas.

¿El hecho de que haya sido presidente este año tiene que ver con los diez años que usted cumple ahora de haber ganado el Premio Alfaguara con Margarita, está linda la mar?

Pues no sé si es por esa razón que me llamaron, de verdad que lo ignoro. Es la primera vez, me explicaron en la editorial, que un ganador va a ser presidente o miembro del jurado, pues nunca un ganador ha sido ni miembro y menos presidente, yo soy el primero y coincide con que ya han pasado diez años, ahora que lo veo bien y usted lo menciona, no me había puesto a sacar cuenta de los años, no me había puesto a pensar en eso. Es una buena coincidencia.

¿Cuál es el significado para usted de esta elección de Alfaguara?

Quizás tenga algo que ver con este aniversario, si es a propósito no me lo anunciaron. Cuando acepté yo pensé que esto cerraba un ciclo para mí, porque son diez años desde que gané el premio. Esto es muy periodístico, claro, la fecha y todas esas cosas, bien de marketing, pero lo que cierra es un ciclo personal más que todo. La literatura sigue en mí y ser el presidente del Alfaguara diez años después me llena de mucho orgullo. Una feliz coincidencia, ahora que saco la cuenta.

Nuevo Amanecer Cultural, 8 de marzo de 2008.



Sergio Ramírez Mercado, aunque tiene por profesión de tiempo completo la de escritor, ha adorado la cinematografía desde niño con aspiraciones que van más allá de la simple admiración. A los doce años felizmente asumió el cargo de proyccionista en la sala de cine de su pueblo, el Cine Club Masatepe, propiedad de su tío Ángel Mercado, donde conoció el mundo de la exhibición desde dentro de una caseta de proyección, manipulando las películas Kodak de 35 milímetros mientras montaba, cambiaba los rollos y devanaba los que llegaban corridos desde el cine que los había presentado anteriormente. Siendo adulto construyó un pequeño salón de proyecciones en su casa y ha escrito guiones para dos filmes que no fueron posibles. Fue socio de una empresa productora cinematográfica, amigo cercano de cineastas, con obras literarias suyas llevadas a la pantalla, aunque jamás ha visto cumplido su tímido y fiel sueño de ser guionista consumado o codirector de cine.

El primer encuentro con el arte cinematográfico lo relata en su escrito aún inédito *Retrato de niño con Ángel*, que trata sobre ese episodio de su vida: “El cine fue el vínculo indisoluble entre mi tío Ángel y yo. El cine, que fulgura en mis primeros recuerdos. En un patio, quizás antes de los cinco años, estoy sentado en el suelo viendo una película que se proyecta en una sábana colgada entre los árboles. Es un cine ambulante. Un asesino de gabán negro y sombrero, quizás mejor un ladrón, el pañuelo cubriéndole medio rostro, se acerca entre las sombras con una lámpara sorda en la mano, para abrir una caja fuerte”.

Pero esa vocación por el cine no quedó solamente en un recuerdo sino que se convirtió en acción. A finales de la década de los sesenta comenzó a escribir un guión para un largometraje sobre la vida y lucha de Augusto C. Sandino titulado *Viva Sandino*. El cineasta puertorriqueño Diego de la Texera, radicado en Nueva York, también había estado elaborando un guión de largometraje sobre el héroe nicaragüense y viajó a San José, Costa Rica, para investigar y entrevistar a algunos sobrevivientes de la lucha de Sandino que vivían en ese país. Los dos entusiastas del tema de Sandino se encontraron en 1976 y elaboraron una propuesta juntos, lográndose solamente bocetar unos primeros apuntes y un tratamiento fílmico, que se caracterizaba por ser un proyecto de gran alcance con imágenes aéreas, escenas multitudinarias y efectos especiales. El plan de De la Texera era rodar su largometraje a través de su productora Sandino Filmes Inc. para lo que solicitó apoyo a la productora



centroamericana Istmo Film, que se ubicaba en Costa Rica. Ramírez había sometido su guión a CONACINE de México junto al proyecto *Pueblo Nuevo* del escritor costarricense Samuel Rovinski, pero ninguno de los dos filmes fue posible.

Istmo film era una empresa administrada por cinco amigos artistas: la escritora Carmen Naranjo, el actor Óscar Castillo, el escritor Samuel Rovinski, el director de cine Antonio Yglesias y Sergio Ramírez, que además diseñó el logo. La idea principal era realizar, producir y distribuir cine en Centroamérica, de ahí el origen de su nombre. La exhibición se haría en Sala Garbo, un teatro que se construyó en el mismo terreno. La idea de fundar esta empresa en la región del istmo centroamericano siendo en ese tiempo tan carente de cinematografías propias, surgió de una visita que hizo el cineasta mexicano Alfonso Arau a Costa Rica para la Muestra del Nuevo Cine Mexicano mientras estaba impulsando el organismo DALSA (Directores Asociados Latinoamericanos, S.A.). Esta asociación consistía en luchar contra los impedimentos de distribución de cine independiente originado en toda la región desde México a Argentina, además de hacer que los países con más recursos apoyaran a los que tenían cinematografías nulas o menos desarrolladas. La Sala Garbo se inauguró con apoyo de cineastas internacionalistas, pero especialmente del gobierno de Venezuela, que les envió un filme de Carlos Saura para la inauguración. Istmo Film fue manejado por ellos hasta 1980 y Sergio Ramírez había abandonado el proyecto en 1977 para dedicarse de lleno al movimiento de la revolución popular sandinista.

Durante los años ochenta, Ramírez estuvo relegado a su vida política y los constantes viajes al exterior, sin embargo se mantuvo siguiendo de cerca las producciones cinematográficas que se hicieron en Nicaragua. Esa década se puede considerar la época dorada del cine en este país y todos los dirigentes políticos fueron filmados para los cortometrajes documentales producidos por el Instituto Nicaraguense de Cine (INCINE), a los que llamaban “Noticieros”; para otros realizados por el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC) y cineasta europeos y norteamericanos que rodaron en Nicaragua y los entrevistaban. Entre las producciones que tuvo contacto cercano están los largometrajes del cineasta chileno Miguel Littin, *Alsino y el cóndor*, filmado en 1982 y nominado al Óscar a la mejor película extranjera en 1983; y *Sandino*, rodado en 1989 y finalizado en 1991, cuyo estreno se realizó en Cuba. Esta película fue posible con el apoyo de Ramírez a través de la empresa de producción Umanzor S.A. y otras personas en México y España, allí principalmente por Pilar Miró, entonces Ministra de Cultura del gobierno español. También el documentalista inglés David Munro estuvo en Nicaragua con el proyecto de una película sobre Sandino, cuyo guión corrigió Ramírez Mercado, pero nunca se produjo.



De las obras literarias de Sergio Ramírez solamente dos han sido llevadas a la pantalla: el cuento *El Centerfielder* a la pantalla grande y la novela *Castigo divino* a la pantalla chica. *El Centerfielder* es un cortometraje de ficción del cineasta Ramiro Lacayo, entonces director del Instituto Nicaragüense de Cine, filmado en 35 milímetros a blanco y negro, en 1984 y finalizado en 1985. Se basa en un cuento de Ramírez publicado por primera vez en la revista *Ventana* en 1969. El filme ganó una mención de honor en el festival de cine de Bahía, Brasil, en 1987 y fue seleccionado para participar en The New York Film Festival ese mismo año.

Aunque *Castigo divino* se filmó hasta 1989, la historia de su producción comienza en 1984 cuando Germán Vargas, periodista barranquillero y amigo de Gabriel García Márquez, vino a Nicaragua a cubrir momentos trascendentales de la revolución popular sandinista durante la campaña electoral visitando las zonas remotas del país y siendo testigo de motines, escenas de guerra, morteros y quema de vehículos, todo con el objetivo de escribir noticias para el periódico donde era publicada su columna en Barranquilla. Vargas es uno de los cuatro amigos que García Márquez menciona en su biografía *Vivir para contarla*. El hijo de Germán, que lleva su mismo nombre, era jefe de producción o de programación de la RTI Colombia en Bogotá y ese fue el camino que tomó la novela para ser llevada a la televisión. Fue dirigida por el dramaturgo Jorge Alí Triana con un guión del libretista e investigador Carlos José Reyes, dos personajes de gran prestigio en la historia de la televisión colombiana.

La serie alcanzó un rating alto, pues fue transmitida en el espacio al que llamaron *El cuento del domingo* los domingos a las ocho de la noche. Ramírez compró los derechos para Nicaragua y Centroamérica, donde se presentó de inmediato y después fue transmitida en televisoras de México, Chile, Argentina, Venezuela y Cuba.

Pero el sueño de escribir un guión que llegue a consumarse en una obra cinematográfica o de codirigir una película aún se encuentra en la sala de espera de la vida.

Managua, diciembre de 2006.



SECRETOS DEL ARTE DE ESCRIBIR. DISERTACIONES SOBRE PERIODISMO Y LITERATURA

Sentado en el sofá de su estudio-oficina y después de un breve recorrido por la vitrina que guarda, como tesoros preciosos que son, las ediciones originales de sus primeros libros creados a la vieja usanza editorial en una imprenta sencilla de principios de los años sesenta, y diseñados con toque clásico al estilo de los libros del siglo XIX, Sergio Ramírez nos cuenta cómo empezó a escribir desde su juventud, lo que pretendía hacer de su carrera literaria desde el primer momento cuando descubrió que su destino era ser escritor y no abogado, su más fuerte miedo al publicar una obra, sus escritores favoritos y, aunque es muy difícil contestar, nos dice cuál es su mejor libro.

¿Cuál es la diferencia entre la buena literatura y la mala literatura?

Creo que puede haber muchos puntos de división, pero la buena literatura es la que no se olvida y la mala literatura es la que se olvida después que uno cerró el libro, si es que llegó a terminarlo, la buena literatura siempre se recuerda.

¿Quién valora la buena literatura: el lector, los premios literarios, los reconocimientos, la fama del autor?

Fundamentalmente el público, pero de eso no hay que confiarse porque el público puede adorar un mal libro, como pasa con *El Código Da Vinci*.

¿Usted cree que es un mal libro?

No es literatura, pero tiene un gran público. De igual manera un libro como *Cien años de soledad* tiene un gran público y es un libro excelente, y me parece que cuando le digo que no se olvida es porque incluso una generación siguiente lo recuerda. Más bien se lo pondría en estos términos: un buen libro es el que pasa de una generación a otra, igual su autor.

¿Qué es la imaginación? ¿Un proceso o algo que surge de pronto?

La imaginación es lo que provoca a otro a imaginar. La imaginación del escritor llama a la imaginación del lector. Esto me parece que es el punto de partida que hay entre una imaginación y otra, y es lo que hace una lectura. El escritor imagina al escribir, el lector imagina al leer, y así se obtiene ese puente mágico que hay en la literatura entre los dos lados, del que escribe al que lee.



Si un escritor escribe sobre temas actuales y en vez de hacer un artículo hace un cuento y se sirve de personajes que no existen, como para criticar o para hacer parábolas sobre la realidad, entonces ¿hasta qué punto está haciendo literatura o periodismo literario?

Lo primero es que la realidad es muy perecedera. Sin lo contemporáneo la literatura no sirve de nada, porque la realidad es muy rápida. Si me propusiera escribir sobre lo que está pasando hoy en Nicaragua, como una novela, y mi propósito fuera que se conociera lo que está pasando hoy, el año que viene ya esa realidad fue sepultada por nuevos acontecimientos, porque la historia es muy dinámica; entonces, se proponga uno denunciar una situación o se proponga informar sobre algo contemporáneo, si no es buena literatura o si no logra un libro tener calidad literaria, es igual como que no lo hubiera escrito.

Y lo mismo para el periodismo, una crónica que permanece, que informó en su momento, pudo haber sido muy buena, pero también llega a perecer. El periodismo que permanece es el que se recuerda como periodismo ejemplar, como las crónicas de Rubén Darío, del siglo XIX, que se pueden leer como contemporáneas; o las crónicas de Kapuściński, un gran cronista contemporáneo que lo que quiere es lograr un sedimento literario.

¿Qué es la crónica para usted, un género literario o un género periodístico? Esta discusión ha provocado grandes foros, seminarios, diplomados y miles aún no logran definirlo con gran rigor, o más bien, no aceptan lo que se ha dicho o definido sobre ello.

Es que la crónica es las dos cosas. Una crónica que no tenga garra literaria no va a permanecer y las grandes crónicas son crónicas literarias. En la medida en que se busque un enfoque literario, y vuelvo a Kapuściński, en que el cronista logra utilizar los instrumentos del novelista, no porque mienta, sino porque prepara el terreno y desarrolla la narración con los ganchos de un buen novelista. El buen novelista no da toda la información desde el principio, la va dando en la medida que lo requiere la necesidad de la narración, porque va creando suspenso y termina con un buen golpe final.

¿Qué tanto cree usted que ayudan los instrumentos al escritor? Por ejemplo, la computadora, una oficina cómoda y todas esas facilidades. Si hay un escritor que tiene su estudio, su sofá, está muy placentero, muy realizado, y si hay un escritor que está pasando una situación emocional y económica fuerte, ¿quién cree usted que pueda escribir mejor? Esos instrumentos que se tienen o no, ¿ayudan a escribir o no tiene nada que ver eso con la calidad del escritor?



Personalmente me ayudan porque me hago una atmósfera para escribir, en este lugar donde estamos sentados hay una computadora y necesito paz, silencio, aislamiento, necesito meterme como en una cápsula espacial. No me gustan las distracciones, pero eso no quiere decir que en medio de las grandes distracciones o de grandes penurias no vaya a salir un gran libro. Por ejemplo Hemingway, en su libro de crónicas sobre su vida en París, dice que cuando tenía más hambre era cuando mejor miraba los cuadros en los museos y, por lo tanto, cuando mejor se despertaba su sensibilidad.

Pero muchas veces hay momentos en que se está muy contento, no sé si esa es la palabra correcta, y quizás así no se le ocurre nada, porque está tranquilo y no piensa en otras cosas, pero se aísla y escribe. ¿Quién cree usted que es mejor escritor?

El mejor escritor en cualquier circunstancia tiene recuerdos y evidencias. Uno puede llegar a sentarse en un escritorio el resto de su vida, pero antes acumuló lo suficiente para poder escribir. El que nunca salió de su casa difícilmente va a lograr una gran obra literaria, y aún así eso no es cierto porque Marcel Proust tuvo que pasar su vida encerrado en un cuarto forrado de corcho porque era asmático y escribió *En busca del tiempo perdido*, que es un gran monumento literario. Proust no podía salir, se escapaba de morir con el polvo, con el polen, con lo que fuera.

¿Un escritor cuánto debe escribir todos los días? ¿O es recomendable dejar descansar lo que está haciendo y escribir después?

Me parece que una buena medida son cuatro horas diarias, que es lo que hago, más tiempo no puedo porque viene la fatiga, y tampoco la imaginación está a la orden de uno cuando quiera, porque como decía don Alfonso Reyes: “uno tiene que escribir temprano para quitar la crema del día”, y para mí es mejor escribir temprano porque es cuando me siento mejor. Hay otros escritores que escriben mejor a la medianoche, cuando llegan a su casa a las once de la noche y amanecen escribiendo, yo no lo puedo hacer. Pero lo importante es en determinado momento sólo escribir, dedicarse a escribir. No dejar de escribir.

Si usted está en una reunión, en una sala, en un evento cualquiera y se le ocurre algo, ¿anda siempre con una libreta y un lápiz o tiene dominio y después cuando va a escribir logra acordarse de los detalles y de las oraciones exactas que formuló en su mente?



Aquí está mi libreta. Ésta es la famosa libreta que usaba Hemingway, la venden en las librerías, se llama Moleskine. Siempre uno tiene que andar con una libreta porque lo que pasa es que cuando uno escribe necesita expresarse por escrito en breve, notas aparte del libro. Cuando estoy trabajando intensamente en un libro y se me ocurre algo de pronto, es necesario anotarlo porque si no se pierde, así en el aire, o cuando uno anota algo que tiene interés o cuando no se está escribiendo nada en específico, se anota todo, un gesto, una palabra, entonces anda uno pendiente de qué oye, qué caza en el aire, en la mesa del lado, buscando conversaciones, palabras, figuras; un escritor tiene que anotar todo lo que le parezca digno de ser anotado, incluso lo que no, esa valoración se hace después, pero por lo menos no se perdió la idea del momento.

¿El escritor debe estar siempre preocupado por su obra? Si está escribiendo una novela, ¿debe estar pensando en ella, preocuparse por su final, por la trama o dejar que simplemente las cosas salgan e ir enlazando todo a medida que van ocurriendo cosas que le traen nuevas ideas?

Me parece que no es cosa de voluntad, en la medida que una obra avanza y avanza y uno llega al clímax de ésta, la obra lo llega a poseer a uno, uno se vuelve un poseso, no puede liberarse.

¿Se siente como que los libros se van escribiendo solos?

Sí, porque se vuelven independientes, se toman el libro, se toman la mente, se toman la casa, uno se vuelve así como un poseso, está lleno de fantasmas y esa me parece que es la única manera en que un libro logra el clímax, cuando el libro se sale de las páginas.

Cuando usted deja un libro por alguna razón, ya sea por un viaje y después vuelve a trabajar en él ¿Lo relee todo?

Es lo que me está pasando en este momento. Estoy escribiendo una novela que empecé a principios de año. Estuve ausente casi un mes (en Alemania), y estoy releendo desde la primera línea porque no tengo dominio sobre lo que he escrito ni sobre los detalles de la trama. Tengo que volver a meterme en la atmósfera, en el libro, para poder seguir adelante.

Cuando comienza la primera línea o el primer capítulo, ¿Usted tiene trazado lo que va a ocurrir, sabe el final?

Relativamente. Puedo querer ir a un lugar, pero a lo mejor el viento me lleva hacia otro lugar. Ni aún con la escritura que necesitaría más premeditación puedo hacerlo.



Estoy escribiendo una novela policíaca [novela que después sería *El cielo llora por mí*] y necesita mucha premeditación porque se debe ir con mucho cuidado tejiendo la red, pero ni aún así, porque los personajes se escapan, las situaciones se escapan. Creo que la imaginación es muy rebelde en cualquier plano.

Cuando está escribiendo, ¿consulta el diccionario? Por ejemplo, si va a escribir sobre un personaje que es filósofo, ¿consulta libros o enciclopedias especializadas en filosofía? O en el caso de un personaje que es loco, ¿lee sobre las enfermedades mentales o se le ocurren cosas que tienen que ver con su conocimiento básico? ¿Tiene libros de cabecera para cada obra?

Cuando escribí *Castigo divino*, por ejemplo, me metí muy hondo en la figura de Oliverio Castañeda, como psicópata, yo sabía en su momento cómo era este personaje, creía saber cómo hacer este personaje. Atractivo, pero muy complejo. Tuve varias conversaciones con el doctor Mario Flores Ortiz, que era psiquiatra, hablamos sobre la personalidad del psicópata y luego leí libros de psiquiatría, sobre los psicópatas, incluso mandé a buscar mis viejos textos de criminología, de medicina legal, de cuando estudié Derecho. Esto para poder reconstruir lo que quería hacer, porque una cosa es imaginar y otra cosa es fundamentar la imaginación, hay cosas que uno no las puede imaginar porque entonces se volvería un charlatán. La imaginación tiene lamentablemente un único momento.

¿Qué libros debe leer un escritor? ¿Los libros que nos gusten mucho o debe leer todo lo que se pueda? Por ejemplo, si a usted le mandan revistas y libros, cosas que usted no las ha pedido y que nunca había pensado tenerlas, ¿lee todo, cada cosa hasta su último detalle o selecciona por temas? ¿O siempre lee lo que se supone es verdaderamente importante?

En primer lugar el escritor es un vicioso de la lectura, no sólo de la lectura literaria sino de todo lo que está escrito, todo lo que está impreso. Una cosa es lo que uno lee por interés literario de aprender los secretos de la escritura o cómo son las culturas. Uno lee con ese vicio los escritos de otros escritores: desmontar la escritura, como hace un niño con un juguete, que lo desbarata porque quiere averiguar qué es lo que hay dentro. Esa es una clase de lectura muy penosa, uno ya no lee por placer sino por descubrir, por aprender; y luego está lo que llamaría la lectura secundante, como decía usted, revistas que recibo, muchas revistas en inglés, español, alemán... quiero saber qué libros se están publicando, qué artículos hay, qué hay de nuevo, no sólo en la literatura sino también en la política, en el mundo. Ese es otro nivel de lectura.



Y todavía hay otro tipo que es el de leerlo todo, leer hasta las instrucciones de los medicamentos, leer la letra menuda, los anuncios clasificados en el periódico, porque en cinco líneas de un anuncio clasificado puede haber una historia. Uno lee: “Se vende mobiliario como nuevo, cama, mesa, escritorio”, entonces uno dice aquí pasó algo, un desastre, una tragedia familiar, un divorcio. Hasta en eso hay historias. Uno tiene que desplegar las múltiples antenas, porque uno vive de la captación, de lo que está pasando en el mundo y de la lectura. Cuando estoy escribiendo una novela dejo de leer novelas. Leo poesía, porque el lenguaje se siente mucho mejor, volviendo a mis poetas preferidos, leyendo poesía para meterme en un lenguaje literario a la hora de escribir.

¿Lee poesía para escribir novelas?

Sí, así es. Leo poesía para escribir novelas.

¿Cuál es el mejor entrenamiento para un escritor joven o para un escritor incipiente? ¿Escribir, escribir, escribir mucho, o leer, leer y leer mucho?

Las dos cosas. Cuando uno está joven escribe, escribe y escribe y lee, lee y lee, no puede ser de otro modo. Y uno escribe sin premeditación, como debe ser. Cuando tenía 17 ó 18 años escribía en galerada, como se hacían antes las pruebas de imprenta. La metía a la máquina, larga la hoja para no tener que estarla sacando. Escribía con gran premura, esa premura la he perdido, porque ahora medito más lo que escribo, pero hay que leer y leer y escribir y escribir si no es así lo que uno hace se desmonta.

En cuanto a los grandes escritores, ¿cuáles cree que son los mejores?

Lo que pasa es que eso depende de cómo se hizo uno como escritor. Cuando empecé a escribir quería ser cuentista. No relacionaba para nada el cuento con la novela. Quería ser cuentista y me dediqué a aprender las técnicas del cuento y a leer muchos cuentistas, de manera que los maestros de entonces, y en los que sigo creyendo mucho, fueron los cuentistas como Chéjov, Balzac, Hemingway y Edgar Allan Poe. En el género del cuento esos serían los mejores. Y luego entré a la novela, pero de una manera muy separada. Esa es una segunda etapa para mí, la novela. Leía mucho a Thomas Mann.

¿Escogió a Mann como lectura de su aprendizaje por su buena imaginación o por su buena técnica y estilo literario?

¿Cómo mide uno los libros y a sus autores? En mi caso, cuando era joven leí *La montaña mágica* y me deslumbró mucho. Me dejó una atmósfera a la que quería siempre regresar. Una atmósfera que me seducía mucho, la atmósfera



del escenario de esa novela, en los Alpes suizos, me atraía fuerte y me dejó una memoria recurrente. Cuando un libro lo penetra a uno así es un libro memorable. Luego cuando leí *Buddenbrook* tuve una experiencia diferente, cuando leí el *Dr. Fausto*, también. El *Dr. Fausto* me pareció un libro mucho más profundo, pero quizás menos atractivo de lo que para mí fue *La montaña mágica*.

¿Cómo un escritor joven puede saber si lo que escribe siempre va a ser útil?

Esa es una duda que nunca se resuelve. No creo que nadie pueda resolver por sí mismo esa duda, que además es personal. Depende de cuánto tenga uno, o crea tener desarrollado el sentido crítico. Porque, ¿cuándo un escrito, un cuento o un relato está listo? Uno dice: “Ya terminé, esto va para fuera”. Es difícil fijar ese momento y uno tiene que usar un criterio subjetivo muchas veces y poder tener la fuerza para decir: “Hasta aquí, hasta aquí llegué y esto ya está”, aunque se quede con muchas dudas, porque uno siempre las va a tener. Por eso es que se siente terror del público, cuando alguien va a leer por primera vez lo que uno escribió, cómo le va a parecer.

¿El público le causa terror?

Sí, terror, a todo escritor le pasa.

¿Aun con la trayectoria que usted tiene?

Sí, lo que pasa es que todo escritor teme que algo suyo sea mal recibido, porque un escritor aunque tenga trayectoria está expuesto a escribir algo malo.

¿Usted nunca ha tenido miedo de escribir una novela que se publique, se venda y los lectores digan: “Ah, Sergio Ramírez ya no escribe como antes, ya no es el mismo Sergio de Castigo divino, de Margarita, está linda la mar”?

Sí, ese es mi gran temor, siento muchísimo temor de eso. Lo que más anhela uno es que le digan que cada libro es mejor que el anterior. Eso me parece que es lo que da más seguridad. Cómo es posible que se escriba un libro mejor que el anterior, esa es la mejor alabanza, que le digan a uno que no ha decaído. Yo creo que debe ser muy triste para un escritor que le digan que lo único que valió la pena fue su primer libro y quizás lo escribió cuarenta años atrás, porque eso quiere decir que ha pasado el resto de su vida perdiendo el tiempo.

En las conversaciones y disertaciones sobre literatura, o en las críticas literarias siempre se escucha y lee que sus mejores libros son Margarita, está linda la mar y Castigo divino, pero si usted escucha la conversación y dicen: “Era mejor Castigo divino, Margarita no me gusta”, pero el de Margarita, está linda la mar tiene un premio. ¿Cómo se mediría usted en ese caso?



Yo sé que en Nicaragua el libro que la gente prefiere es *Castigo divino*. Pero el libro que mejor ha recibido la crítica es *Margarita, está linda la mar*, no sólo por el premio Alfaguara sino porque tuvo una excelente crítica. Sin embargo, considero que un libro como *Mil y una muertes* es mejor que los dos. Eso es lo que yo creo, ese criterio no está establecido.

¿Y entre los dos primeros que mencionamos cuál cree que es mejor?

Creo que *Margarita*, no sé. Es muy difícil decir eso porque lo veo desde otro punto de vista. Los dos libros están escritos en momentos diferentes. Me sentí pagado al terminar de escribir los dos libros, desde un punto de vista que es el único que yo creo que uno puede asumir como escritor. Y es que uno siente que su trabajo es responsable, profesional, que no es nada chapucero, que estudió las cosas hasta el último detalle. Eso es lo único de lo que uno puede estar seguro.

¿Pero a usted cuál le gusta más? Si usted se sale de sí mismo, es otra persona, va a una librería y están los dos libros, sólo puede comprar uno, no tiene tanto dinero, ¿Cuál se compraría?

Es difícil decir eso, no sé. El argumento de una novela de William Styron, que se llama *Sophie's Choice (La decisión de Sofía)*, consiste en que una madre en Polonia, en el campo de concentración de Auschwitz, llega como prisionera, pero no era judía, sino que la habían sorprendido comprando un jamón y era prohibido comprar en el mercado negro. Entonces la llevan a un campo de concentración. Ahí llega como cualquier otro, con un niño y una niña. Cuando están separando a las madres de los hijos, ella se aferra a los hijos y comienza a gritar. Los hijos van a la cámara de gas y entonces el guardián dice: “Bueno, le voy a dar una gracia, escoja uno, con quién se quiere quedar”. Por eso se llama *La decisión de Sofía*, porque ¿qué hace una madre con sus dos hijos en esa situación y le dicen escoged uno, uno va a la cámara de gas y el otro se va a salvar?

Así que es difícil. Considero que los dos libros tienen sus propias virtudes y que podría recomendar los dos, pero necesariamente uno tiene que ser mejor que el otro, pero difícilmente los podría comparar. He oído a García Márquez decir que la gente está equivocada cuando piensa que *Cien años de soledad* es su mejor libro. Él me dijo: “Esa es la mitología, ese es un libro lleno de mitologías porque el mejor libro es *El amor en los tiempos del cólera*”. Pero ese es su criterio personal. Sin embargo, él no tendría ninguna duda de decir que *Cien años de soledad* es una cosa extraordinaria, algo que ya quedó como uno de los grandes clásicos del tiempo, de la historia.



Ya pasó, como usted dice, de una generación a otra y muchas más.

Muchas generaciones. Va a cumplir cuarenta años, se publicó en 1967; varias generaciones han pasado por ese libro.

En su caso, Castigo divino también pasó de una generación a otra.

Sí, y creo que va pasando de una generación a otra.

Entonces es un buen libro, como usted dijo hace un rato, los buenos libros son los que pasan de una generación a otra. ¿Será que Margarita, está linda la mar pasará?

Eso no lo puedo decir yo. Creo que los dos son buenos, no sé, seguiremos en disertaciones, no puedo decir yo esas cosas, son los lectores.

Nuevo Amanecer Cultural, I Parte 3 de marzo de 2007.

II Parte, 10 de marzo de 2007.



LAS CUATRO ESTACIONES. DUALIDADES EN EL OFICIO DE LA ESCRITURA

*Hoy regreso a mi oficio siempre compartido de escritor.
Siempre lo compartí con algo. Periodista, editor, profesor, político.
De ninguno de ellos me arrepiento y del político menos.*

Sergio Ramírez.

Del libro *Señor de los tristes /Oficios compartidos*

Después de muchos años dedicados al minucioso mundo de la política, a la gestión cultural y la educación —en los que han florecido la palabra locuaz y la elocuente oratoria— entre otros ricos oficios, Sergio Ramírez retorna a la escritura como principal actividad cotidiana, para ser esencialmente un escritor, aunque escribir no lo aleja de las realidades políticas o de la parábola irónica demostrada en sus ensayos y artículos —modelos que pueden apreciarse en pleno en su columna *Prosa Profana* de la revista *Magazine*, publicación mensual del diario *La Prensa* de Nicaragua— pero sí de la rígida militancia de un partido, de una ideología absoluta o de una actividad y calendario estático, para sumergirse en los suntuosos y siempre en movimiento océanos de la literatura.

Sin embargo, como figurante político y misionero de las relaciones internacionales siendo vicepresidente de Nicaragua en los años ochenta, conoció, intercambió autógrafos y afanosas conversaciones sobre arte y cultura con distintos personajes de nivel mundial que gestionan, producen y crean las artes, adquiriendo en aquellos momentos suficiente material para desarrollar con gran maestría la técnica de las “mentiras verdaderas”, como se titula su libro de ensayo sobre el oficio de la escritura. Tanto es así que hasta ha recreado un magnífico episodio de una visita oficial que hizo a Varsovia, siendo ministro de la vicepresidencia, en su novela *Mil y una muertes*. El fruto de esos viajes y esas relaciones sociales con escritores y grandes personajes de la cultura, el autor lo ha definido en más de una ocasión como la “oportunidad máxima”, gracias al trabajo como representante de Nicaragua.

Su necesario y urgente hábito de escribir fue compartido durante sus incipientes años, convertidos luego en sus mejores años, con las otras caras o cuatro estaciones que una vida como la suya ha podido generar. De todo ello nos refiere en esta ocasión, con algo de nostalgia, un poco de regocijo y ni una pizca de arrepentimiento.



ESTACIÓN PRIMERA: EL PERIODISTA

¿Qué tanto podía alejarlo a usted el periodismo de la literatura? Muchos periodistas creen que los dos oficios no representan una dualidad, sin embargo, haciendo literatura ejercemos periodismo y escribiendo reportajes, crónicas y entrevistas salpicamos todo de literatura.

Lo de escritor y periodista se compartía en mi vida. Sí, era una dualidad porque el oficio de escribir para los periódicos nada tiene que ver con la literatura. Muchas veces se juntan quizás porque se teclan con los mismos dedos y un oficio va a desembocar en el otro. Pero cuántos periodistas hay que no tienen nada que ver con la literatura, son ignorantes de la literatura y a lo mejor son muy eficaces. Un buen periodista debe acercarse al género literario que se puede alcanzar hasta en la crónica deportiva, como Edgard Tijerino [destacado y famoso cronista deportivo de Nicaragua] que tiene su estilo. Pero el oficio de periodista y editor son los que vi siempre muy juntos, más como editor que como periodista viví esa dualidad.

ESTACIÓN SEGUNDA: EL EDITOR

¿Y como editor vivió algún tipo de dualidad? ¿Cómo podría decir usted que compartió su oficio de escritor con la edición si puede entenderse que no es necesario compartirlos, pues en sí van casi juntos?

Comencé a ser editor cuando hice la revista *Ventana* en León estudiando Derecho. O desde antes: cuando estaba en secundaria en el Instituto de Masatepe hacíamos una revista, dirigí una revista, mejor dicho la dirigía mi madre que era la directora del colegio, pero allí hice mis primeras armas de revistas y hacíamos periódicos estudiantiles. Me congracié con la tipografía desde que tenía trece o catorce años porque iba a las imprentas de Masaya y de Diriamba, que es donde había imprentas más próximas a mi pueblo e iba a dejar los materiales para armar. Era una labor de edición: escogía las letras, las columnas, aprendía con el tipógrafo.

Al momento de escribir, si usted iba a hacer una crónica o un reportaje, ¿cómo vivía esa dualidad? A veces el periodista escribe informando y termina haciendo piezas literarias, pero periodísticas. ¿Cómo era esto para usted?

Escribía y editaba. Escribíamos de todo para el periodiquito: crónicas deportivas, editoriales, noticias, artículos y allí aprendí el arte de lo que es editar realmente, porque se levantaban en imprentas, ni siquiera había linotipo, se levantaban a mano las columnas, entonces del material que estaba armado me decía el tipógrafo: “Mire, esto sobra, no le va a caber en el



marco”. Entonces tenía que hacer lo que se llama editar, que es cortar, para que las cosas quepan y hay que seleccionar bien, tener el punto.

¿Y qué pasaba al editar lo propio?

Por lo menos no sólo yo escribía, no sólo mis trabajos eran sacrificados, pero ese es el arte de editar, cortar. Si no, no cabe. Y ese entrenamiento ya lo llevaba cuando llegué a León y empezamos a hacer la revista *Ventana*, que apareció en 1960. Para entonces era una labor tipográfica y creativa, porque en la imprenta donde la trabajábamos era muy comercial, donde hacían de todo, desde etiquetas de la Kola Shaler a facturas, allí en medio del movimiento hacíamos esta revista literaria. Los tipógrafos experimentaban conmigo y les gustaba porque metíamos colores, ellos tenían bonitos tipos de letras titulares, capitulares, entonces iban a sacar las que no se usaban, algunas quedaban muy floridas, era una experimentación tipográfica, por eso le digo que esto para mí estaba ligado: la tipografía, la edición, estaban ligadas a la literatura.

Y en cuestión de estilo, a la hora de escribir estos trabajos literarios y periodísticos en una revista literaria ¿representaban una dualidad, confundía los estilos o los separaba muy bien?

No, no era cambiar de estilo para uno o para lo otro. Eso estaba más que ligado, más bien fundido. Porque incluso en las poesías que se publicaban en *Ventana* se experimentaba con la tipografía, la forma de colores en las letras o en hacer caligramas. Eso no era una cosa nueva, porque eso la generación de la vanguardia francesa tomaba antes y hacían estas cosas, hacer caligramas y gráficos con las palabras, todo lo que era experimental. Y en cuanto a edición literaria no tocábamos nunca los escritos ajenos. Los nuestros a veces vivían esas transformaciones, las tenían que sobrepasar y sobrevivían muy bien.

¿Cuando usted se sentaba a escribir se sentía escritor o periodista?

No me sentía periodista, veía la revista como un instrumento de literatura, no como ninguna otra cosa. Y las otras cosas editoriales que hacía en la universidad, me pagaban por eso. Hacía *La Gaceta Universitaria*, que era un boletín de información de la universidad, esto lo veía como un accesorio. Y todo el proceso de llevar los materiales a la imprenta, corregir las pruebas, hacer el trabajo de diagramado de la página, edición, todo eso no lo veía como un fin en sí mismo para mí sino como un medio, así lo consideraba, porque mi trabajo esencial era la revista literaria.



¿Usted tomaba entonces la literatura como arte y el periodismo como herramienta?

Sí, exactamente como usted dice, porque tal vez no era sólo editar sino escribir notas, una conferencia en la universidad, que llegó un profesor a un auditorio, las matrículas, todo eso lo hacía en *La Gaceta Universitaria*, y cuando llegué a ser secretario de la universidad escribía boletines de prensa. Sabía redactar una nota, la concesión que una nota tiene, lo que la nota tiene que decir, pero claro, el arte de redactar está emparentado con el arte literario, obviamente. Podríamos decir que yo redactaba y escribía, que son dos cosas distintas, las manejaba muy bien diferenciadas y a la vez juntas.

En este caso como editor de revistas y boletines, pero, ¿como editor de libros?

Empecé a ser editor de libros en León, también con la revista. Publicábamos materiales buenos, a poetas excelentes, publicamos diez o doce poemarios porque comenzamos a realizar unas ediciones que se llamaban *Ediciones Ventana*, porque como ya estaba formado el bloc, con ese mismo plomo se hacía la plaqueta y empezamos a hacer estos libros, pero claro, después mi verdadera labor de editor de libros fue cuando fundamos la Editorial Universitaria Centroamericana en 1968 y para eso sí me entrené profesionalmente con un editor que hacía todo, excepto corregir las pruebas, pero al principio yo diseñaba el libro, las colecciones, los tamaños de los libros, las cajas, los tipos de letras y las carátulas.

Las tapas de los libros de la Editorial Universitaria (EDUCA) las hacía experimentando con fotografía, tipos de letras. Me río cómo ahora toda la tipografía de carátula se hace con la computadora. En ese tiempo era complicado porque había que generar los títulos que se hacían de esas hojas de letras que se despegaban, unas de un material de hule que se tenían que ir pegando letra por letra para formar los títulos y luego hacer trabajo de laboratorio fotográfico. Aprendí a hacer eso muy bien, armaba el libro. Yo era el autor del libro como producto artístico, físico. Era un trabajo de carpintería hacer libros.

¿Cómo vivía el hecho de ser editor de libros y escritor? ¿En el momento de escribir iba usted seleccionando en la mente o adivinando lo que el futuro se tenía que cortar o prefería escribir libremente sin pensar en eso que tendría que suceder?

Para mí era un objetivo artístico editar libros, aunque no fuera mío, claro, en la editorial yo no podía publicar, así que no viví en pleno eso. Es una ética elemental, no podía publicar mis libros ahí. Mi primer libro que publiqué fuera de Nicaragua es la novela *Tiempos de fulgor*, salió en la Editorial Universitaria de Guatemala, pero yo mismo hice el libro en una imprenta de la Universidad de San Carlos. Tenía una linotipia que no había en la Universidad de León de Nicaragua y ese libro lo hice con los tipógrafos en Guatemala. Y diseñé la portada,



hice un libro precioso, un libro lindo como obra de arte, es la primera edición de *Tiempos de fulgor*. Es un arte hacer esta parte de la edición. Entonces con *Tiempos de fulgor* viví el proceso de haber escrito el libro, de corregir fuente, caja, porque era del tamaño ortodoxo el que ese libro tenía y luego hacer la carátula, además diseñarlo, los blancos, los capítulos, las letras capitulares, todo.

¿Acaso usted sentía que estaba siendo más editor que escritor, no pensó que se le desviaba el objetivo o que le estaba comenzado a gustar otra cosa?

Nunca pensé que iba a ser editor. Lo que pasa es que cuando creamos la Editorial Universitaria Centroamericana, yo era secretario del CSUCA y no podía ser el director de la editorial, entonces llamé a Ítalo López Vallecillo, que dirigía la Editorial Universitaria de El Salvador, allí tenían buenos equipos y me metía más de lo que un secretario general de un organismo universitario se debería haber metido. Pero lo hice porque esa era mi vocación, las letras, hacer los libros.

ESTACIÓN TERCERA: EL PROFESOR

¿La literatura ha representado una dualidad para usted como profesor de universidad?

Poco. Porque yo lo que enseñaba era literatura y daba talleres literarios, así que lo he visto como una extensión de mi oficio. No considero que los secretos literarios tienen que ser guardados, siempre he creído que no se le puede enseñar a nadie a escribir, porque eso es un asunto que nace, pero se le puede enseñar a alguien a usar los instrumentos y técnicas del oficio, ayudarlo a entender cuáles son las mejores técnicas y sobre todo el gusto de leer, y de eso me encanta hablar. Y eso es lo que he enseñado. También me gusta hablar de historia así como me gusta enseñar. Esporádicamente he enseñado historia además de literatura, así que para hacer las dos cosas, muchas veces he hablado de la historia de la literatura y de los escritores.

En cuanto a los cursos de literatura que he dado éstos son muy especializados porque ya es con alumnos que están haciendo maestría o doctorado en literatura. En el año 2004 di un curso de doctorado en California, en la UCLA, donde los grupos son pequeños, de 16 a 20 personas y algunos grupos van de 25 a 30 alumnos. Me fue muy bien porque trabajamos en las dos ocasiones sobre listas de libros, 10 ó 12 novelas latinoamericanas y a sus autores los conocía, me apropiaba de los temas como profesor. Es maravilloso ser profesor de literatura, y más aún, cuando se conoce a los autores de esos libros que estás poniendo a tus alumnos a que estudien.



ESTACIÓN CUARTA: EL POLÍTICO

*En 1988 se lanzó su novela *Castigo divino* que había comenzado a escribir unos años atrás. Usted era vicepresidente de Nicaragua cuando éste era un país en guerra y crisis económica. A pesar de tanto quehacer como vicepresidente, al parecer no estaba alejado de la literatura. Además *Castigo divino* es una novela con un estudio meticuloso. Escribir en este género, novela negra, requiere de fluidez, de editar con lupa, dedicación plena, y ante tanta circunstancia, sorprende la maestría narrativa con la que la escribió. ¿Cómo lo logró? ¿Cómo escribió este libro con tantas ocupaciones políticas que tenían esa importancia y urgencia de nación?*

¡Eso es un misterio! Además es el libro más extenso que he escrito. Nunca he escrito un libro tan extenso como ese, tan complicado. Pero creo que quizás me ayudó el hecho de haber escrito ese libro con una computadora. Eso ayuda. Porque eran muy extrañas las computadoras entonces, creo que tuve mi primera computadora en 1984, era una IBM, las computadoras no tenían disco duro, sino que todo el sistema estaba en el floppy. Eran unos discos grandes. Tengo guardado *Castigo divino* en ese floppy que nadie lo puede leer. No hay máquina que lo lea ya, eso es como arqueológico.

La verdad es que las computadoras en ese tiempo eran unas máquinas de escribir bien ágiles, pero no tenía los recursos de búsqueda de hoy, no podía por ejemplo, revisar dónde está escrito que Oliverio Castañeda era de ojos cafés, como lo puedo hacer ahora, ir de la página 200 a la página 5. Esas cosas no se podían hacer, separar los párrafos, buscar algo rápidamente, todo eso ayuda, pero la memoria no tiene tanto, la revisión de la coherencia es inmensa. En ese entonces no lo tenía. Me asusta cómo George Eliot pudo haber escrito en un lugar perdido de Inglaterra, en la noche, con las manos llenas de tinta y mantener el centenar de páginas en la memoria y no perderse, eso es admirable.

Por eso es que la computadora es un auxilio extraordinario en ese sentido, porque le ayuda a uno a no perderse, cuando la montaña va creciendo y creciendo y creciendo y creciendo y uno se pierde en un bosque demasiado denso y de pronto se olvida de algún personaje. Los lectores están bien concentrados y se encuentran cosas que no coinciden. Yo como lector regreso en los libros a ver qué pasó. Y me he encontrado con escritores muy importantes que cometen grandes errores, muy grandes.

¿Usted iba imprimiendo partes o todo lo hizo en la computadora? ¿Cómo revisaba su material?



No, eso lo hacía hasta el final. Además en un modo muy divertido de imprimir porque se imprimía con una aguja y las hojas eran pegadas, había que despegarlas, quitarles los bordes, porque eran de las hojas antiguas. Pero bueno, tenía mi fichero completo de la novela, esa costumbre yo la he perdido, siento que no lo necesito ahora con la computadora, pero para *Castigo divino* sí tenía un fichero completo por personajes: cómo era, cómo se vestía... tenía otro sobre León, las calles, los nombres de las cantinas, los nombres de los bares, las tiendas. Como yo tenía ordenadas las fichas y sabía dónde estaba cada una, escribía con ellas.

¿En qué momento escribía? Había tanta actividad política y eventos nocturnos. En tiempos de guerra todas las horas son laborales para el dirigente de un país.

Esa novela la escribí en la madrugada. Porque de dónde iba a sacar tiempo. Me levantaba a las cinco a escribir. Antes de comenzar el trabajo, donde debía estar como a las ocho y media, nueve de la mañana, pero eso escribía todos los días, porque no lo hacía cuando no estaba en Nicaragua, me tocaba viajar mucho cuando estaba en el gobierno, a Europa, Suramérica, Estados Unidos.

¿Y cuánto tiempo pasó escribiendo Castigo divino?

Sólo escribiendo dos años y medio. Pero lo que pasa es que ya ese material lo había acumulado desde antes, desde 1981 cuando el doctor Castellón, que ya murió, me regaló el expediente de la causa. Claro que no tenía aún la idea de que iba a escribir un libro. En León cuando era estudiante conocí el caso y alguna vez pensé que todo eso era una novela. Pero cuando recién pasado el tiempo de la revolución me regalaron este expediente que tenía mil trescientos folios, entonces comencé a leérmelo. Empecé a escribir en 1985 y estuvo terminado en 1988. Alguna vez perdí partes, pero las rescaté luego, volví a escribirlas. Leía detenidamente para volver a comenzar cuando volvía de un viaje.

Es curioso que estando en tiempos de revolución usted escribiera un libro que cuenta una historia de los años treinta y fue hasta en los años noventa que escribió sobre la revolución.

Me río cuando leo artículos que dicen que muchos de los intelectuales de Nicaragua usamos la revolución para hacernos famosos, pero no creo que haya sido así conmigo. Yo era escritor desde antes y tenía una vida cultural fuera de Nicaragua.



La vida tiene un curso natural y lo más sabio que uno puede hacer es dejarlo correr. Yo hubiera tenido una brillante carrera de escritor si me hubiera quedado en Europa, o viviendo aquí, era lo mismo. La política y todo me ha influido, pero el destino era de escritor. Estando lejos nunca hubiera estado al margen de la revolución en Nicaragua, hubiera escrito casi los mismos libros.

Nuevo Amanecer Cultural, 21 de julio de 2007.



¡TOQUE SU TAMBOR!

*Que se declaren libres nuestros hermanos esclavos...
que gimen en la servidumbre, suspirando por
una mano benéfica que rompa la argolla de su esclavitud
si la nación toda se ha declarado libre, lo deben ser también los individuos
que la componen...*

*Presbítero Simeón Cañas
ante la Asamblea Nacional Constituyente de Centroamérica
al abolirse la esclavitud en 1824.*

Cita Sergio Ramírez al poeta vanguardista Luis Alberto Cabrales con sus versos: “Tambor olvidado de la tribu / lejano bate mi corazón nocturno. / Mi sangre huele a selva del África. / Sombría noche de luciérnagas, / sombría sangre tachonada de estrellas”; y de ahí nombra su nuevo libro, *Tambor olvidado*.

Y es que realmente una “sombría noche de luciérnagas” ha sido la historia de nuestra cultura centroamericana a partir del siglo XVI, con la conquista española y el mestizaje de nuestra raza, que, según plantea Ramírez en su nuevo libro, viene de tres vertientes y no de dos como se nos ha enseñado desde la educación básica. Estos tres ríos que desembocan en el pueblo mestizo que somos en el siglo XXI son el africano, español e indígena, pero hemos aprendido a celebrar el 12 de octubre como el día del encuentro de dos razas, el día de la hispanidad. Esta teoría de la conexión y encuentro de dos culturas que advierte la omisión de lo africano en Nicaragua, lo refiere el autor como “conspiración de olvido y de silencio”.

Tambor olvidado es un tour histórico y cultural que dura trescientos años y va desde África al Pacífico de Nicaragua, cuando llegó a Centroamérica la primera oleada de negros africanos puros o llamados “ladinos” acompañando a los españoles colonizadores, sirviéndoles como pajes y niñeras de sus hijos; va de la marimba a las muy latinoamericanas peregrinaciones religiosas acompañadas de disfraces y claras señales de la cultura africana, hasta el modo de preparar los alimentos que se conoce como “cocina nicaragüense”.

En un primer momento los africanos se instalaron en Nicaragua en la parte del Pacífico y de ahí se fueron mezclando con la raza indígena, generando así a los zambos y a diferentes tipos de mulatos y mestizos hasta que la población



aumentó y se asentó en barrios y colonias de mulatos, reconocidos como tales en el siglo XVII. El reino de Guatemala comprendía desde Chiapas a Costa Rica y es ahí donde se asentó la comunidad negra; donde se ubicaban los españoles, y éstos últimos, como se puede ver en la historia, poblaron en su mayoría las zonas centrales y del Pacífico de la región.

Como “mudo estigma” queda en el libro calificada la segregación de la cultura africana en nuestra idiosincrasia. Una vez mermada la población indígena por las batallas y la dura esclavitud a la que fueron sometidos, en el siglo XVIII los negros venían a trabajar en las plantaciones de algodón y de caña en la Costa del Pacífico de Nicaragua, no solamente en la Costa Caribe, como se ha podido creer. Con el tiempo los indígenas puros se fueron extinguiendo por las guerras y entonces eran los negros quienes, como esclavos, estaban destinados al trabajo duro del campo y de carga. De ahí nació el peyorativo “mulato” que viene de mula, por ser ellos los cargueros de los enseres personales de los blancos.

A la altura del siglo XVII, cuando se calificó a los mulatos como raza impura y nada inteligente, no les quedaba a éstos más que ocultarse y callarse, hacerse una estirpe reprimida y marginada en los barrios de las ciudades metropolitanas. Y ahí se aprendió a calificar a lo africano como indígena, de modo que cuando se decía “indios” se incluía a los mestizos, mulatos, zambos y a los mismos indígenas puros. El mestizo no quería ser criollo sino también europeo y se dedicaba a marginar también a los mulatos. Se abolió la esclavitud en 1824 por decreto de la Asamblea Nacional Constituyente de Centroamérica y así se segregaron siendo personas libres. Es ahí donde, según sugiere Sergio Ramírez en su tesis, que da inicio el olvido. Se comenzó a llamar indio a lo mulato, una de las posibilidades comunes en el lenguaje popular y así los dichos burlescos que resultaron “un indio menos, un plátano más”, “no hay peor cosa que poner a un indio a comer en plato de china”, dice Ramírez que habrían sido en un principio “un mulato menos, un plátano más”, “no hay peor cosa que poner a un negro a comer en plato de china”.

Algunos personajes de la historia que se unían a este “pensamiento del momento”, eran mulatos y lo negaban, intelectuales involucrados en la historia, como Rubén Darío, que no reconoce el tercer río, el negro, no lo reconoce y se proclama ser de dos vertientes, indígena e hispana. En *Tambor olvidado* encontramos fragmentos de la partida de nacimiento de Darío, donde se dice que los abuelos de Rubén eran mulatos, por lo tanto el nieto también. En sus escritos y pensamiento Rubén se refiere a “mulatez”, en tono despectivo, un término que pronto se propaga en el pensamiento dariano de entonces que era el mismo pensamiento del moderno —parte de la modernidad era negar lo africano en su propia raza y cultura. Ramírez se refiere a “mulatidad”, como un término con



matices de respeto, un nombre más digno al ser negro africano o mulato, “así como se llama a la hispanidad”. Escribe Sergio de Darío: “Para Rubén representa triste mulatez, todo lo que el país tiene de mediocridad y atraso provinciano, y que conlleva la natural incompreensión de lo estéticamente alto”. Esto lo plantea el autor como respuesta al pensamiento del poeta y su descripción mulata: “Los mundos descubiertos e iluminados por el mulato de revueltas incandescencias que no podía dejar de ser músico, loco de armonía, el indio triste que buscaba los paraísos artificiales en el ajenjo”. Era Rubén, como ya sabemos, el cantor de la mujer blanca, que niega la raza africana mezclada directamente con nosotros.

Sandino es otro personaje de *Tambor olvidado*, que aparece defendiendo la cultura indohispana, como se calificaban los pensadores y artistas del momento, porque eso es lo que se creía. Sandino habla de raza indohispana sin reconocerse a sí mismo y al Pacífico de Nicaragua como descendientes de africanos o mulatos, todo expresado en sus discursos y manifiestos, teniendo él mismo ancestros mulatos. También Miguel de Larreynaga, prócer de la independencia centroamericana, quien aparece muy blanco en los retratos publicados en los libros de texto de las escuelas, era un mulato y como buen mulato se lanzó contra la corona española, pues son los mulatos los que llevan a Centroamérica a su independencia en 1821.

Los mulatos y negros eran marginados por todos, no los defendían los españoles ni los mestizos ni los ingleses ni franceses ni norteamericanos. Como se lee en una cédula de Felipe II: “Más los mulatos que son hijos de negros, críanse siempre con las madres y de ellas, ni de los padres, no pueden tomar buenas costumbres, y como personas libres hacen de sí lo que quieren y muy pocos se aplican a oficios, y casi ninguno a cultivar la tierra”. Cita también el autor al filibustero William Walker, quien calificó a esta raza en sus escritos: “El zambo de Nicaragua es una forma humana degenerada, conformada por un tercio de tigre, un tercio de mono y un tercio de cerdo...”

Le herencia africana está a la vista, pero no se quiere ver, como lo describe el autor: “Sin África no pueden explicarse los porros y las cumbias colombianas; las guarachas y bachatas dominicanas; los jarabes mexicanos; los tamboritos panameños; el danzón, el mambo y los sones cubanos; la salsa puertorriqueña cocinada en Nueva York; el reggae de Jamaica; el calipso de Trinidad; la punta hondureña; los gospels, los spirituals y los souls del sur de Estados Unidos, esenciales en la creación del blues y el jazz, y luego del rock and roll y del rap. Y, además de nuestra música de la costa del Caribe nicaragüense, tampoco se explicarían los sones de marimba [...] En el santuario folclórico de lo nicaragüense, caben entonces por igual el son nica de las marimbas y el palo de mayo, por separado. Pero ocultamos, o no lo sabemos, que la marimba es de origen africano”.



Las influencias latentes que se narran en el contexto del libro *Tambor olvidado* vienen a referir esta cultura misteriosa en Nicaragua. Una vez abolida la esclavitud los mulatos y negros se marcharon a vivir sus vidas de obreros y siervos, pero se lanzó al olvido a causa de la marginación que ya hemos leído. “La herencia de la cultura africana quedó patente en las comparsas callejeras, multitudinarias y paroxísticas, y en los bailetes callejeros de negros, negras, y chinegros, lo mismo que en los de diablos y diablitos”.

En la obra se califica el idioma como “oscura lengua”, por obvia metáfora: se les prohibía a los negros hablarla hasta convertirla en clandestina y de esa manera se fue borrando el hablar de los negros y mulatos de pieles oscuras. En el español moderno encontramos una gran vertiente africana, como puede encontrarse al final del libro en una lista de palabras de origen africano calificadas como españolas y aceptadas por la Real Academia Española, se siente obvio que son africanas: “tanga”, “tambo”, “salar”, “motete”, “maní”, “mambo”, “macana”, “guaro”, “ganga”, “dengue”, “cuca”, “congo”, “bomba”, “banano” “bamba”, y muchas más.

Cualidades milyunnochescas tiene *Tambor olvidado*: aparecen aquí historias olvidadas o dejadas al olvido y a que el tiempo las borre, que quedan rescatadas como una tesis que aporta a nuestra historia. La comida frita que se conoce como muy nicaragüense proviene de España que todo lo quería pasado por fuego con el aceite de sus exquisitas olivas, lo que se recibió como una novedad, desconocido tanto por los africanos como para los indígenas, quienes tenían en común cocinar al vapor y en una olla bajo la tierra. El afán nicaragüense de revolverlo todo en el plato es algo propio del mulato que se fue creando con el paso de los siglos y así como resulta todo en el mismo plato somos en nuestra cultura popular. De modo que si vamos a una fiesta patronal con sus bailes de negros y disfraces, si escuchamos el son nica con sus marimbas, si hablamos en un fino español, comemos o nos miramos al espejo tenemos a África frente a nuestros ojos, aunque se le quiera negar. ¡Pom! ¡Pom! ¡Toque su tambor!

Nuevo Amanecer Cultural, 2 de febrero de 2008.



TEATRO DE UNA ESCLAVITUD. A PROPÓSITO DEL LANZAMIENTO DEL LIBRO *TAMBOR OLVIDADO*

Aunque las cadenas de la esclavitud en el continente se rompieron hace casi dos siglos, la historia de nuestra cultura centroamericana, ligada a la herencia africana, ha sido casi borrada de los libros de historia oficiales. En su último libro Sergio Ramírez profundiza sobre las raíces de esas sombras, de ese semioscuro hecho que ha sido tan determinante. De las razones que lo llevaron a escribir este libro y otros detalles sobre el mismo, cuenta el escritor en esta entrevista.

Sus lectores están acostumbrados a sus libros sobre política e historia reciente de Nicaragua y del mundo (último siglo), o la reconstrucción de la leyenda de ciertos personajes como los Somoza, Sandino y Darío. ¿De qué viene que ahora esté interesado por el tema de lo africano en Nicaragua y en hacer una profunda investigación sobre lo que usted llama “una cultura de triple tiara en nuestro país”?

Viene de una preocupación que se ha venido desarrollando en mí con el tiempo, acerca de la lectura incompleta que siempre hemos hecho de nuestra propia cultura y realidad histórica. Los intelectuales nicaragüenses, esos que ahora somos llamados “de la literatura letrada”, tendemos a elaborar temas sobre la identidad nacional y sus componentes. La tesis básica consiste en que la identidad nacional se funda a partir de dos grandes vertientes, la hispánica y la indígena. No fui crítico desde siempre de esa posición, más bien la asumí como algo natural; se la enseñan a uno desde la escuela primaria, eso del encuentro de las dos razas. Y siempre hemos tenido una venda en los ojos que no nos deja ver el tercer elemento fundamental, el africano, que completa la triple tiara.

Hay elementos esenciales de nuestra cultura aportados por el componente africano que no son reconocidos como tales. La marimba, por ejemplo, es una de las señales de nuestra identidad nacional folklórica, que es de origen directamente africano, o vino de África y pasó por el tamiz indígena. Planteo las dos posibilidades en el libro, esta sorpresa que me llevé en el Museo del Quai Branly, en París, de encontrarme con una marimba de arco igual a la que se toca en la ciudad de Masaya en Nicaragua. Y así ocurre con muchos otros elementos fundamentales de nuestra cultura: los bailes de negros y chinegros, la música del Güegüence, el ritual callejero de las fiestas patronales, el culto de los cristos negros. Se mira en los bailes y en la religión, en la comida, con el mondongo y el vigorón, la carne en vaho y con la lengua, lo que hablamos. Usamos muchas palabras de origen africano en el habla diaria.



Usted llama a esta ausencia una “conspiración de olvido y de silencio”. ¿Por qué conspiración?

Es una negación de lo que uno viene a ser. Porque lo africano pasa a ser maldito desde el momento de la fusión étnica. Y como explico en el libro, lo africano se deshace, eso ocurre mucho en las culturas subalternas, que se esconden y disfrazan para poder sobrevivir. Así ocurrió con la cultura africana en el Pacífico de Nicaragua, donde no la reconocemos, al contrario de lo que ocurre en el Caribe. Lo africano lo que hizo fue mimetizarse en la cultura indígena en el Pacífico.

En el libro trato de seguir este hilo oculto desde que los negros y luego los mulatos se asentaron en nuestras poblaciones durante la Colonia, era ahí donde se podían esconder, agrupándose entre los indios y luego entre los mestizos. Dentro de las leyes coloniales se prohibía que se juntaran los españoles, los indios y los negros, y sin embargo, las fusiones étnicas se daban y es ahí en esa mezcla triple donde se forja el verdadero pueblo nicaragüense. En las haciendas, en los barrios surge toda esta población libre que se forma en el siglo XVI y XVII, gente ambulante que vive de cualquier cosa en los barrios de Granada y León, donde nacen las primeras insurrecciones lideradas por mulatos, y son los mulatos los que van a las trincheras de las primeras luchas por la independencia.

También hay algunos líderes que llegaron a ser próceres siendo mulatos, como Miguel de Larreynaga, muy poco se menciona esto en la historia de Centroamérica. Igual con Rubén Darío, que se escribe de su ascendencia de chorotega y español, pero nunca se dice, como ahora lo plantea usted, que era mulato. Él mismo se enorgullece de “sus manos de marqués” y muestra su amor por lo afrancesado y europeizado.

Pero ahí está la partida de nacimiento de Rubén, sus abuelos son reconocidos como mulatos en el registro civil. Para muchos viene a representar una afrenta que Darío sea descendiente de mulatos, cuando de esta manera representa nuestra verdadera identidad, que es triple. Mulato de oído sedoso, es como lo llamaba Salvador Rueda, porque a Darío lo zaherían por dos cosas, por indio y por mulato, por negro. Valle Inclán lo llamaba negro, Salvador Rueda le llamaba mulato y lo contradictorio es que el mismo Rubén compartía el pensamiento del que hablamos, porque él no consideraba que los negros tuvieran talento creador, sino que los veía como gente de una inteligencia muy subordinada.

Darío escribió mucha prosa arrogante en cuanto a esto. Por ejemplo, iba viajando de Mallorca a la Península, y al ver a unos negros africanos que



estaban pidiendo dinero en una rambla del puerto, se refiere a ellos como “monos hambrientos”.

Sí, exacto. Esta es la contradicción. Trato de explicar en la propia entrada del libro *Tambor olvidado* cómo los elementos de revoltijo sensual, que podemos llamar mulatos en la estética de Darío, vienen a ser parte de sus cualidades geniales, todo este afán de revolverlo todo, igual que en la comida, por ejemplo, donde una de las características de la cocina mulata era revolverlo todo.

Cita usted en Tambor olvidado las palabras de Juan Valera dirigidas a Darío en sus Cartas Americanas: “Usted no imita a ninguno. Ni es usted romántico, ni naturalista, ni neurótico, ni decante, ni simbólico, ni parnasiano. Usted lo ha revuelto todo: se ha puesto a cocer en el alambique de su cerebro, y ha sacado de ello una rara quintaesencia...”

Lo que otros veían como defecto en Rubén, Valera lo vio como un don de su literatura. Lo acusaban de imitar, de revolver, de atenerse al oropel, a lo vistoso, como lo haría un mulato y ahí empezaba su deslumbrante poder innovador, tomando un poco de todo, de cualquier parte, de los ritmos populares, de la poesía francesa, de la tradición indígena americana, de lo árabe, la rara quintaesencia. En ese se le salía el mulato que era.

Y nosotros, en general, en nuestra cultura, aprendimos a bendecir esa ausencia de lo africano como una cualidad, a señalar lo mulato como un defecto. Y a ignorar lo que había de mulato en Rubén. Basta ver un retrato suyo para darse cuenta viendo sus rasgos. Y todos tenemos algo de africanos en Nicaragua, obviamente, pero nos cegaron desde el principio frente a esa visión triple de nosotros mismos, que más bien es enriquecedora. Para eso hemos tenido nuestra cultura africana del Caribe, como una excusa que sirve para ocultar lo africano que hay en la otra Nicaragua, la del Pacífico.

Volviendo a Darío, acerca de que las musas debían ser mujeres blancas para parecer figuras griegas o celestiales...

Él dependía de esa estética, que estaba establecida en la cultura occidental: los negros eran inferiores y por tanto no eran bellos. Darío no inventó eso. Él navegaba en esa corriente formada por quienes creían que los negros no eran genéticamente capaces de pensar con el mismo nivel de inteligencia que los blancos. Desde la mitad del siglo XIX se había establecido la tesis de que la raza blanca era la que tenía la capacidad de dominar el mundo, debido a su mayor inteligencia y poder dominio mental.



Darío entonces por esa razón decía “mulatez”, refiriéndose al ser mulato. Usted lo plantea como “mulatez” que viene de “estupidez”, despectivo.

Darío habló de mulatez. Yo hablo de mulatidad, que fue parte de su aporte a la nueva estética del modernismo. Mulatidad, como se dice la hispanidad, o indianidad, que son términos pomposos.

En Tambor olvidado tenemos ahora otras facetas de Darío, algunas nuevas que no son muy divulgadas.

Admiro profundamente a Rubén y estoy convencido de que sin su presencia en nuestra cultura, sería imposible explicarnos como nicaragüenses. Pero para poder admirar a una persona hay que ir a fondo dentro de ella. En este libro entro en su componente mulato, que él niega o ignora, algo que para mí no es ofensivo, al contrario; a medida que como nicaragüenses nos reconozcamos en la totalidad de nuestros componentes, que son también los de Rubén, vamos a entender mejor nuestra identidad y saber dónde estamos parados.

Sé que mucha gente va a decir que no es cierto, que nada tenemos que ver con los africanos, estoy preparado para eso. Si alguien dice: “¿Y dónde están los negros aquí, dónde están los mulatos?” Eso es porque no se mira en el espejo, ni mira al país en el espejo de la historia. Somos consecuencia de una mezcla ya indisoluble.

Usted dedica la mayor parte del libro al tiempo de la Conquista y la Colonia, con detalles, se puede ver su investigación profunda, casi en cada párrafo hay citas, lo que hace muy rica la lectura: citas de cédulas, citas de fragmentos de libros; pero cuando ya llega a la parte de Zelaya, cuando comienza a hablar de la reincorporación de La Mosquitia, me parece que hay elementos de esa historia que no están sostenidos con la misma fuerza teórica, sino mencionados entre líneas, que en 1894 pasó la reincorporación y etcétera, siendo esa parte muy importante en este tema.

Es que el libro no tiene propósitos históricos. Los datos históricos que uso son para apuntalar lo que quiero explicar, pero no me interesa la minucia histórica, ni hacer una historia comparativa entre la Costa Caribe y la Costa del Pacífico más que en lo esencial, más para demostrar lo que planteo. Y quiero proponer más que demostrar. Por ejemplo, que la cultura nicaragüense del Pacífico no tuvo que ver con el Caribe durante la Colonia. Eran dos territorios hostiles entre sí, sometidos a la incomunicación; lo africano en el Pacífico lo recibimos a través de las corrientes de esclavos que vinieron inicialmente desde España y luego desde los mercados del Caribe.

No hubo ningún parecido en la comida ni en nada entre los dos territorios, hasta que vino la reincorporación de la Mosquitia y la colonización mestiza de



la Costa Atlántica, entonces sí hubo medios de comunicación, pero antes no. Durante la Colonia, en la lucha entre la Corona Española y el Imperio Británico por el territorio de Nicaragua, lo que había era una hostilidad permanente y los misquitos entraban en apoyo de los colonizadores ingleses, en apoyo militar, a atacar las haciendas, en la frontera imprecisa que había en lo profundo de los departamentos de Chontales, Jinotega y Nueva Segovia ubicados en la parte central de Nicaragua, lo que se llamaba “la marca”.

En Mil y una muertes hay un capítulo donde se refiere al rey mosco. ¿Usted ocupó la misma información para escribir ese capítulo que en Tambor olvidado? ¿Había comenzado su investigación desde ese tiempo?

Sí, venía leyendo mucho sobre esta parte de la historia de Nicaragua, los escritos del doctor Germán Romero Vargas, sobre todo —quien va a presentar *Tambor Olvidado*—, porque él ha investigado muy bien esta parte de nuestra historia. El doctor Romero tiene un libro sobre la Costa del Caribe en relación con el imperio británico y otro sobre la formación del Estado y de la sociedad nicaragüense en el siglo XVI y XVII, que es donde comencé a encontrar información sobre los asentamientos de mulatos y la triple mezcla étnica. Todas las afirmaciones que ocupó en mi novela *Mil y una muertes* corresponden a una investigación, no todo es ficción. En *Tambor olvidado*, gracias a las investigaciones del doctor Romero, queda claro que dos tercios de la población nicaragüense eran mulatos o mezclados con mulato en el Pacífico durante la Colonia, eso es algo que mucha gente se resiste a creer.

Usted dice en Tambor olvidado que Sandino y Darío defendían una cultura indohispana y que se reconocían a sí mismos como tales, siendo Sandino también descendiente de mulatos. Como personaje de América y símbolo de luchas, Sandino tenía una negación por el origen africano que todos tenemos en la mezcla de razas en el siglo XVI.

Sandino defendía el ser indohispano. Eso se ajustaba a la tesis de las dos vertientes, la india y la hispana, que era una tesis americana, no sólo nicaragüense. Era la tesis de la época, era lo que estaba en boga. José Vasconcelos decía “por mi raza hablará mi espíritu” y se refería a la raza indohispana. Y la reivindicación frente al imperialismo, partía de esa identidad doble, que no incluía la vertiente africana, por el mismo hecho de su negación histórica, de su ocultamiento.



¿Cómo se reconoce usted entre sus ancestros?

Soy parte de ese todo triple nicaragüense, de esa mezcla incesante del mestizaje de tres vertientes. Si me hicieran un examen de ADN saldría obviamente compartiendo el genotipo africano, el negro. Y me siento orgulloso de que sea así, de ser parte de esa identidad de triple tiara.

Nuevo Amanecer Cultural, 2 de febrero de 2008.



LOS DESAFÍOS DE LA FUGITIVA

La *fugitiva*, última novela de Sergio Ramírez, está inspirada en la vida de la ensayista y novelista costarricense Yolanda Oreamuno (Costa Rica, 1916–México, 1956), nombrada en el libro como Amanda Solano. La obra ha salido a luz pública dispuesta a enfrentar desafíos y contrariedades, como una vez fue la vida y carrera literaria de la escritora. Una mujer que, según el autor fue “simplemente bella”, pero su belleza no radicaba sólo en su aspecto físico, sino en su personalidad, seguridad y forma de enfrentarse a las costumbres de la sociedad de su época, pues era una mujer de pensamientos demasiado avanzados para el tiempo en que vivió.

Los detalles de su vida están narrados en una composición de contrapunto en tres partituras, tres mujeres amigas suyas, que la recuerdan desde la ancianidad, con la misma frescura de antaño. Entre la historia de Amanda Solano se cuenta la de Costa Rica, su historia política, social, cultural, una sociedad que la hacía sufrir. Además de todo el sufrimiento en su vida personal está el hecho de nunca haber visto brillar sus novelas. Fue víctima de plagios, de críticas hechas con el fin de apagar sus aspiraciones de grandeza y de éxito, proyectos nunca acabados, textos sin revisar, borradores extraviados y episodios de romances que hacen la obra más apasionante. Como Yolanda Oreamuno fueron diferentes y fugitivas otras costarricenses, la cantante Chavela Vargas y la escritora Eunice Odio, que también aparecen traslapadas en la novela, representadas por personajes verdaderamente polémicos.

Con *La fugitiva* el escritor aparca la disección de su país en su obra literaria, volviendo a Costa Rica, que antes había sido descrita en muchos artículos y cuentos suyos, pero nunca en una novela. Sobre todo, el libro está saliendo a luz en tiempos de cólera entre las dos naciones —Nicaragua y Costa Rica— por el conflicto a causa del desaguadero del río que separa ambos países, nombrado en el año 2011 por la Asamblea Nacional, Río San Juan de Nicaragua. Pero, como afirma el propio autor “los temas no tienen pesos nacionales, los temas tienen pesos universales”.

La obra se enfrentará al público no solamente por ser magistral, sino porque provocará gran furor en los lectores a causa de los pormenores que en ella se cuentan, lectores que además se encontrarán con su calidad literaria, estilo e hilaridad que alcanzan dimensiones semejantes a un guión cinematográfico.



¿Por qué escoger a Yolanda Oreamuno como modelo ideal para la protagonista?
Esta novela la comencé a escribir desde que vi la primera foto de Yolanda, escuché el primer relato del mito que se ha creado alrededor suyo, leí su novela, me adentré en la leyenda, fui a su tumba... desde entonces comencé a construir ese personaje, desde hace casi cincuenta años, cuando llegué a vivir a Costa Rica.

Encontramos en La fugitiva unos personajes muy controvertidos solapados con nombres falsos, pero la situación de sus vidas es muy similar a las personas en quienes están inspirados, no se pueden esconder tanto, como es el caso de Edith Mora, que es la escritora Eunice Odio, y Manuela Torres, que vemos a todas luces a la polémica y muy criticada cantante Chavela Vargas.

En primer lugar las historias de Yolanda y de Eunice Odio son demasiado paralelas, entonces tenía que haber sido una novela sobre las dos y una tenía que opinar sobre la otra, yo escogí a Yolanda Oreamuno, no escogí a Eunice, porque Eunice me parecía un buen personaje, pero el otro es un gran personaje.

Los costarricenses dicen que pertenecen a una cultura de “no armas y no violencia”, en contraste con la cultura nicaragüense y de otros países de América Latina. En su novela vemos un país que al fin y al cabo no es el país pacífico que se autopregona, el destino turístico por excelencia; se narra un pasado turbulento, de intrigas, movimientos sociales y hasta una revolución en 1948.

Sí, entiendo. En su novela *Cruz de olvido* el escritor Carlos Cortés dice que en Costa Rica nunca ha ocurrido nada desde el Big Bang. Un mito demasiado dantesco. Ésta que viene a resultar es una historia que es a la vez contradictoria, porque es una sociedad muy conservadora, pero a la vez está en movimiento, porque no es la historia inocente de tarjeta postal, de Costa Rica como destino turístico, sino un país en efervescencia, donde se crea el primer partido comunista en Centroamérica, las huelgas bananeras, las reformas sociales de Calderón Guardia, después la revolución de 1948, un hervidero.

Las protagonistas son muchachas ubicadas en la rebeldía de su tiempo, y vemos a la vez intrigas, acontecimientos políticos que se van desarrollando, contradicciones, secretismo. ¿Eso es correcto históricamente o es ficción?

La sociedad era así. Es muy contradictorio, una sociedad tan conservadora, que no deja sacar la cabeza a la mujer, pero Amanda Solano le exige a la sociedad mucho más de lo que le puede dar. Pero es a la vez una sociedad que en 1888 funda el Colegio Superior de Señoritas, un colegio laico, donde no hay monjas ni curas, con profesores de Europa, liberales, con instalaciones de



primera clase, todo para educar niñas, eso en Centroamérica para ese tiempo era completamente inaudito ¿Y cuál es ese producto? El producto son estas niñas, estas muchachas de mi novela que piensan de una manera diferente del resto. Hay un momento de sus vidas que andan en las calles a pesar de que sus padres no las dejan salir, pero bueno, hay una rebeldía que está ahí, que se expresa contra el fascismo, la guerra civil española, a favor de las huelgas bananeras.

A propósito de estas libertades a las que algunas mujeres se atrevían, encontré una frase que le escribe en una carta Amanda Solano a Marina y describe a los hombres como “deliciosas bestias”. Eso hace recordar la conocida frase de Alfonsina Storni, poeta argentina de los años veinte, que los describía públicamente en una obra de teatro como “bello animal razonador”, o a Edith Piaf, que decía que los hombres eran “confortables muebles con cerebro”. Cuando usted tomó esta frase ¿usó como modelo a muchas mujeres del siglo XX que han pasado a la historia por su sagacidad?

Lo tomé literalmente de Yolanda Oreamuno. Lo que pasa es que las citas que hay en la novela y que son importantísimas, como usted dice, son la mayoría frases de cartas reales de Yolanda, claro que interpretadas con liberalidad o retocadas, cambiadas, pero son frases originales de ella.

¿Estaba Amanda Solano a la altura de muchas mujeres distintas del siglo XX contemporáneas a ella y que sobresalieron para la historia? Decir frases como éstas en los años cuarenta era un escándalo.

Pero es que ahora se puede decir menos, si usted lo observa bien, porque una frase como esa sería antifeminista en estos tiempos. No sería políticamente correcto para una mujer de estilo de vida moderno.

Pero eso de “confortables muebles con cerebro” podría interpretarse un poco feminista.

Quién sabe, ahora esa frase se diría “confortables muebles SIN cerebro”, para ser una verdadera feminista. Lo que pasa es que Amanda no era feminista, era femenina, ella no se sentía bien, no estaba completa sin los hombres. Eso sería una herejía en la actualidad porque el feminismo es otra cosa y todo lo invade en el comportamiento de las mujeres aunque no sean todas feministas.

¿Piensa que eso se entendería entonces como hacer un culto a los hombres?

Sí, y la frase no es sólo así como usted dice, es “deliciosas bestias, no puedo vivir sin ellos”. Además ella llegaba al colmo de modelar al hombre según su



propia imaginación, endiosarlos, les inventaba cualidades que no tenían, eso aumentaba su sufrimiento porque la llevaba al desengaño. Su gran sufrimiento era ser bella. ¿Contradictorio, no?

Hay un elemento bastante fuerte en toda la novela, a través de los relatos, sobre lo que es ser costarricense y cómo es la sociedad de ese país. Se habla de una Costa Rica de los años treinta y cuarenta, bastante moralista y conservadora, y hasta algo mojigata ¿Cómo cree que los costarricenses lo van a tomar? Muchos van a pensar que está mostrando a su país como atrasado.

Pero no hay que olvidarse que quienes hablan son los personajes, no yo. Yo no dije esas cosas, son mis personajes.

Hablan los personajes, pero los personajes son creados por usted.

Claro, pero los personajes dicen cosas positivas también. Porque Marina dice que eso de esconderse y no dejar que nadie saque la cabeza es lo que les ha dado el espacio para progresar, y a lo mejor es cierto. El producto interno de Costa Rica es ahora diez veces más grande que el de Nicaragua y la mar de tranquila, y en esa mar tranquila van navegando con niveles de salud y de educación superiores a los que tenemos en Nicaragua y resto de Centroamérica.

Es previsible que haya polémica sobre el libro. Este no es un libro inocente, estás jugando con una sociedad, mi modelo tiene sus familiares vivos, mi personaje principal.

Tenemos por ejemplo a Chavela Vargas³ en el personaje de Manuela, y este personaje de la vida real pregona públicamente su inconformidad y rechazo hacia su país de origen. Es un personaje que no puede esconderse y quizás el mejor logrado de la novela. Además, Manuela habla demasiado fuerte y con gran libertad de lo que piensa de Costa Rica y sus opiniones muestran una cara oscura.

El posible que sea una novela contradictoria, puede que haya quien diga que esa novela la tuvo que haber escrito un costarricense, como la novela de Trujillo [se refiere a *La fiesta del Chivo*, de Mario Vargas Llosa]. Salvando la distancia, la debió haber escrito un dominicano, pero me parece que los temas no tienen pesos nacionales, los temas tienen pesos universales, cuando se trata de novelas uno encuentra a los personajes en cualquier ámbito. Yo no tengo mi país por cárcel como novelista.

3 Al momento de esta entrevista Chavela Vargas se encontraba con vida. Falleció en México el 5 de agosto de 2012.



¿Cómo interpreta esta evolución de lo que se describe en la novela, desde que la mujer prácticamente estaba relegada a su casa, a que ahora en la actualidad vemos a una mujer, Laura Chinchilla, en la presidencia, teniendo, hasta cierto punto, que enfrentarse a contrincantes varones para llegar hasta ahí?

Lo que pasa es que la política es ahora un fenómeno global y hay mujeres candidatas a presidenta, las encontramos en cualquier país de América Latina. La participación política ha evolucionado más rápidamente que el resto de los elementos que componen la igualdad de género, el fenómeno del voto femenino es reciente, en Nicaragua fue en 1950, en Costa Rica por esos años, en España ni existía.

Las leyes no daban ninguna libertad a la mujer y las leyes no son creaciones estériles, reflejan las condiciones de la sociedad patriarcal. ¿Ha terminado la sociedad patriarcal por el hecho de que haya mujeres presidentas? Creo que no.

Amanda, Edith y Manuela, costarricenses las tres que se fueron a México. Se trató de una migración de mujeres artistas o intelectuales huyendo si querían brillar. ¿No es esto el espejo de una tragedia?

Había mujeres muy inminentes en Costa Rica que no emigraron, como Carmen Lyra, contemporánea de ellas, una escritora muy conocida, militante del partido comunista, autora de libros para niños, y tenía su propio peso. El problema era a ver quién se atrevía y por atreverse se pagaba un costo, y ese costo era el exilio interior o el exilio exterior. Es decir, atreverse a ser distinto, ser otro (u otra), salirse del modelo.

Usted vivió en Costa Rica, fue bien recibido por los intelectuales costarricenses y quizás ahora puedan pensar que no merecen que usted haya escrito La fugitiva.

Me decepcionaría que alguien limite su intelectualidad al qué dirán. Creo que la única manera de escribir un libro es sentarse frente a la computadora y pensar que nadie lo va a leer nunca, porque si no uno no escribiría nunca nada: “Esto no lo puedo decir porque se van a enojar, esto tampoco porque no quiero que piensen mal”. Creo que puede haber polémica en Costa Rica alrededor de este libro, ojalá que la haya, lo peor que le puede pasar a un libro es que pase desapercibido y nadie diga nada. Mientras más se hable de un libro es mejor para él.

Esto es tocar un avispero, yo lo sé como escritor y creo que esto tiene necesariamente consecuencias. Por ejemplo mis novelas *Castigo divino* o *Margarita, está linda la mar*. ¿Por quedar en paz con todo mundo debí haberme abstenido de escribirlos? Eso sería negarme a mí como escritor y mejor me hubiera dedicado a otro oficio que no inquiete a nadie, que no levante opiniones. Amanda Solano pasó a la historia por ser como fue, merecido ejemplo para seguir.

La Prensa Literaria, 30 de abril de 2011.



UNA VIDA POR LA PALABRA

La periodista Silvia Cherem de Shabot, ganadora del Premio Nacional de Periodismo 2005, en México, en la categoría de crónica con su escrito serial *Yo sobreviví al tsunami*, ha especializado su oficio en la investigación histórica y escritura de biografías y semblanzas de gran calidad y un peculiar estilo, por su forma de narrar con detalles, citas y fuentes de rigor, salpicando todos sus textos de literatura. También ha sido tres veces semifinalista en el Premio Nuevo Periodismo de la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano, presidida por Gabriel García Márquez.

Entre los personajes que ha biografiado se encuentran diez pintores mexicanos destacados a nivel internacional como Julio Galán, Francisco Toledo, Arturo Rivera, Leonora Carrington y José Luis Cuevas, entre otros; además escritores latinoamericanos como Octavio Paz y Sergio Ramírez; los Premios Nobel de la Paz Oscar Arias y Shimon Peres, así como periodistas y personajes de la cultura y la política de México.

Su libro sobre Sergio Ramírez, *Una vida por la palabra. Entrevista con Sergio Ramírez*, fue escrito en ocasión del cumpleaños sesenta del escritor en el año 2002, pero estuvo finalizado hasta 2004, cuando se presentó en México y en Managua. El proceso de investigación y escritura lo comenzó en marzo de 2002 desde su país, meses después en Nicaragua, donde estuvo recorriendo con Ramírez y su esposa Tulita todas las regiones, principalmente Masatepe, Managua, León, Poneloya y Granada, y a finales de ese año en Monterrey, México, cuando elaboró un primer borrador. Esta obra implicó tres años de trabajo, más de ciento veinte horas de grabación, lectura de todos sus libros, análisis y catalogación de publicaciones de periódicos sobre el autor y escritos por él.

El estilo de Silvia Cherem en este libro tiene la útil cualidad de expresar descripciones proustianas de buen gusto, entrando en detalles de suma importancia para el estudio de la vida y obra del escritor y su relación con la historia de Nicaragua, logrados con base en entrevistas a Sergio, sus hijos, cuñados, amigos y la familia de Tulita Guerrero. También visitas al cementerio donde están los restos de las familias Ramírez y Mercado; enlistando con un recorrido minucioso el haber de sus archivos y vitrinas, guiando al lector en un tour por sus colecciones de fotos y todas sus “joyas” (esto es libros autografiados, diplomas de gran valor, objetos de mucha riqueza sentimental como por ejemplo, la pipa de Julio Cortázar, entre otras cosas). Gracias a su acucioso



trabajo de investigación, la autora describe el resultado de su libro como una “autobiografía hablada”, pues ninguna otra obra de autor nicaragüense ni extranjero sobre Ramírez Mercado se ha acercado como el libro de Silvia a ser una biografía. De estos y otros detalles nos habla la autora en esta entrevista.

¿Cuáles fueron las circunstancias de su acercamiento a Sergio Ramírez y sus motivaciones para escribir este libro?

Era diciembre de 2001, fui aceptada por la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano para participar en el curso que impartiría Sergio Ramírez en Cartagena: *El hecho periodístico y el hecho literario*. Había quedado ese año como semifinalista del Premio Nuevo Periodismo CEMEX/FNPI con el texto *Nadine Gordimer: En blanco y negro*, y como gustó mi trabajo no me fue difícil que aprobaran mi solicitud.

Confieso que sabía entonces poco de Sergio Ramírez, mi motivación principal era acercarme a la FNPI, conocer colegas de Latinoamérica y continuar aprendiendo a escribir con un sello personal, inspirada por la corriente del Nuevo Periodismo, es decir, perfiles, crónicas y reportajes basados en la investigación sesuda con tintes literarios, apelando a una dimensión estética del buen periodismo que sale a la calle, se entromete en los rincones del tema a tratar, investiga con todos los sentidos, verifica, puntualiza y analiza en el afán de hallar hilos conductores para escribir un relato sabroso.

Unos días antes de viajar a Colombia ya tenía un *tambache*⁴ de lecturas pendientes para conocer a mi profesor. Sobre mi escritorio estaban: *Cuentos completos*, *Castigo divino* y *Margarita, está linda la mar*, que leí con fruición. Sin embargo, en Panamá, donde hizo escala mi avión a Cartagena, encontré el volumen que marcaría mi relación con Ramírez: *Adiós muchachos*, las confesiones de quien quiso traer justicia, desarrollo y riqueza a Nicaragua, y se confrontó con los vicios del poder mismo. Me apasionó la lectura, su sinceridad cruda, el relato de la utopía compartida y del “amor perdido”: una épica de grandes ideales que, en la práctica, tras el triunfo de la revolución, se confrontó con frustraciones, desencanto y un agrio derrumbe de los principios.

Me colmé de preguntas, rayé mi ejemplar con anotaciones y subrayados. Encontraba huecos, interrogantes, deseos de cuestionar a Sergio y con eso en mente llegué a su curso. Desde el primer encuentro en la cafetería del hotel donde desayunaba con Tulita, le externé mi deseo de entrevistarle, deseaba entender si desde su perspectiva el clímax de cualquier gran revolución era la epopeya del triunfo mismo, porque, como sucedió en Nicaragua, la asunción del poder implicó el declive de los ideales, el desencanto, el escepticismo y el encono.

4 Vocablo mexicano que significa “conjunto de cosas sin orden, unas encima de otras”.



¿Fue su idea inicial publicarlo para los sesenta años o cuando estuvo listo coincidió con esa fecha?

No fue esa mi intención, se publicó a sus sesenta y dos años realmente. Sergio aceptó mis preguntas iniciales, luego prometí leer todos sus libros, viajar a Nicaragua y continuar el proceso con intercambios continuos, como finalmente sucedió. Con mi esposo viajé a Nicaragua. Nos hospedamos en la casa abierta de los Ramírez en el barrio de Pancasán, en aquella modesta vivienda de acogedoras terrazuelas, que irónicamente colindaba con la residencia ceremonial que algún día ocuparon mientras Sergio fue vicepresidente del país. Como cuento en *Una vida por la palabra*, sentados en la sala exterior podíamos ver las ramas del árbol de mangos que Tulita plantó durante el triunfo del sandinismo y aún había frutos. No frutos políticos, sino literarios. Metafóricamente, el escritor no necesitaba ya de un palacio; al contrario, bastaba un hogar cálido e inspirador compartido con su mujer y sus hijos para despertar a las idílicas musas.

De la mano de Sergio y Tulita recorrimos todo el país como si hubiéramos abierto un libro de historia. Fue un gozo y un privilegio. Así fuimos construyendo la entrevista del libro. Luego, en México, en mi casa, continuamos los encuentros. En ires y venires pulimos las páginas hasta que *Una vida por la palabra* cobró veracidad, voz propia y fuerza discursiva de un momento determinante para Latinoamérica.

Yo quería titular el libro *Ilusión perdida*, pero fue Carlos Fuentes quien insistió que ese título resultaba reduccionista e injusto. Sergio Ramírez no sólo representaba el aspecto de la política —era cierto: fue líder intelectual y conciencia crítica de la revolución por un asunto ético y circunstancial—, pero su vida también estaba entregada a las letras, al pensamiento y a la amistad generosa con los grandes artistas de izquierda y los escritores latinoamericanos. Por ello, Fuentes sugirió el título: *Una vida por la palabra. Entrevista con Sergio Ramírez*, como finalmente quedó.

¿Cómo ha sido su acercamiento con Carlos Fuentes? Pues él escribió el prólogo de este libro.

Le pedí a Fuentes que prologara la obra por la amistad entrañable que lo unía con Sergio Ramírez, desde 1984 cuando visitó por vez primera Nicaragua en medio del fervor de la fiesta revolucionaria. La leal amistad se fue acrecentando con los años, a grado tal que Ramírez me confesó que junto con García Márquez, Carlos Fuentes era la persona a quien más quería y admiraba. Era recíproco. Uno de los libros de Fuentes, en la biblioteca de los Ramírez decía: “A Sergio y Tulita que en verdad están creando el nuevo mundo. De su admirador y amigo, Carlos Fuentes”.



Por ello no tuve duda, a él le pedí el prólogo de nuestro libro, una honesta y larga confesión, tarea que Fuentes aceptó sin titubear. Como muchos otros novelistas, pintores y políticos, él había conocido los rincones nicas, los balnearios y los mercados populares de la mano de los Ramírez. Les tenía gratitud y cariño. Era tal la confianza que, cuando Jane Fonda filmaba la versión cinematográfica de *Gringo viejo*, Fuentes llevó a Managua a William Styron y a la hija de Jane Fonda, una muchacha empecinada en viajar a los frentes de guerra, contra la voluntad de su madre y con deseos de quedarse en Nicaragua.

El texto de Carlos Fuentes para prologar *Una vida por la palabra* resultó elocuente y conmovedor, capaz de ilustrar las dos laderas de Sergio Ramírez: la política y la literaria, ambas imprescindibles en su personalidad compleja, a un tiempo creativa y afanosa de transformar la realidad.

¿Cómo fue su experiencia, aventura y vivencia alrededor de la investigación para escribir el libro?

Cuando comenzamos la aventura de los encuentros, ninguno de los dos sabíamos a dónde nos dirigíamos. Mi intención inicial era hacer una larga entrevista para el periódico *Reforma*, donde yo colaboraba, como sucedió; pero resultó inevitable nadar más a fondo, y el texto, paulatinamente fue creciendo para ser libro.

Aprendí una barbaridad, fue un privilegio ser aprendiz de un experto. Yo escribía y luego juntos corregíamos. Leímos una infinidad de veces los manuscritos para ser fieles a la verdad, para cotejar cada una de las aseveraciones. No hubo censura de parte de Sergio, ni pudor por parte mía al preguntar.

Ordené todo el material a partir de la cronología y reconstruí a manera de entrevista una ficción literaria que, durante las lecturas exhaustivas que realizamos entrevistador y entrevistado, se siguió nutriendo de nuevas anécdotas.

Con Sergio, un conversador nato con una memoria prodigiosa, recorrí Managua, la playa de Poneloya, la ciudad de León donde Sergio conoció a Tulita, y viajamos inclusive a Masatepe, su pueblo natal. Caminamos a conciencia la historia de Nicaragua, comenzando con aquella masacre de estudiantes el 23 de julio de 1959 en la ciudad de León, que transformó de tajo la existencia de Ramírez.

En cada escala, tuve el privilegio de conocer a sus amigos y familiares, incluido por supuesto el sabio de cabeza blanca, es decir el poeta Cardenal. También conversé con sus musas: Merceditas Graham, esposa de Will, un banquero que le brindó apoyo en tiempos difíciles, y a quien le dedicó *Margarita, está linda la mar*, y Antonina Vivas, viuda de su hermano Rogelio, a quien está dedicada *Sombras nada más*.



Conocí a los hijos, a los nietos y a las tías nonagenarias. Inolvidables las veladas con la pícara Camila, hija de María, una niña que se hacía acompañar de su perro salchicha Pinocho, y quien les tocaba a soplidos *El cóndor pasa* a sus abuelos, gozosa de saber cuánto había progresado en las clases de flauta.

El proceso, desde nuestro primer encuentro hasta lograr tener el libro publicado, llevó casi tres años. Tres gozosos e inolvidables años. Logramos que el FCE se animara a publicarlo y así vio la luz en octubre de 2004.

¿Cuál Sergio le interesa más a usted? ¿El político o el escritor?

En Ramírez son indisolubles las dos vetas: político y escritor, hombre de acción y conciencia social, reservado y elocuente, intransigente con sus creencias éticas y hombre crítico atado a la libertad.

De las aparentes contradicciones emana su serenidad y su fortaleza. Ramírez, para mí, es un soñador heroico que encabezó la idílica lucha de la reformación social en su natal Nicaragua y supo también ser intensamente crítico con el radicalismo revolucionario y con los lastres del poder. Es asimismo un hombre que conoce el viejo oficio literario de mentir y preserva la honestidad analítica en su diario vivir. Es un intelectual que tuvo la valentía de desmenuzar su pasado sandinista y reconocer con honestidad que el sandinismo, en el poder, perdió la capacidad para escuchar al pueblo. Es un hombre que desgajó sus sueños, los miró de frente y supo que la izquierda revolucionaria, radical al fin y al cabo, fue incapaz de generar la añorada justicia social porque se entronizó en el poder. Es un literato y es un político, un hombre ético que, con inusual aliento, ha sido capaz de resquebrajar su rostro en el espejo de la historia.

Managua, octubre de 2012.



CINCUENTA AÑOS DE CARRERA LITERARIA

Sergio Ramírez cumple este año (2012) cincuenta años de vida literaria, partiendo de la publicación de su primer libro a sus veinte años y que ahora felizmente coincide con su cumpleaños setenta. *Cuentos*, su primogénito de papel, se imprimió en la Editorial Nicaragüense, bajo el cuidado de Mario Cajina-Vega y un tiraje de quinientos ejemplares. Contó con el apoyo de Pablo Antonio Cuadra, quien escribió un texto para la solapa de la portada; de Leoncio Sáenz, cuyas ilustraciones acompañan el texto; y del amable abrazo de Mariano Fiallos Gil, quien escribió el rico prólogo. El libro se compone de los cuentos publicados en la revista *Ventana* y el suplemento cultural *La Prensa Literaria* entre 1960 y 1962.

Los primeros pasos para las celebraciones que se realizarán durante agosto próximo surgieron en 2008 en una conversación en el estudio del escritor, entre limonada y gaseosa light, hablando de lo fascinante que fue el siglo XX en la literatura nicaragüense y de los apasionantes quehaceres del arte de escribir. En octubre del año pasado quedó conformado el Comité Organizador, con algunos amigos como René González, Juanita Bermúdez, Blanca Castellón y quien esto escribe, celebrando nuestra primera reunión en diciembre. Se ha conformado también un Comité de Honor compuesto por escritores, poetas e intelectuales, quienes con sus valiosos aportes al desarrollo de la cultura y la literatura nicaragüense han logrado un merecido prestigio nacional e internacional.

Entre las actividades se presentarán los libros *La viuda Carlota y otros cuentos* de la Editorial Amerrisque, bajo el cuidado de Melvin Wallace; una edición de *Un baile de máscaras* en la editorial Uruk Editores, de Costa Rica, con la dirección de Óscar Castillo; *Historias para ser contadas*, editado por la Universidad Autónoma de Nuevo León, México, a cargo del doctor José Garza, que reúne artículos de opinión sobre arte y literatura publicados en Europa, América Latina y Estados Unidos entre 1966 y 2010; y el libro *Lo que sabe al paladar*, diccionario de comida nicaragüense editado por LEA Grupo Editorial, que dirige el doctor Luis Humberto Guzmán [este libro no logró editarse a tiempo]. Además habrá dos grandes exposiciones, la primera es itinerante y de fotografías de Daniel Mordzinski, reconocido “fotógrafo de escritores”, que se presentará en Galería Códice, la Alianza Francesa de Managua y la sede de Fundación Casa de los Tres Mundos en Granada; y la segunda, de cincuenta portadas de las obras del homenajeado, obedeciendo



al número de años que celebramos, será montada en el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana.

Se han organizado también dos talleres literarios, uno con universitarios y otro con alumnos de secundaria, así como un video sobre el vínculo de Sergio Ramírez con Alemania a lo largo de su carrera y una conferencia del doctor Werner Mackenbach, organizados por la embajada de Alemania en Managua. Las actividades estarán acompañadas de conciertos, lectura de cuentos, firmas de autógrafos, presentación de videos y un performance dirigido por la poeta Madeline Mendieta. En el marco de estas celebraciones, *Carátula*, revista cultural centroamericana (www.caratula.net), ha convocado al Premio Centroamericano Carátula de Cuento Breve 2012, género en el que se inicia Sergio Ramírez y cuya premiación será el 31 de agosto, en la clausura de estas celebraciones, junto a la proyección del cortometraje *El Centerfielder* de Ramiro Lacayo y una lectura de cuentos de Ramírez en voz de amigos y lectores.

Se cuenta con el apoyo del Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica, la Embajada de Alemania en Managua y la embajadora Betina Kern, Galería Códice, Colegios Fe y Alegría, la Alianza Francesa de Managua, el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, librería Literato, librería Hispamer, Universidad Americana (UAM), Universidad Centroamericana (UCA), revista *Carátula*, el Centro Nicaragüense de Escritores, Fundación Casa de los Tres Mundos, Fundación Luisa Mercado, Crea Comunicaciones y el Centro Cultural de España en Nicaragua.

Todo ello obedece al espíritu con que escribió la poeta Blanca Castellón: “Es muy saludable fomentar una cultura de reconocimiento de nuestros valores culturales, porque es importante para fortalecer nuestra identidad y estimular el amor a la patria. Necesitamos exaltar, reconocer y valorar a los generadores de nuestra herencia más valiosa, que es sin duda la literatura. Hay que subir en hombros a los que ponen luces y brillo en el rostro de Nicaragua, nuestros creadores”.

Sección Voces de La Prensa, 30 de junio de 2012.



HISTORIAS PARA SER CONTADAS

Historias para ser contadas. Artículos reunidos ha salido a la luz editado por la Dirección de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Nuevo León, México, en conmemoración de los homenajes a Sergio Ramírez este año 2012 en su aniversario de medio siglo de escritura. Este libro es una compilación de sus artículos escritos entre mayo de 1966 y diciembre de 2010, con una pausa larga entre 1975 y 1997, publicados en distintas revistas, diarios y suplementos en más de veinte países.

El material compilado tiene un valor agregado: se trata de la totalidad de artículos clasificados como el material periodístico de Sergio Ramírez durante esos años, lo que le da mayor importancia histórica. El archivo fue elaborado por Ramírez durante ese tiempo, no incluye prólogos, notas editoriales, presentaciones, cátedras, críticas ni los artículos de su columna *Prosa Profana* que se publica en la revista *Magazine* del diario *La Prensa* de Nicaragua. Los únicos trabajos de campo que forman parte de la selección son los reportajes que el autor escribió sobre un viaje a Haití organizado por Médicos Sin Fronteras para la serie *Testigos del horror* del diario *El País* de España.

Estos reportajes Ramírez los califica como las piezas claves de mayor impacto de este libro, pues los organizadores del viaje le ofrecían ir a Ghana o Somalia, pero prefirió Haití porque era un país cuya visita estaba pendiente desde hacía años, donde entrevistó a representantes de las Naciones Unidas, personajes del gobierno, poetas, escritores, cineastas y diplomáticos.

Pero al volver a Nicaragua no sabe si regresaría a ese país, aunque fuera con una misión humanitaria, como fue en esa ocasión, porque el impacto provocado por llegar sin una preparación previa fue una experiencia demoledora, algo así como “irse a meter al fondo del abismo”, según lo describe en una entrevista. Y continúa: “En Haití pasé una semana con la gente más miserable, la más pobre. Me gustó mucho ese trabajo a pesar de que salí con un sentimiento de gran desolación, era una tristeza enfermiza, no sé explicarla. En mi libreta escribí muchas notas, pero sobre todo hice dibujos de paisajes, casas y personas que me causaban gran impresión. Luego esa libreta estuvo en una exposición que se hizo en el Instituto Cervantes en Madrid”.

Historias para ser contadas. Artículos reunidos se presentó en Managua el 22 de agosto en la Universidad Americana (UAM) durante las celebraciones para Sergio Ramírez que se realizaron en Nicaragua, con una disertación del periodista y escritor Danilo Aguirre Solís, basada en un profundo estudio



que compartió con el público, además los comentarios de la escritora Vidaluz Meneses, presidenta del Centro Nicaraguense de Escritores, con la presencia del doctor Ernesto Medina, rector de la universidad anfitriona y el doctor José Garza, director de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Nuevo León. La obra se presentará en México durante la Feria Internacional del Libro de Guadalajara en noviembre de 2012.

El primer enlace de Sergio Ramírez con México inició en el año 1965 cuando viajó para recibir una mención honorífica de un concurso de cuentos organizado por la revista *Ecuador*, en el que estuvo participando. Aquella fue su primera vez en territorio mexicano y como no tenía contacto directo con personajes de ese gran país, fueron a recibirlo al aeropuerto sus amigos Edelberto Torres y Ernesto Mejía Sánchez, escritores nicaragüenses que vivían en el Distrito Federal. La ceremonia de entrega de diplomas se celebró en el Palacio de Bellas Artes y quienes estaban en la mesa de presidir cuando Ramírez pasó al frente eran Agustín Yáñez, ministro de educación, y el ensayista y dramaturgo Salvador Novo. Gracias a Mejía Sánchez, durante ese viaje pudo conocer los círculos de escritores mexicanos y en una cena conoció al director de la Editorial Joaquín Mortiz, donde después se publicó su libro de cuentos *Charles Atlas también muere*, siendo esa su primera publicación mexicana.

Ese encuentro y aquel apretón de manos de parte de un país que le daba la bienvenida con premio incluido fue el lazo que unió su vida con México y que se acentuó con los años a través de su cultura y de su gesta literaria; además confió a su sistema educativo la formación de Dorel Ramírez, su hija menor, que se graduó de arquitecta en la Universidad Iberoamericana en la ciudad de México, y Elianne Schutze, su primera nieta, nació en tierra mexicana. Así que ese acercamiento tan estrecho perdura hasta la actualidad.

Managua, septiembre de 2012.



DE EL QUIJOTE A SUPERMAN

El Centro Nicaragüense de Escritores inició en el año 2007 un movimiento de interacción y comunicación de autores con lectores a través de un plan de visitas de escritores nicaragüenses a los institutos públicos de bachillerato en Managua. Las visitas consistían en talleres, conferencias, lecturas o seminarios en horas de clase pues junto a los profesores de la asignatura de español y literatura se celebraban estos encuentros. Sergio Ramírez tuvo su participación en el Instituto Público Ramírez Goyena en ocasión de la Semana del Libro en abril de ese año. El auditorio central se llenó de trescientos cincuenta estudiantes entre primero y quinto año de secundaria junto a sus profesores, por lo que se hizo una conferencia magistral.

Este es el registro literal de aquel inolvidable encuentro, que estuvo conformado por fase de preguntas y respuestas, la donación de una caja de libros del autor para la biblioteca estudiantil y firma de autógrafos.

“LA LITERATURA, UN COSMOS DE SUPERHÉROES”

La literatura es casi el centro de todas las cosas, por la cultura y el conocimiento que se puede obtener leyendo, ya que haciéndolo se puede saber casi todo. De otra manera uno podrá sacar buenas notas, podrá sacar regulares notas en castellano, en literatura, podrá aprender los programas de estudio o lo que los maestros enseñan, pero después, cuando uno sea ingeniero, o sea profesor de secundaria, psicólogo, médico, abogado, lo que ustedes vayan a hacer en la vida, la literatura les va a hacer falta en el sentido de que a lo mejor estudiaron la materia, la aprobaron bien, pero la necesidad de leer, la necesidad de estar en contacto con la literatura si no se gana ahora entonces es algo que difícilmente se va a ganar más tarde y uno a lo mejor no sabe de lo que se está perdiendo, que los libros son compañeros incomparables en la vida.

Hay un poema de Rubén Darío dedicado a Miguel de Cervantes, el autor de *El Quijote*, donde comienza diciendo: “Cervantes es buen amigo, endulza mis instantes ásperos y reposa mi cabeza”. Es decir, el hecho de saber que uno en unos cuantos libros que tiene puestos ahí en un estante, tiene unos amigos a los cuales recurrir, de abrir las páginas, divertirse, deleitarse, entremeterse, aprender de los amigos que son los libros, ese es un don muy importante en un momento que ustedes puedan ganarlo para la vida, puedan adquirirlo.

Tal vez una pregunta que alguien pueda hacerse: “Bueno, ¿Pero la literatura de qué me servirá, cuando yo sea adulto, cuando tenga que mantener una



familia, cuando tenga que ganarme la vida, en qué me va a ayudar? ¿Qué me va a hacer que eso signifique para mí mayor salario, mayores ingresos?” La respuesta puede ser que no, puede ser que saber de literatura, haber leído *El Quijote*, haber leído las poesías de Rubén Darío, a Gabriel García Márquez no signifique mucho en cuanto a términos monetarios porque a nadie le van a pagar un sobresueldo porque diga en su currículum que ha leído a Rubén Darío, García Márquez, Cervantes, Lope de Vega, Miguel Ángel Asturias, etcétera. Entonces sobre eso es que yo quisiera llamarles la atención, sobre cómo ver los libros, cómo ver la literatura. A veces puede ser posible que alguien me diga que vamos a comenzar por *El Quijote* y con sólo que les ponga en la mano el libro y ustedes sientan su peso pueda darles miedo de tenérselas que ver con un libro que cada tomo podría tener quinientas o seiscientas páginas, estamos hablando entonces de mil doscientas, dos tomos verdaderamente pesados y en ese sentido me parece que es necesario aprender a entrar a la literatura con los libros.

La mejor manera de comenzar a leer es seleccionando obras, capítulos y párrafos, sin ningún temor. Por ejemplo, pueden comenzar con *El Quijote* desde la primera página y lo primero que uno se encuentra son unos sonetos dedicados a los personajes de *El Quijote*, escritos por el mismo Cervantes, después vienen introducciones, explicaciones y puede ser que uno se quede con esa tarea, hasta ahí, porque se aburrió, porque le dio sueño o porque los libros tienen otras competencias muy poderosas. Cuando uno llega a su casa y quiere leer algo además de lo que le han dejado en los programas de estudio, pues tiene la intervención con los amigos, ir a jugar basketball, ir al cine, ver televisión, los juegos electrónicos... tienen muchas competencias los libros, pero eso no quiere decir que no estén preparados para ganar esa batalla de la atención, que es la gran batalla que hay que enfrentar.

De manera que les ponía el ejemplo de un libro como *El Quijote* porque es un libro que tiene su propio peso, un libro que podríamos llamar pesado, pero hay que aprender a entender cómo se lee un libro y cómo se comienza a entrar dentro de él. Sigo insistiendo con *El Quijote* porque es un libro cómico, un libro divertido, que hace reír y si ustedes lo ven de esa manera se van a dar cuenta de que es entretenido, que los va a divertir y que se van a quedar con él para toda la vida.

Hay episodios en *El Quijote* con los cuales habría que empezar. Vamos a mencionar uno: cuando don Quijote y Sancho van por los caminos de La Mancha de repente don Quijote ve una polvareda en el camino, pregunta qué cosa es, se acercan y encuentran que en una jaula llevan unos leones y se acercan. Entonces don Quijote le pregunta a las personas que van guiando



este carretón donde va la jaula, que para dónde llevan ese león y el hombre le dice que es un león de África, que lo llevan al rey y es de su propiedad.

Don Quijote no está bien de la cabeza: se ha subido en un caballo para andar por los caminos buscando malvados a los que derrotar, igual que Superman, Batman o El hombre araña. Es de la misma clase de personajes, el que se disfraza: Superman se disfraza de capa, El hombre araña tiene su uniforme de hombre araña, pero don Quijote lo que se pone es el disfraz de los viejos caballeros andantes, con una armadura, un casco en la cabeza, una lanza, y como los caballeros andantes que ya habían desaparecido siglos atrás y en ese tiempo andaban a caballo, entonces él busca un caballo; y como estos caballeros tenían un ayudante que se llamaba escudero, que era el que les cargaba el escudo, se buscó un escudero, que es Sancho Panza. Es lo mismo: es el superhéroe, sólo que este es un superhéroe viejo, que no tiene fuerza física, y los héroes de las caballerías andantes tenían fuerza física como la tiene El hombre araña o como la tiene Superman.

Don Quijote lo que andaba buscando eran dificultades en el camino: se encuentra unos molinos de viento y él cree que son gigantes, y ahora se encuentra ese león y decide que hay que sacar al león de la jaula porque él se va a enfrentar con ese animal; entonces, claro, las personas que están ahí oyen este diálogo y todo mundo comienza a asustarse de la locura de este loco. Y el hombre que va custodiando al león, le dice, mire, señor, no se meta aquí con este león, es muy peligroso, siga su camino; pero él insiste que no, que le tienen que sacar al león para enfrentársele.

Después de muchas luchas y discusiones todo mundo se resigna que hay que hacerle caso al loco porque el loco se está poniendo bravo y todo mundo sale huyendo a la carrera, incluyendo a su escudero Sancho, que se supone que debe quedarse a su lado para ayudarlo a vivir sus aventuras y a protegerlo. Y ya cuando todo mundo ha huido y se ha puesto a buen recaudo, entonces el hombre que se ha subido a la jaula, abre la puerta. Los invito a leer esta parte de *El Quijote*, pueden empezar por ahí, hay que buscar partes más agradables, más divertidas para entrarle a un libro tan grande. Cuando uno está leyendo ese pasaje no sabe si correr como todos los demás e irse a esconder porque el león va a quedar suelto —es un león ferocísimo—, o quedarse a ver qué va a pasar en realidad, cuál va a ser la relación que va a haber entre don Quijote y el león y si lo va a atacar. La verdad es que no lo ataca, el león se sale de la jaula, ve a don Quijote con aburrimiento, con desprecio que está con la lanza en la mano, da una vuelta, le enseña la cola y se mete en la jaula y ahí termina la aventura. Es una que da risa, lo que da es jocosidad, de encontrarse con un loco armado con una lanza que está enfrentando a un león, que es la cosa más



disparatada que puede haber. No vamos a encontrar en este personaje ninguna filosofía de la vida. Muchas veces la lectura de *El Quijote* se hace pesada porque siempre creemos o nos han hecho creer que todo lo que dice don Quijote es algo que tiene doble sentido y detrás de cualquier cosa que dice hay una filosofía, algo pesado de entender, pero eso no es así. Éste es un libro que Cervantes escribió para reírse de los libros de caballería andante, así como si alguien escribiera las aventuras hoy día de un héroe para reírse de El hombre araña, de Superman, de Batman y de sus superpoderes. Porque lo que tenían estos caballeros andantes era superpoderes, como los que tienen estos héroes ahora de las películas y de las historietas cómicas.

Ésta es una manera en que yo les quería invitar a ver la literatura, como una compañía agradable; ver los libros como decía Rubén Darío: como amigos a los que nos podemos acercar con confianza, pasar un rato divertido con ellos y no verlos como algo aburrido, algo a la fuerza y que estamos con la necesidad de leer porque nos obligan. Cuando uno hace las cosas porque lo obligan no va a tener ningún buen resultado. Lo va olvidar pronto. Uno lo que hace por obligación y no le gusta va a tratar de olvidarlo en la vida, de dejarlo atrás y verlo como un episodio desagradable del cual “gracias a Dios ya salí”, y no quedarse con los libros para que sean compañía. Siempre encontraremos en los libros esta amistad, de la que nos hablaba Rubén Darío cuando se refería a Cervantes, que era un buen amigo.

Una de las discusiones que siempre escucho en Nicaragua, sobre todo cuando se aproxima el Día del Libro, que acaba de pasar, el día que se conmemora a Cervantes precisamente, es que en Nicaragua no se lee, que nadie lee, que los libros son marginales. Yo no creo que esto sea cierto o sí es cierto no creo que sea un asunto que tenga que ver sólo con Nicaragua. En todos los países de América Latina el hecho de que se lea poco tiene que ver con muchos factores, el primero de ellos es por supuesto el precio de los libros, los libros se han vuelto un artículo caro y por eso las bibliotecas públicas son muy importantes; pero el hecho de que una biblioteca esté abierta no quiere decir que la gente va a ir, creo que tiene que crearse esa relación entre el lector y los libros. Y en eso tiene también que ver el hábito de la lectura en cómo uno aprende a tener este amor por los libros, eso se forma desde que se está en la edad como ustedes, asistiendo a un colegio como éste.

De esto es de lo que les quería hablar inicialmente, del amor a la lectura, de lo importante que son los libros; tratar de convencerlos, ayudar a sus profesores a instruirles con estas palabras, pero obviamente mis palabras no serán suficientes. La labor de convencimiento la harán los libros mismos en el momento en que entren en comunicación con ustedes.

Quisiera que pasáramos a las preguntas que ustedes tienen que hacer sobre literatura, sobre el oficio del escritor, antes que prolongarme en una



conferencia larga y aburrida que no sabemos a dónde va a ir a dar, mejor prefiero responder a las preguntas que ustedes tienen preparadas para mí o las espontáneas, si quieren pueden preguntar con toda libertad y con toda confianza lo que quieran. Muchas gracias.

Me llamo José René Vargas y vengo de Quinto Año D, la primer pregunta para usted sería: ¿Cuántas obras ha escrito y cómo?

Empecé a escribir muy joven con cuentos y como fue desde joven siempre lo he visto como un asunto de necesidad. Uno hace escritos porque siente la necesidad de escribir, siente que en la vida propia uno no sería el mismo si no escribiera y las cosas que está viendo crean la necesidad de contársela a los demás y siente que los demás van a estar interesados en lo que uno pueda contarles. De este sentimiento, la necesidad de creer que uno acumula cosas que, si no las cuenta, los demás se las van a perder, nace el oficio de escritor. Con esta idea empecé a escribir a los 17 años. Me bachilleré a esa edad y ese mismo año comencé a estudiar la carrera de Derecho en la universidad de León; ya en esta ciudad fundamos una revista literaria Fernando Gordillo Cervantes, un escritor que murió muy joven, y yo. La revista se llamaba *Ventana* y ahí fue donde comencé a publicar mis primeros cuentos, precisamente el primer cuento que publiqué a los 17 años se llamaba *El estudiante*, tenía que ver con lo que estaba viendo a mi alrededor. Es lo que el escritor hace siempre, toma las cosas que está viendo a su alrededor y se pone a contarlas tal como uno las está viendo, esa es la primera tarea de un escritor.

Entonces mi primer experiencia, cuando llegué a León, fue que en un calor del diablo a la una de la tarde teníamos una clase, en un aula pequeña, estábamos hacinados más de cien estudiantes, y en ese tiempo era obligatorio que los estudiantes universitarios fueran de saco a las clases, lo cual hacía el calor todavía más insoportable, y en lugar de que los estudiantes se vieran elegantes se veían completamente estrafalarios, porque uno se ponía cualquier saco que encontraba. Además a todos los estudiantes les rapaban la cabeza, era una vieja costumbre de las academias militares que habían copiado en las universidades, pues más de cien estudiantes con la cabeza rapada y de saco y la otra mitad eran mujeres —obviamente no las rapaban. Esa fue mi primera experiencia.

Pero la siguiente cosa importante fue que al mes ya el aula no estaba hacinada, ya había pupitres vacíos. Y es que había estudiantes que comenzaban a irse de regreso a su pueblo, a los lugares de donde habían venido. ¿Por qué se iban? Por problemas económicos. Es decir, muchos padres de familia habían hecho el esfuerzo de que sus hijos fueran a estudiar a la universidad, pero no habían aguantado el sacrificio, era caro mandar a un hijo a estudiar, sobre todo para



padres de familia pobres, de lugares muy lejanos a León. Entonces el aula se iba despoblando y había estudiantes que para poder regresar a sus lugares de origen tenían que empeñar sus libros y el anillo de bachillerato, que eran las únicas cosas valiosas que tenían en sus valijas, en sus cofres, los libros, porque los de Derecho igual que los de medicina eran muy caros, como lo siguen siendo. Un Código o un Tratado de Derecho valía 40 ó 50 dólares de entonces, era muchísimo más dinero que los 40 y 50 dólares de ahora. Lo que ocurre generalmente es que estos bienes, los libros y los anillos, iban a terminar a las casas de empeño, donde los usureros; luego con este dinero conseguían para el pasaje, para pagar las deudas que tenían pendientes, de comida, de pensión, de lo que fuese, y se regresaban a sus lugares. Este fue el primer hecho en mi vida que a mí me impresionó como escritor: el hecho de que alguien tuviera que dejar su sueño empeñado en un lugar donde le iban a dar 20 ó 30 córdobas por algo que valía mucho más. Entonces escribí este cuento que se llama *El estudiante*, que precisamente es la historia de un muchacho que derrotado tiene que empeñar su anillo y su Código para poderse regresar a su lugar de origen. Desde entonces mi carrera ha sido larga en la escritura y quizás a partir de ese momento podría contar unos treinta y cinco libros escritos a lo largo de todos estos años. Libros de cuentos, novelas y ensayos literarios.

Buenos días, yo le quisiera hacer tres preguntas, la primera es: ¿Qué estrategia nos podría decir a nosotros para desarrollar el hábito de la lectura?

Lo primero que les diría que los que estén interesados en leer pueden hacer un círculo de lectores, es como los que están interesados en jugar basketball, forman un equipo; los que están interesados en jugar beisbol, hacen una novena de beisbol. ¿Qué significa un círculo de lectores? Intercambiarse libros, comentarlos en sesiones, y para eso no se necesita un auditorio tan grande como éste sino en grupos pequeños, cinco o seis amigos o amigas que se junten a intercambiar libros y buscar al profesor como guía que les ayude a seleccionar las obras que van a leer; leer los suplementos literarios donde hay información sobre los libros, me parece que ese sería un buen comienzo.

La segunda pregunta es: ¿Qué le motivó a usted para ser lector o escritor en su vida?

Les había dicho que para ser escritor uno debe sentir la necesidad de escribir y comunicarle a los demás lo que siente uno por dentro, lo que está viendo, observando, lo que cree que los demás deben saber partiendo de esa necesidad, y convertirse en lector es el gusto por los libros que tiene mucho que ver con la curiosidad también. Si uno no tiene curiosidad difícilmente va a abrir un libro y enterarse de lo que nos dice. Estamos hablando de necesidad y de curiosidad,



que son dos elementos muy importantes para formar a un lector y también para formar a un escritor porque el lector y el escritor vienen a ser caras de la misma moneda.

Fíjense bien que todos llevamos dentro un escritor, todos alguna vez nos sentimos tristes, abandonados, quisiéramos escribirlo en un verso, en una pequeña prosa; otros días sentimos entusiasmo, sentimos energía, que también podríamos ponerla en palabras. Pero si es cierto que todos llevamos dentro un escritor, transformar eso en palabras es obviamente lo más difícil porque hay que aprender a dominar el lenguaje, y el lenguaje no es algo que sea fácil de manejar. ¿Cómo se aprende a dominar el lenguaje? Pues leyendo a otros escritores. Por eso es que la lectura y la escritura están directamente comunicadas.

La última pregunta es: ¿Cuál es la primera obra que leyó y por qué la leyó?

¡Hace tanto tiempo! Seguramente el primer libro que leí es uno que se llamaba *Genoveva de Bravante*, un libro de aventuras que tenía ilustraciones. Es muy importante para un niño que comience a leer que el libro tenga ilustraciones, son muy importantes para alguien que a los ocho o diez años toma un libro por primera vez en sus manos. El hecho de encontrarse que las letras van acompañada de ilustraciones, dibujos, fotografías es súper importante, porque a esa edad la letra sola no representa demasiado atractivo. Éste es el libro que recuerdo haber leído por primera vez en mi infancia y después ya me dediqué a leer muchos relatos porque mi necesidad era de ser escritor, no por escribir poesías, que es como comienzan muchos de los escritores en Nicaragua, sino por contar y por narrar.

Me llamo Jorge Ortega y soy de Noveno Grado B. Quisiera saber cuántas lecturas hizo en su juventud y cuáles fueron las más destacadas.

A lo largo de una vida es muy difícil reseñar todos los libros que uno ha leído, pero le voy a contestar la pregunta hablándole de los libros que leí y que considero que ustedes también alguna vez deberían leer. Vuelvo a insistir en *El Quijote*, leerlo por capítulos, no proponerse leérselo de una sola sentada porque eso es muy trabajoso, es muy difícil, sino ir escogiendo los capítulos que uno vaya considerando más atractivos, episodios con los cuales uno pueda divertirse. Aprender a leer a Rubén Darío es muy importante también. Rubén Darío es un poeta que tiene muchísimas facetas, están por ejemplo los cuentos contados en versos que son muy lindos y que es una buena manera de meterse en el mundo de Darío, en el mundo de las princesas, en el mundo de los cuentos orientales, muy influido por *Las mil y una noches*. Si ustedes van



a leer la autobiografía de Rubén Darío, se los recomiendo porque es un texto muy breve y muy lindo donde él cuenta su infancia, después su juventud, después cuando se fue a Chile... Ahí cuenta él que en una vitrina de la casa de su tía abuela doña Bernarda Sarmiento había unos cuantos libros y él se los leyó todos, y en estos libros estaban juntos *La Biblia*, que para un escritor es imprescindible leer *La Biblia*.

Las mil y una noches es uno de los libros más maravillosos que se ha escrito, la colección de cuentos más extraordinarios que se haya compilado nunca, donde la imaginación no tiene ningún límite, no tiene ninguna medida, de manera que tendríamos estos libros que yo les recomendaría: *La Biblia*, *El Quijote*, las poesías de Rubén Darío, *Las mil y una noches* y ya con eso tenemos para empezar.

Buenos días, mi pregunta es: ¿Cuántas de sus obras están relacionadas con su vida personal?

Creo que al fin y al cabo todo lo que uno escribe está relacionado con su propia vida, es muy difícil que un libro no revele lo que uno siente, lo que uno piensa y que no tenga en las figuras de personajes episodios ajenos, personajes que uno ha conocido, situaciones que uno mismo ha vivido y circunstancias a través de las cuales ha pasado. En este sentido cuando es novelista o cuando uno es cuentista todos los libros vienen a ser de una u otra manera autobiografías, uno está contando en un libro su propia vida, no puede ser de otra manera. Cuando uno pone en boca de un personaje lo que ese personaje está pensando pues tiene que usar su propia experiencia, lo que uno tiene dentro de su propia cabeza para trasponerlo a la cabeza de otro personaje, en este sentido los libros, las experiencias, las aventuras que se cuentan en un libro vienen a ser autobiografías, sobre todo para un novelista.

El libro más autobiográfico que he escrito se llama *Un baile de máscaras*, donde cuento la historia de mi familia por parte de mi padre, por parte de mi madre y la historia del pueblo donde yo nací, Masatepe. Entonces este libro sí podría decir que es netamente autobiográfico porque se desarrolla en el pueblo donde nací, que aparece en el libro con su nombre y el personaje central de este libro es mi propio padre y los personajes que giran alrededor de él son también miembros de mi familia, y en ese libro están contadas las historias que cuando era niño oía contar a mis familiares, a mis tíos, a mis abuelos, acerca del pueblo y acerca de ellos mismos. De manera que este sería un libro autobiográfico por excelencia.

Soy Kevin Armando, soy de Noveno Grado B. ¿A cuáles de sus obras les han dado premios internacionales y por qué razones?



Mi novela *Castigo divino* se publicó en España en 1988. Esta novela tiene que ver con la ciudad de León, como les conté, estudié mi carrera de Derecho durante cinco años y para mí León ha sido a partir de entonces un escenario literario importante. En esta ciudad se desarrollan varias de mis novelas, y *Castigo divino* se refiere a la historia de un envenenador que llegó a la ciudad procedente de Guatemala, como estudiante, a estudiar Derecho en los años 30 del siglo pasado y se vio envuelto en el caso del envenenamiento primero de su esposa, después de los miembros de una familia y fue procesado por estos crímenes y la novela se refiere a este proceso. Entonces esta novela ganó en España un premio, a la novela negra, novela negra es la que tiene que ver con crímenes, investigaciones, novelas de detectives, novelas de misterio. Luego la novela de la que les hablaba antes *Un baile de máscaras* ganó en Francia en 1988 el Premio Laura Batallón a la mejor novela extranjera publicada y traducida en Francia en ese año. Y por último *Margarita, está linda la mar* que también se desarrolla en León, tiene que ver con Rubén Darío y su vida. Ganó el premio Alfaguara de novela en 1998, también en España.

Jessica Dávila, Quinto Año C. ¿A qué escritores admira más y cuáles son sus razones personales para admirarlos?

Tengo que empezar mi lista por Rubén Darío, a veces es muy difícil explicar. En el año 1867 cuando Rubén Darío nace en Metapa, este pueblecito indígena, de las montañas de Matagalpa, Nicaragua acababa de pasar una terrible guerra civil, la guerra con los filibusteros de 1856, el país todavía se hallaba en escombros, como tantas veces a lo largo de la historia. Granada había sido incendiada por los filibusteros, la economía estaba destruida, entonces Nicaragua no tenía ni siquiera 200 mil habitantes en total, pónganse a pensar que sólo Managua ahora tiene un millón 200 mil habitantes, y la ciudad más grande que era León no llegaba a los 15 mil habitantes, de esas 200 mil personas que vivían en el país, el 80 por ciento no sabía ni leer ni escribir y el 70 por ciento vivía en el campo, en este panorama nace en Nicaragua Rubén Darío, lo cual a muchos nos podría parecer una gran contradicción. Cómo es posible que en un país tan pobre, tan diezmado, de tan poca población, donde no había biblioteca, donde no había más que una pequeña universidad en León, no había librerías, pudiera haber nacido un poeta de esta magnitud, que llegó a ser uno de los grandes poetas de la lengua, es decir, de los grandes revolucionarios de la lengua. Entonces mi motivo de admiración por Rubén Darío nace a partir de esa circunstancia y de que el genio cuando aparece no importan las circunstancias que lo rodeen, siempre será el genio y siempre buscará cómo abrirse paso.



Cervantes, el autor de *El Quijote*, vuelvo a mencionarlo, también es un escritor al que admiro mucho porque Cervantes murió en la pobreza, estuvo preso, primero preso en la guerra contra los moros, estuvo preso en Argelia, después preso por un asunto de contradicciones, porque él se ganaba la vida como cobrador de impuestos y entonces lo odiaba la gente poderosa por eso, porque él andaba cobrando los impuestos de casa en casa. Fue a dar a la cárcel, murió pobre, no se dio cuenta de la magnitud de la obra que él había escrito y había en ese tiempo otros escritores más famosos que él como Lope de Vega, que era el escritor reconocido de entonces y Cervantes verdaderamente no lo era. De manera que de forma lamentable, marginado y es de los grandes genios de la lengua castellana, entonces ahí tendríamos dos escritores que encabezan las lista de los que admiro. Y obviamente Gabriel García Márquez que, al contrario de Cervantes que murió sin ser reconocido, pues ya vemos que García Márquez es un escritor que ha recibido en vida todos los reconocimientos posibles a su obra que es tan genial como la de Cervantes, es decir, *Cien años de soledad*, es un libro tan importante en la historia de la lengua castellana como lo fue y lo sigue siendo *El Quijote*.

¿Cuál de sus obras considera usted que tiene mayor proyección social?

Yo le diría que no encuentro una de mis obras en que no tenga que ver con la sociedad que por lo tanto no llegue a tener proyección social.

Vivir en un país donde la realidad salta directamente a los ojos, donde las injusticias sociales, los grandes contrastes en la sociedad no pueden ser ocultados, nadie puede hacer caso omiso de lo que está sucediendo en su país, en su historia que también es una historia de desigualdades, de manera que necesariamente todo esto tiene que reflejarse en una novela y aunque uno quiera escribir una novela de amor que sólo tenga que ver con dos enamorados, con dos amantes, esos dos enamorados, esos amantes viven en un país como Nicaragua, están rodeados de la misma realidad y esa misma realidad va a aparecer por mucho que el escritor no lo quiera.

De manera que no es que deba existir una novela social o una novela política que lo que escribimos en Nicaragua, los que vivimos en Nicaragua tratamos con la realidad y con la historia de Nicaragua siempre nos vamos a hacer cargo de esa historia tal como es, tal como la vemos. De esa manera queda la realidad social en las obras.

Mi nombre es Jairo Herrera. ¿Cuál es el mensaje que nos deja entrever en la obra Castigo divino?



En *Castigo divino* si algún mensaje queda es el de la corrupción de la justicia y el de sometimiento de la justicia civil al poder militar, que es lo que existía entonces en Nicaragua. Estamos hablando del año 1933. No había jueces independientes, los tribunales de justicia estaban sometidos al poder político, hacían lo que el poder político les dictaba, les ordenaba, no juzgaban con independencia y a pesar de que Castañeda, el acusado por estos crímenes de envenenamiento tenía todos los vicios de ser culpable, no fue juzgado conforme las leyes sino conforme la voluntad política, de quienes por razones políticas querían condenarlo y éste es el mensaje que podría desprenderse de este libro.

Buenos días. Mi nombre es Lilly Rizo, soy de Cuarto Año A. ¿Cuál es la diferencia entre escribir una novela y escribir un cuento? Diferencia en su forma narrativa. Para escribir un cuento uno sabe que tiene una regla que define todo lo demás, que es la de la extensión de lo que uno va a escribir, un cuento no puede ser largo y para mí un cuento ideal debe tener entre diez y doce páginas a lo más. Ya sabiendo que uno se va a mover en un espacio tan corto no puede haber en ese escrito más que unos pocos personajes y que uno tiene que contar en ese escrito una sola historia, no puede meterse con muchas historias porque el tiempo no da, el espacio no da, de manera que esas reglas ahí quedan ya definidas por el espacio, por el número de páginas, que uno puede ocupar. Y en lo que se refiere a una novela es todo lo contrario, en una novela uno no tiene límite de espacio, puede ocupar el número de páginas que quiera y por lo tanto en una novela entran entonces muchos personajes, entran muchas situaciones, se cuentan muchas historias. Esas son las grandes diferencias que hay entre la novela y el cuento, y que uno tiene que tomar en cuenta a la hora que va a comenzar un trabajo de esta naturaleza.

Profesores que estuvieron en la conferencia con sus alumnos: Lic. Odilia Ñurinda, Carlos Nicaragua, Elsa Rodríguez, Mercedes Valerio Lacayo, Tania Ríos Molina, María Eugenia Berríos y Auxiliadora Medina.

Managua, abril de 2007.



ARCHIVO FOTOGRAFICO





FOTO 1

Con su hermana Luisa en Masatepe, 1943. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 2

De pie: Los padres de Sergio Ramírez, Luisa Mercado y Pedro Ramírez con su hermanita Marcia en brazos de la mamá. Sentados: Rogelio, Lisandro, Luisa y Sergio Ramírez. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 3

Primera comunión. SR, su hermana Luisa y su hermanito Rogelio. Masatepe, 1948. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 4

Congreso Internacional de Estudiantes celebrado en la Universidad de Laval.
Carol Prado y SR. Quebec, Canadá, 1962. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).



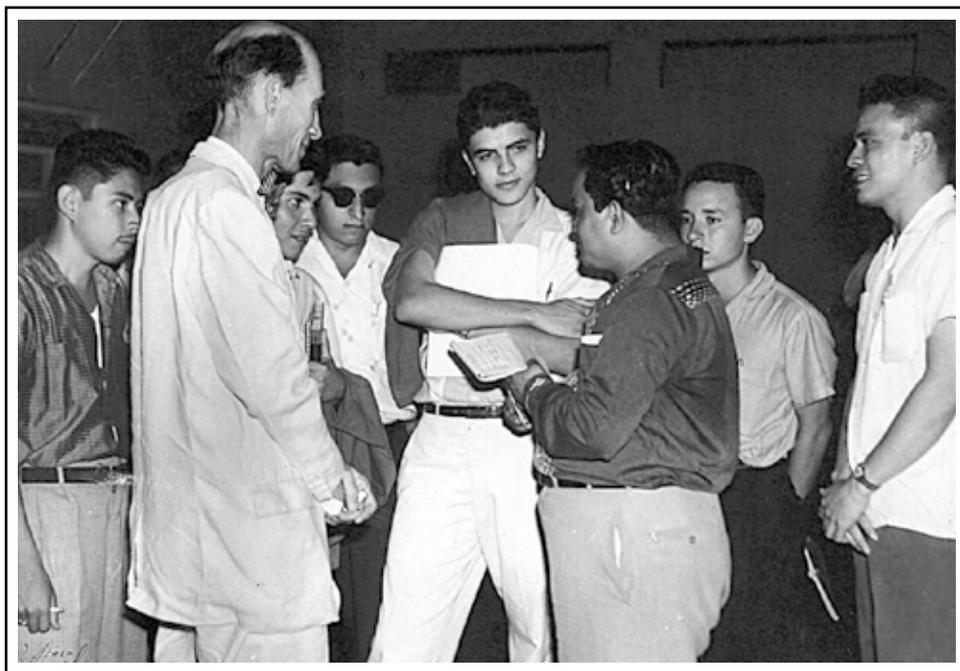


FOTO 5

Corredores de la UNAN. El señor alto de camisa blanca es el rector Mariano Fiallos Gil; Fernando Gordillo junto a SR y el periodista de *La Prensa* Gustavo Adolfo Montalván. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 6

Dr. Mariano Fiallos Gil impone a SR la medalla de mejor alumno de la promoción al graduarse como abogado. Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, León, 1964. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 7

SR recibiendo su primer reconocimiento literario de parte de México. En la mesa: Agustín Yañez, Antonio Castro Leal, Francisco Monterde y Salvador Novo. México, 1965. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 8

Ernesto Cardenal y SR durante un seminario literario en La Catalina, Costa Rica, 1970. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 9

En el costado principal de la mesa Antonio Skármeta, SR, Juan Rulfo y Julio Cortázar. Feria Internacional del Libro de Frankfurt, 1976. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 10

SR, Eduardo Galeano, José Donoso, Tiago de Mello, el crítico alemán Kurt Meyer, Julio Cortázar. Feria Internacional del Libro de Frankfurt, 1976. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 11

SR y Julio Cortázar en la Feria Internacional del Libro de Frankfurt, 1976.
(Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 12

Caminata con Tulita en Masatepe durante las elecciones presidenciales de Nicaragua en 1984. (Archivo de Rossana Lacayo).





FOTO 13

En su casa de Managua. 1985. (Archivo de Rossana Lacayo)





FOTO 14

Con Mario Benedetti en Managua. 1985. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).



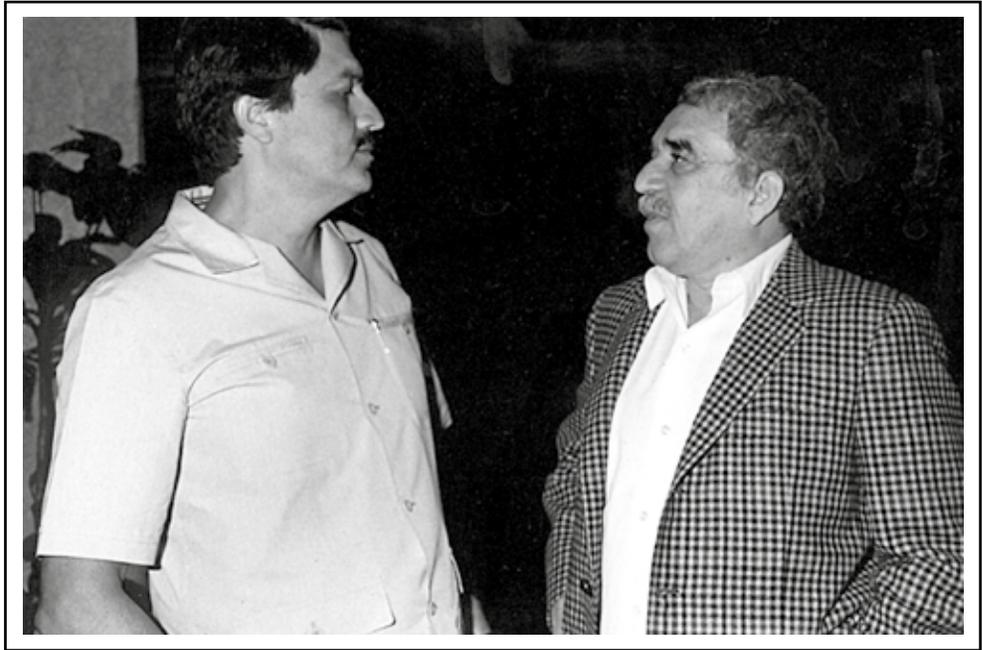


FOTO 15

SR y Gabriel García Márquez. Managua, 1985. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 16

SR y Günter Grass en Sttugart, Alemania, 1985. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).



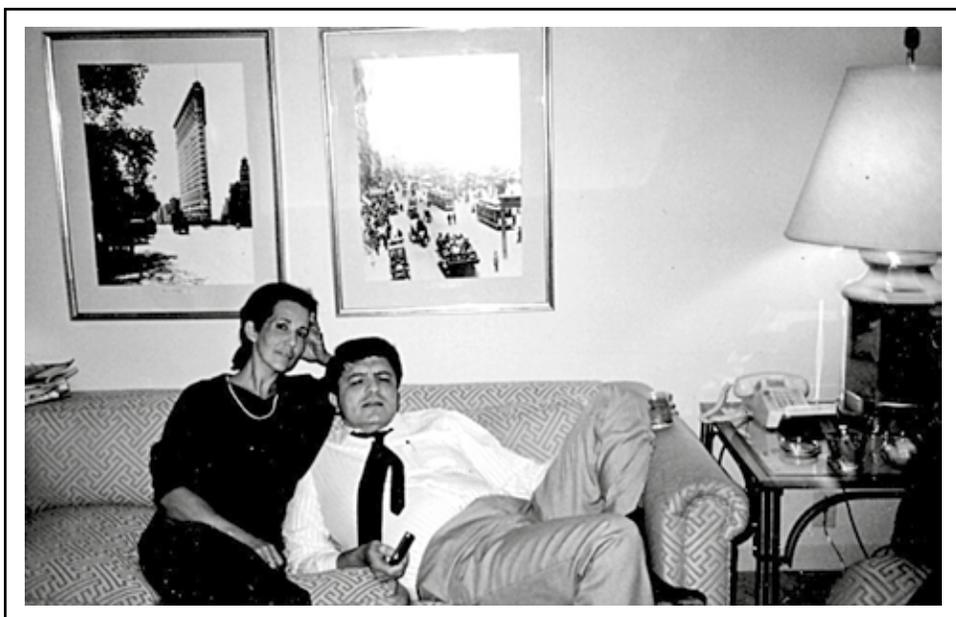


FOTO 17

Con su esposa Tulita Guerrero en el Hotel Hemsley, Nueva York, 1986. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 18

Antonio Skármeta, SR y Ariel Dorfman. Santiago de Chile, 1990. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 19

Carlos Fuentes, William Styron, Gabriel García Márquez y SR. México, 1996.
(Archivo Familia Ramírez Guerrero).



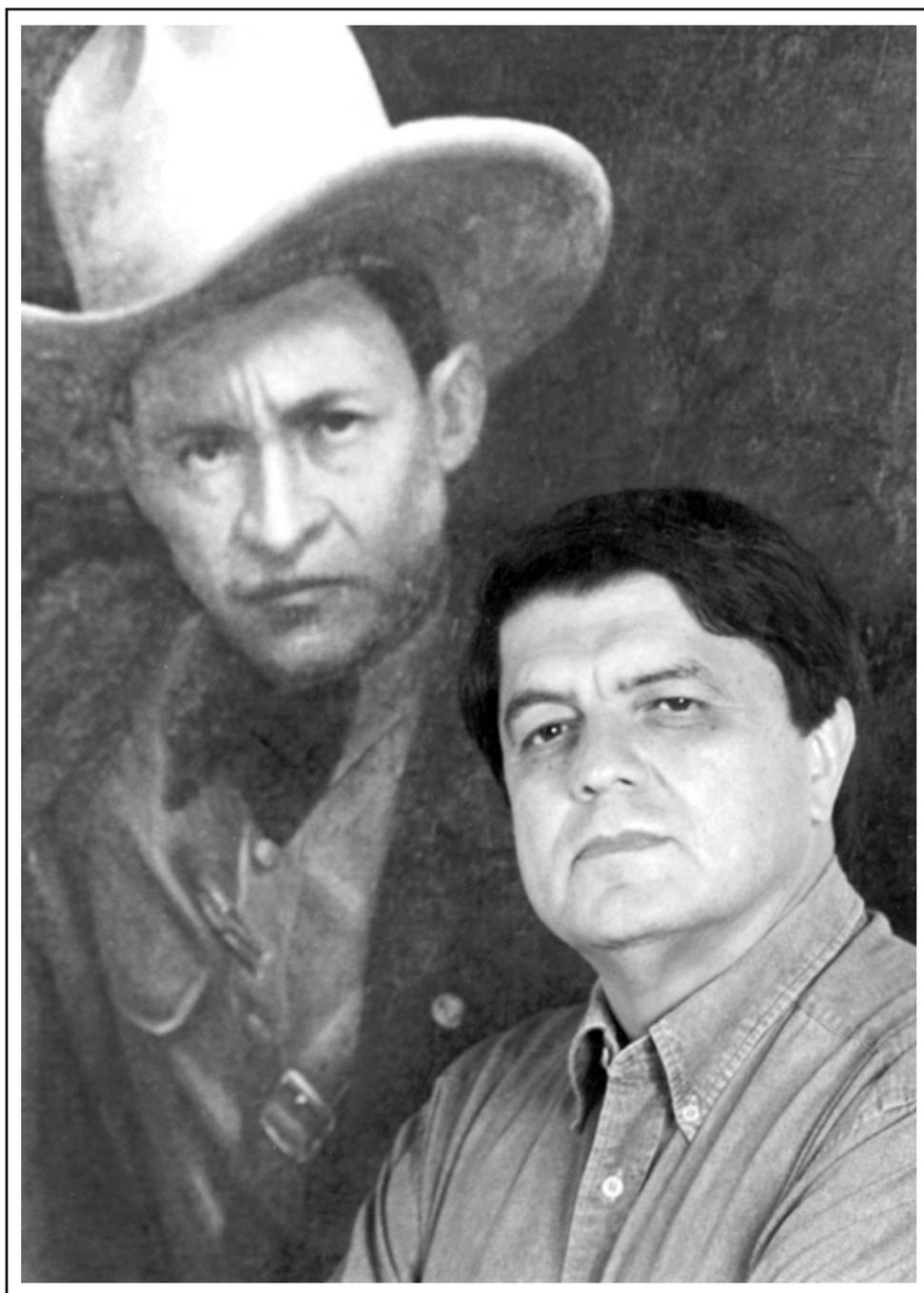


FOTO 20

Con retrato de Sandino. Imagen para la campaña de las elecciones presidenciales de Nicaragua en 1996. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 21

Recibiendo el Premio Internacional Alfaguara de Novela. Don Jesús de Polanco, presidente del grupo PRISA, felicitando a SR y de pie la escritora Rosa Regás. Madrid, 1998. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 22

Con el Papa Juan Pablo II durante una visita a la Biblioteca Papal. El Vaticano, 1988. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).



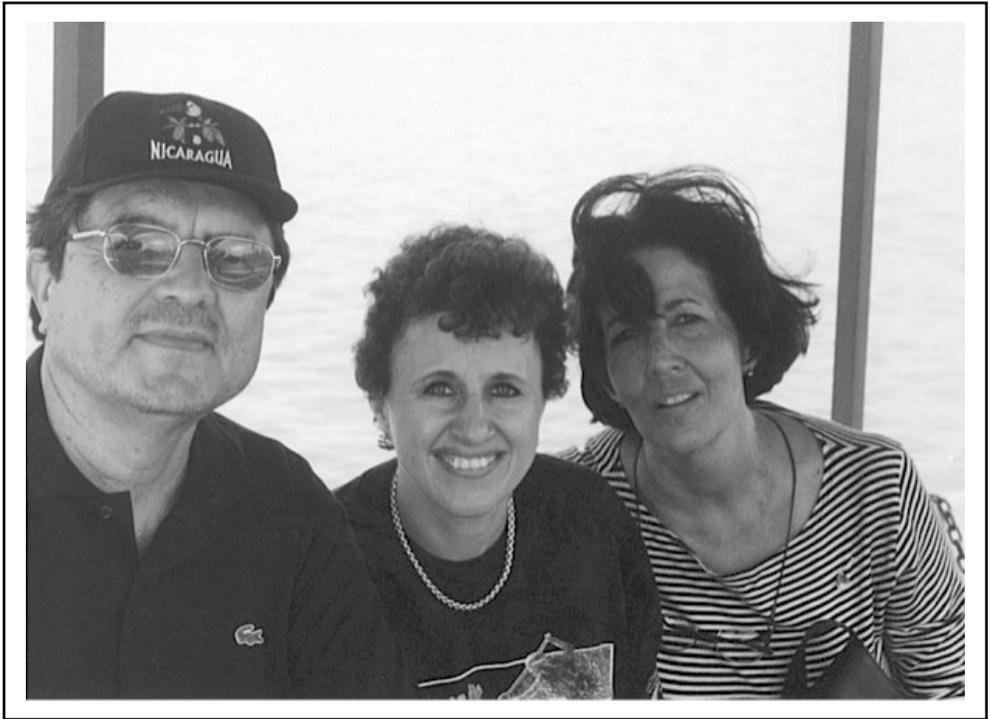


FOTO 23

Silvia Cherem De Shabot durante su viaje de investigación. Granada, 2002.
(Archivo de Silvia Cherem).



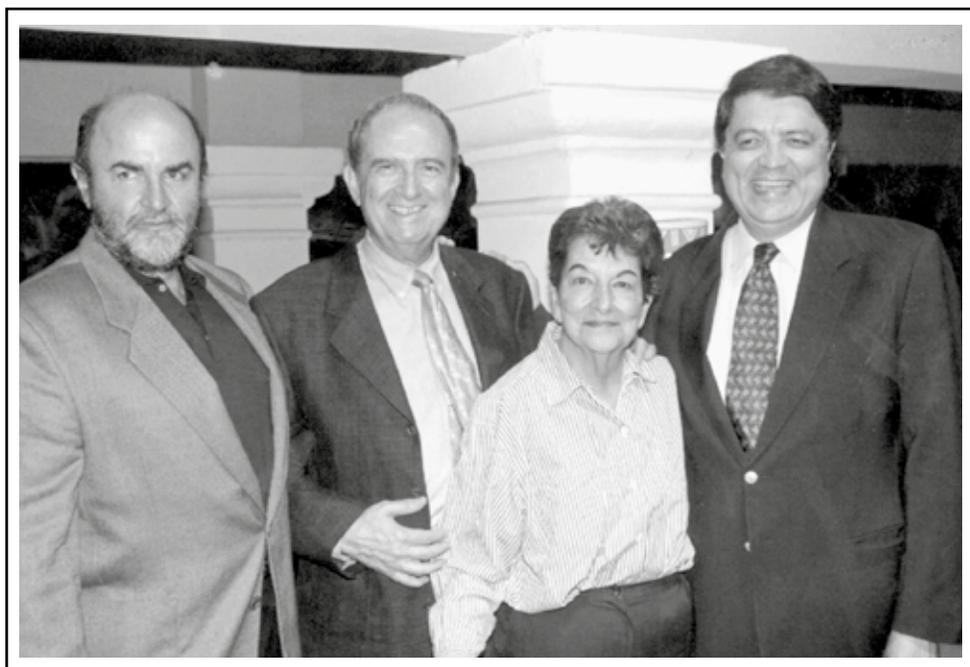


FOTO 24

Compañeros de la empresa productora de cine Istmo Film: Antonio Yglesias, Samuel Rovinski, Carmen Naranjo y Sergio Ramírez. Falta en la imagen Óscar Castillo. Costa Rica, 2004. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 25

José Luis Barcárcel, Gabriel García Márquez, SR y Rigoberta Menchú. México, 2004. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 26

Karly Gaitán Morales en una entrevista con SR. Managua, 2007. (Archivo de la autora).





FOTO 27

Conferencia magistral con estudiantes del Instituto Público "Ramírez Goyena" de Managua. 2007. (Archivo de Jorge Pavón Rojas).





FOTO 28

Estudiantes interesados en la historia de sus primeros libros. Managua, 2007.
(Archivo de Jorge Pavón Rojas).



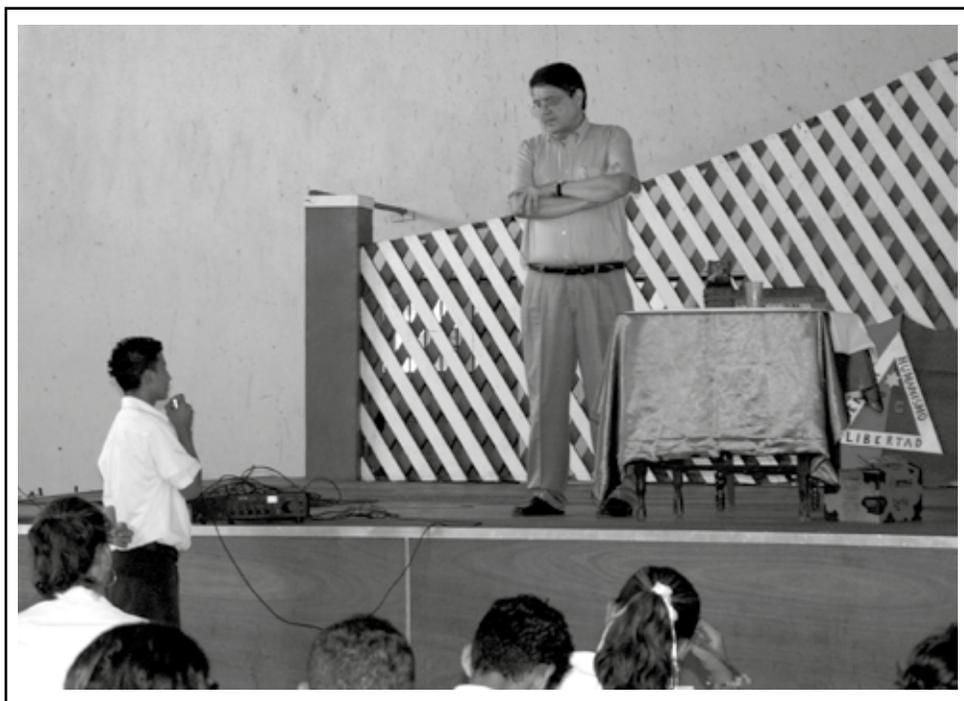


FOTO 29

Representante de los estudiantes en la fase de preguntas y respuestas. Managua, 2007. (Archivo de Jorge Pavón Rojas).





FOTO 30

El embajador de Alemania en Managua Gregor Koebel, SR, Tulita Guerrero y Christa Unzer-Koebel (esposa del embajador e ilustradora del libro *El perro invisible* de SR) durante la entrega de la Orden del Mérito Primera Clase. Managua, 2007. (Archivo de Pedro Ramírez).





FOTO 31

SR, Mercedes Sosa, Tulita de Ramírez. Managua, 2008. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).



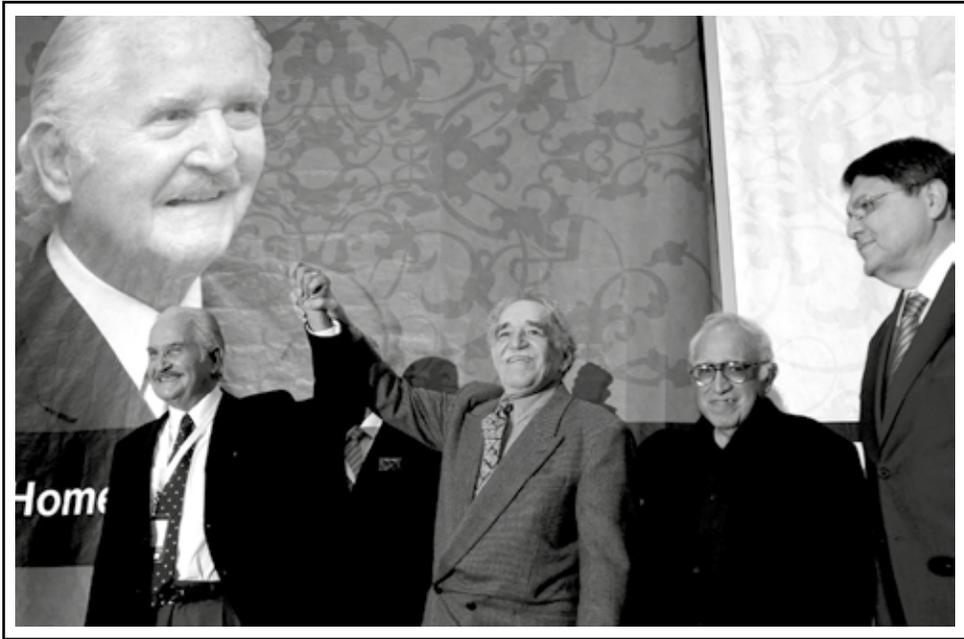


FOTO 32

Homenaje a Carlos Fuentes en México durante la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, diciembre de 2008. Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Carlos Monsiváis y SR. (Archivo Familia Ramírez Guerrero).





FOTO 33

Presentación de *La fugitiva* en Managua. (Archivo de Jorge Mejía Peralta).



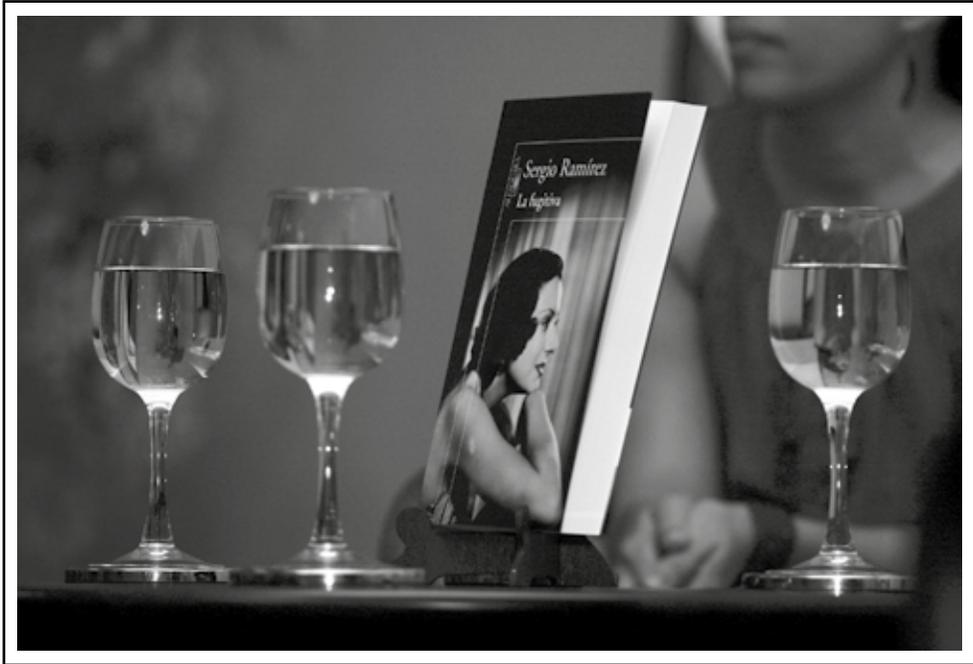


FOTO 34

La fugitiva, entre copas. (Archivo de Jorge Mejía Peralta).





FOTO 35

Autógrafo para *La fugitiva*. Managua, mayo de 2011. (Archivo de Jorge Mejía Peralta).





FOTO 36

SR, Carlos Fuentes y Juan Manuel Santos. Hay Festival, Colombia, enero de 2012. (Archivo de Daniel Mordzinski).



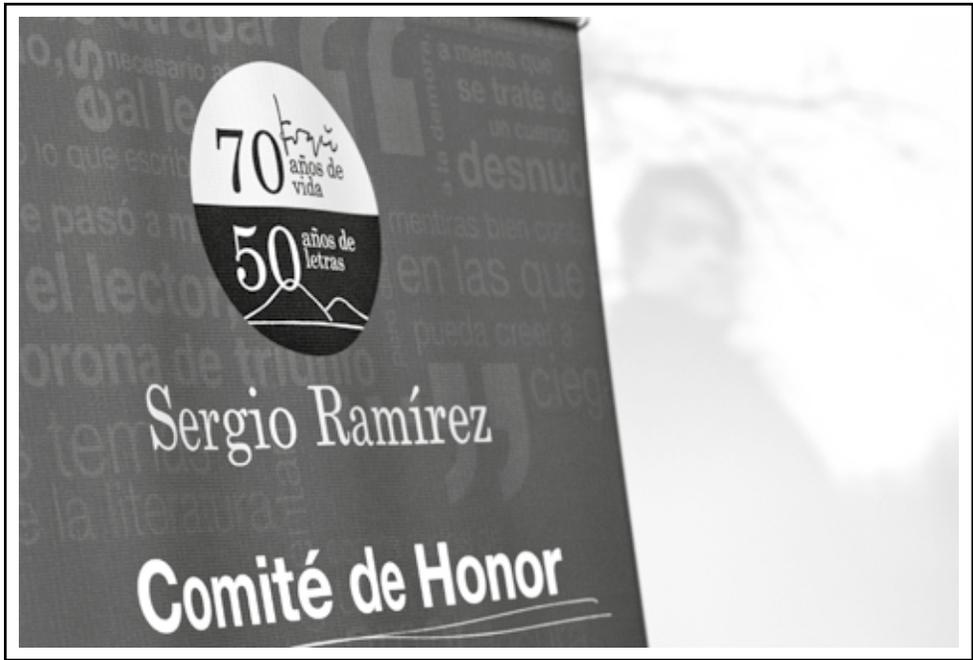


FOTO 37

Banner de los homenajes a SR en su 70 cumpleaños y 50 años de letras. (Archivo de Jorge Mejía Peralta).



HOMENAJE SERGIO RAMIREZ 70 AÑOS DE VIDA 50 DE LETRAS



FOTO 38

Presentación del libro *Historias para ser contadas* en la Universidad Americana, agosto de 2012. Dr. José Garza, director Casa Universitaria del Libro UANL, Dr. Ernesto Medina, rector anfitrión, SR, Dr. Danilo Aguirre, presentador de la obra y Vidaluz Meneses, presidenta Centro Nicaraguense de Escritores. (Archivo de Jorge Mejía Peralta).



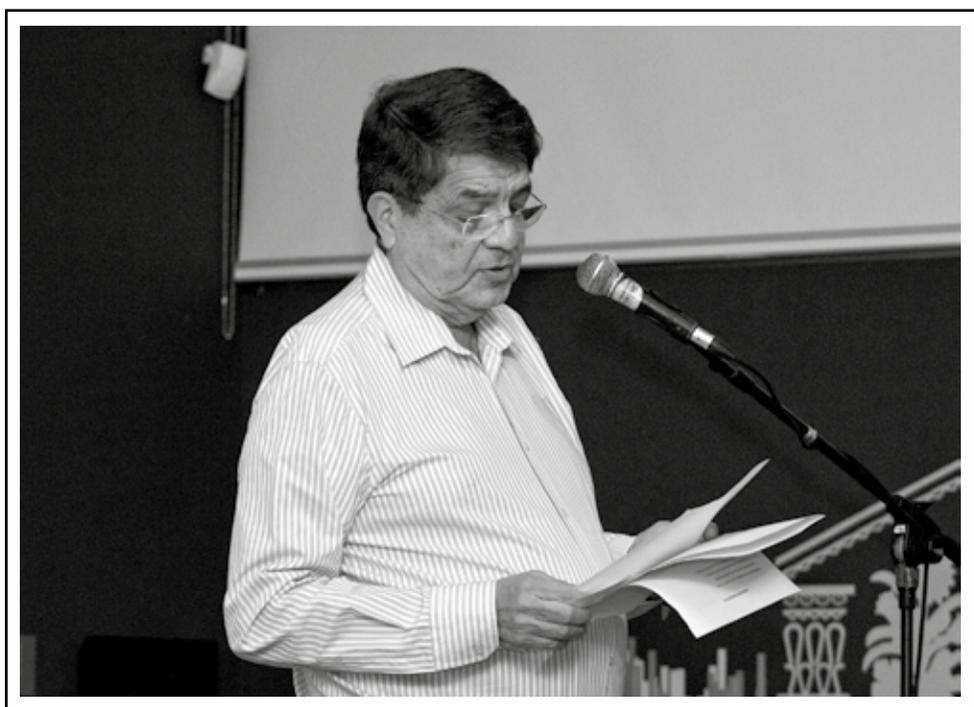


FOTO 39

Lectura de agradecimientos en la Clausura de las celebraciones de los 70 años de vida y 50 años de letras. (Archivo de Jorge Mejía Peralta).





FOTO 40

Ernesto Cardenal y Sofía Montenegro leyendo libros de SR en la Clausura de las celebraciones de agosto 2012. (Archivo de Jorge Mejía Peralta).





FOTO 41

Celebrando cumpleaños con Ernesto Cardenal. Masatepe, 5 de agosto de 2012.
(Archivo de Daniel Mordzinski).





FOTO 42

Sergio Michilini finalizando la obra en su taller de Managua. (Archivo de Sergio Michilini y Valeska Ocampo).





FOTO 43

Los Sergios en los jardines de la familia Ramírez Guerrero. (Archivo de Sergio Michilini y Valeska Ocampo).



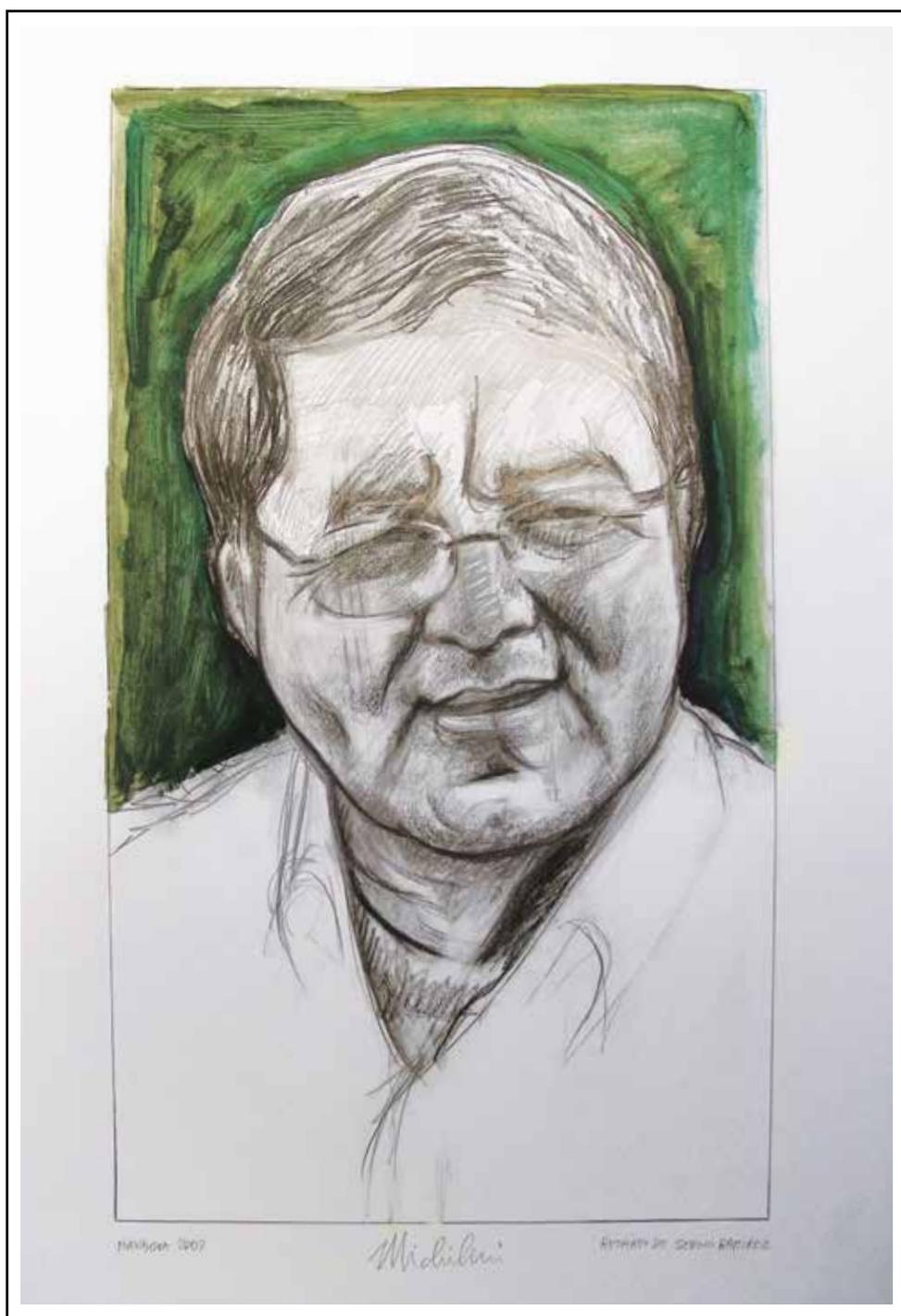


FOTO 44

Fases de un retrato. Foto 1. (Archivo de la autora)



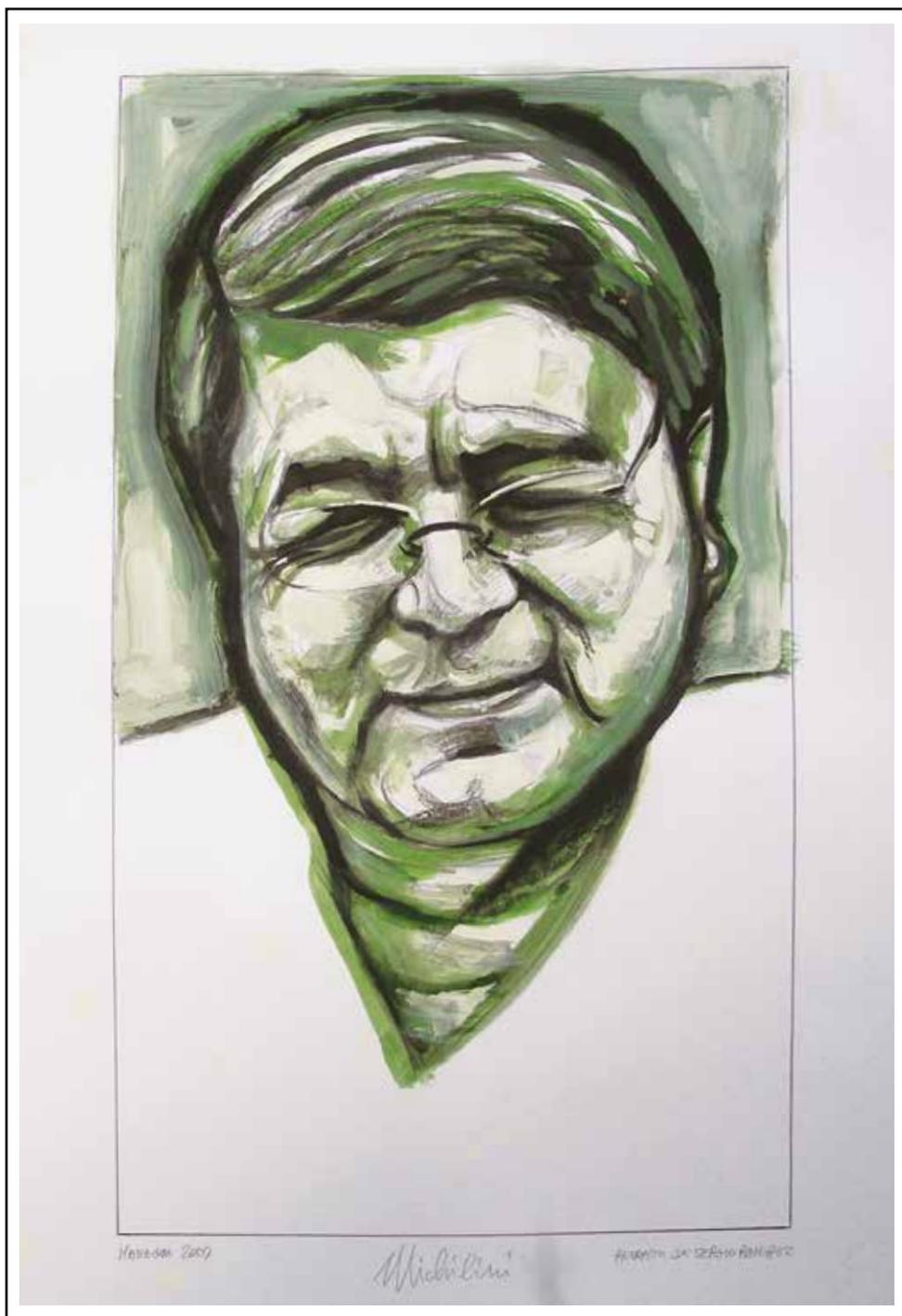


FOTO 45

Fases de un retrato. Foto 2. (Archivo de la autora)



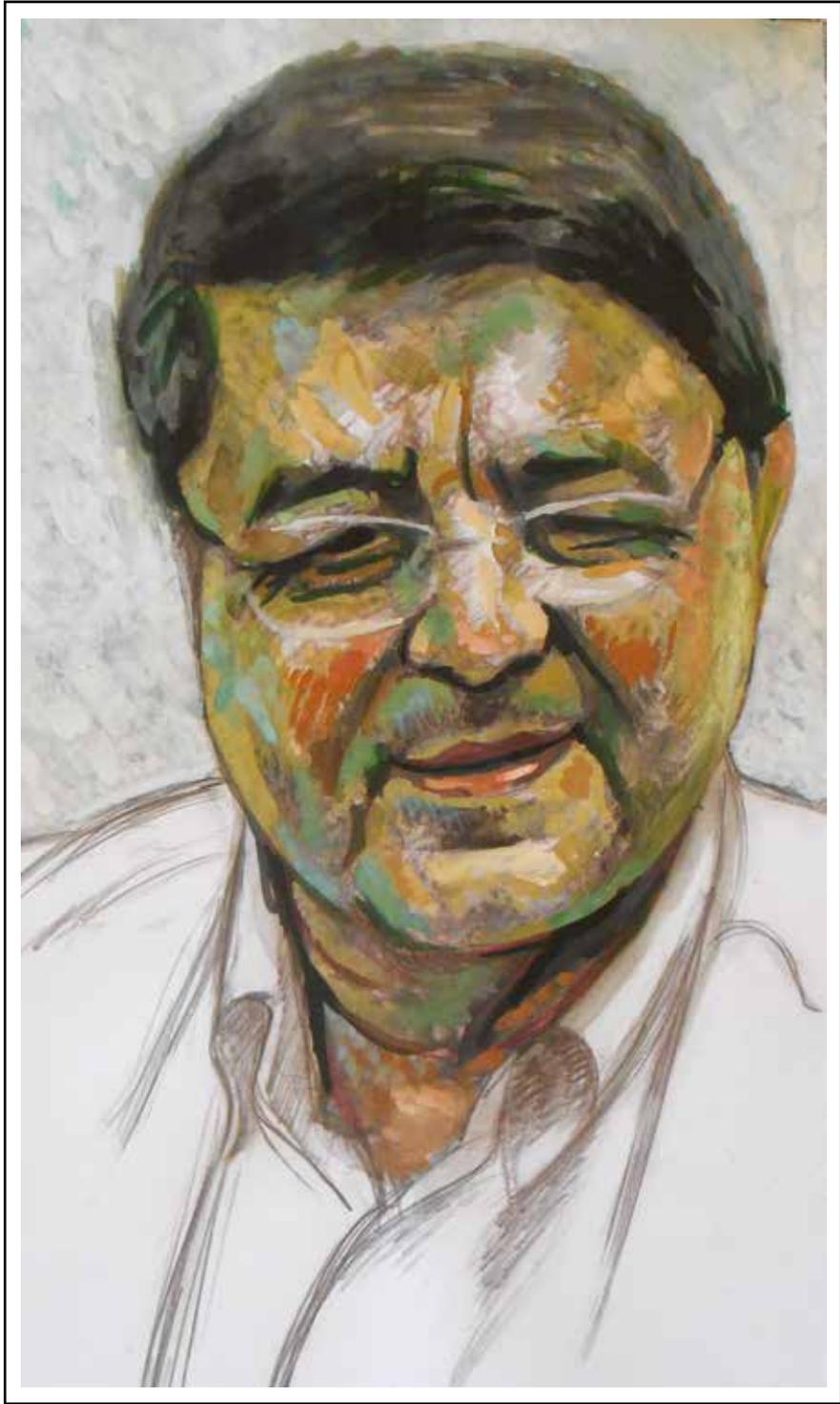


FOTO 46

Fases de un retrato. Foto 3. (Archivo de la autora)



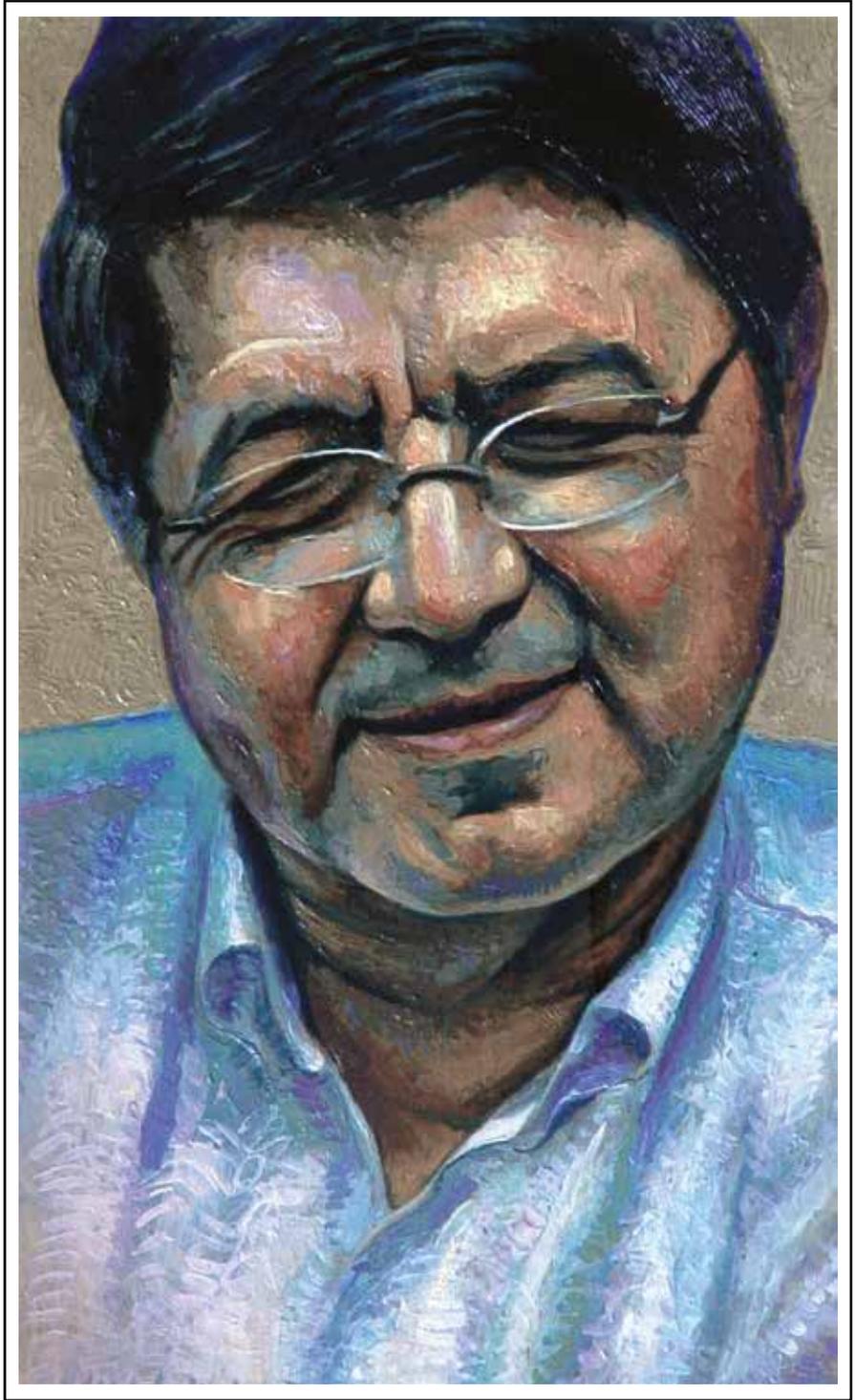


FOTO 47



El retrato finalizado. (Archivo de la autora)

ÍNDICE

Prólogo: Encuentro con la plenitud	11
El primer encuentro	15
Cita con Sergio Ramírez. Entrevistas. Artículos. Crónicas	19
Del pincel de Sergio Michilini	21
La mejor lección. Los días como estudiante de Derecho en León de Nicaragua	23
Entrevista ping-pong: los amigos	27
El árbol de plata. Orden del Mérito Primera Clase de la República de Alemania	41
A diez años del Premio Internacional Alfaguara de Novela	43
Cinema: 12/35	45
Secretos del arte de escribir. Disertaciones sobre periodismo y literatura	49
Las cuatro estaciones. Dualidades en el oficio de la escritura	59
¡Toque su tambor!	67
Teatro de una esclavitud. A propósito del lanzamiento del libro <i>Tambor olvidado</i>	71
Los desafíos de <i>La fugitiva</i>	77
<i>Una vida por la palabra</i>	83
Cincuenta años de carrera literaria	89
<i>Historias para ser contadas</i>	91
De El Quijote a Superman	93
Archivo fotográfico	105



Cita con Sergio Ramírez. Entrevistas. Artículos. Crónicas de Karly Gaitán Morales terminó de imprimirse en noviembre de 2012, en los talleres de Serna Impresos, S.A.

En su composición se utilizaron los tipos Novecento Wide y Celeste.







Fotografía: Estelinda Fotografías A. Dhan. F.

Karly Gaitán Morales (Managua, 1980). Es comunicadora social con énfasis en prensa escrita y cuenta con diplomados en periodismo online y en marketing. Como periodista ha sido editora de revistas digitales e impresas como *La investigación* y *Espacio Vital Magazine*, jefa de sección literaria y de cultura de periódicos universitarios, articulista de suplementos culturales nicaragüenses como *La Prensa Literaria*, *Nuevo Amanecer Cultural* y la sección *Voces de La Prensa*.

Como escritora ha publicado poesía y narrativa breve. Ha recibido premios y reconocimientos universitarios por su trabajo literario y un premio de fotografía. También se ha dedicado a la investigación histórica, la crítica y producción cinematográfica y a la gestión y desarrollo de proyectos y consultorías con organismos como Plan Internacional, CINE X, la UNESCO y el Instituto Nicaragüense de Cultura. Es miembro de la Asociación Nicaragüense de Escritoras (ANIDE) y de la Junta Directiva de la Fundación para la Cinematografía y la Imagen (FUCINE), para la que trabaja como directora de Comunicaciones y Relaciones Públicas. Actualmente edita su libro *A la conquista de un sueño. Una biografía del cine en Nicaragua*, sobre la historia del cine en Nicaragua desde sus inicios hasta la actualidad, y prepara otros libros de ensayo y narrativa para su pronta publicación.

